ROSA MARÍA CIFUENTES



CÓMO AMAN ELLAS

RECONOCE TU FORMA DE AMAR
...NUNCA ES TARDE

DIANA

ROSA MARÍA CIFUENTES



CÓMO AMAN ELLAS

RECONOCE TU FORMA DE AMAR
...NUNCA ES TARDE

DIANA

ROSA MARÍA CIFUENTES

CÓMO AMAN ELLAS

RECONOCE TU FORMA DE AMAR...
NUNCA ES TARDE

DIANA

Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio o soporte sin el previo permiso escrito del editor.

Todos los derechos reservados.

Cómo aman ellas

© 2010, 2015, Rosa María Cifuentes

© 2015, Editorial Planeta Perú S. A.

para su sello Diana

Av. Santa Cruz 244, San Isidro, Lima, Perú.

www.editorialplaneta.com.pe

La editorial no asume ninguna responsabilidad por el contenido

de la presente obra, e investigación respectiva, siendo el autor el único responsable por la veracidad de las afirmaciones o comentarios vertidos.

Dirección editorial: María Fernanda Castillo

Cuidado de edición: Alessandra Canessa

Diseño y diagramación: Fabiola Odiaga

Diseño de cubierta: Taller LOV

Primera edición de la autora: julio 2010

Segunda edición: Julio 2015

Tiraje: 1000 ejemplares

ISBN: 00000000000000

Registro de Proyecto Editorial: 00000000000000

Hecho en el depósito legal

en la Biblioteca Nacional del Perú Nº 2015-000000

Impreso en el Perú / Printed in Peru

Impresión: Metrocolor S. A.

Av. Los Gorriones 350, Chorrillos, Lima 9

RUC: 20262561781

Índice

Introducción

1: Mujeres que aman con dependencia

Aún te espero

2: Mujeres que aman la idea del matrimonio

La novia

3: Mujeres que aman a otras mujeres

Yo amo a una mujer

4: Mujeres que aman hombres menores que ellas

La joven

5: Mujeres que aman con miedo a ser abandonadas

Me vuelven a dejar

6: Mujeres que solo son amantes

Yo soy la otra

7: Mujeres que aman a hombres mucho mayores

A pesar de los años

8: Mujeres que deciden estar solas

Sigo sola

9: Mujeres que buscan salvar

Te salvaré

10: Mujeres que enamoran y jamás se entregan

Espérame siempre

11: Mujeres que se divorcian siempre

La firma

12: Mujeres de amores virtuales

Amor de chat

13: Mujeres que aman el estatus

La dama

14: Mujeres con amores platónicos

La secretaria

Reflexiones para ellas

A las mujeres, que a su modo y manera viven el amor.

Y a ustedes, queridas amigas,

que abrieron su alma para narrar estas historias.

Cómo aman ellas

Te miran con ternura.

Te entregan pasión.

Te esperan por siempre.

Cantan y danzan para ti.

Te odian y se vengan.

Te reclaman y te acosan.

Te maldicen y condenan.

Clavan su rencor sobre ti.

En el silencio abren su corazón.

Con la lluvia olvidan sus promesas.

Y en otoño pueden decirte adiós.

Dime amigo, dime tú, si ahora sabes:

Cómo aman ellas

Introducción

Definir y explicar la manera de amar de una mujer implica tomar en cuenta su procedencia, su nivel cultural, su personalidad, el tipo de crianza y los grupos sociales con los que interactuó desde la infancia. Por lo general, la mujer ha sido considerada ‘complicada’ en la forma de interactuar con su pareja; y en la era de la globalización y el boom de la comunicación virtual tal idea prevalece en el sexo opuesto.

Al parecer, resulta todo un reto explicar las diferentes maneras en que las mujeres aman. Desde investigaciones como Las mujeres que aman demasiado (1990), de Robert Norwood, hasta Los hombres son de Marte. Las mujeres son de Venus (2010), de John Gray, se ha difundido la idea que la mujer puede ser mucho más sensible frente al sufrimiento amoroso porque lo entrega todo y, por ello, es capaz de vengar una traición con absoluta inclemencia.

Sin embargo, pude percatarme de que en estos libros no se tomaba en cuenta el rol que cumplen la educación y la procedencia de las mujeres a la hora de amar. Y es que si bien la mujer es, hasta hoy, vista como un ser que sueña con formar un hogar y espera el amor eterno, las nuevas generaciones le han dado un giro a tales afirmaciones.

Los medios de comunicación han contribuido a difundir diversos estilos de vida donde la mujer exitosa es aquella que trabaja, tiene un hogar y elige al hombre de su vida según los requisitos presentados en ciertos programas mediáticos. Hoy las mujeres ya no escuchan hablar de un amor con sentimientos, sino de un amor instrumentalizado. Se les dice que un hombre es valioso y digno de ser amado si es ejecutivo, empresario, heredero, millonario, artista o profesional renombrado y, además, debe apoyar sus peticiones.

Si a ello unimos la penosa realidad de un porcentaje elevado de chicas de las nuevas generaciones que conversan muy poco o nada con sus progenitoras, resulta complejo definir si ellas podrán amar algún día con madurez. Porque amar es un aprendizaje que se da con el tiempo y la experiencia, pero tiene sus bases en la personalidad, que se formó en el hogar donde creció y el entorno donde convivió y convive la persona.

La idea de escribir Cómo aman ellas nació gracias a testimonios de alumnas y amigas, al darme cuenta de que el amor está en crisis, y que la mayoría de mujeres están insatisfechas de lo que sienten y reciben en estos tiempos; y no hallan una receta, salida o camino para verse sentimentalmente realizadas.

Tras leer infinidad de materiales sobre las formas de amar de la mujer y conversar con terapeutas, sociólogos, escritores, artistas, religiosos e investigadores, pude hacer una clasificación, la misma que les presento a mi modo y manera, en forma de crónica, género que me ha permitido plasmar cada una de estas experiencias; a partir de las entrevistas en profundidad realizadas a más de un centenar de mujeres peruanas, durante un año y medio, y seleccionando las historias más representativas, intensas e interesantes.

No existe una manera ideal de amar, pero quiero mostrarles las maneras sanas e insanas, algunas de las cuales podrán reconocer en amigas, familiares y mujeres que conozcan. En las tipologías de estas crónicas, he agrupado las siguientes:

Mujeres que aman con dependencia

Mujeres que aman la idea del matrimonio

Mujeres que aman a otras mujeres

Mujeres que aman hombres menores que ellas

Mujeres que aman con miedo a ser abandonadas

Mujeres que solo son amantes

Mujeres que aman a hombres mucho mayores

Mujeres que deciden estar solas

Mujeres que buscan salvar

Mujeres que enamoran y jamás se entregan

Mujeres que se divorcian siempre

Mujeres de amores virtuales

Mujeres que aman el estatus

Mujeres con amores platónicos

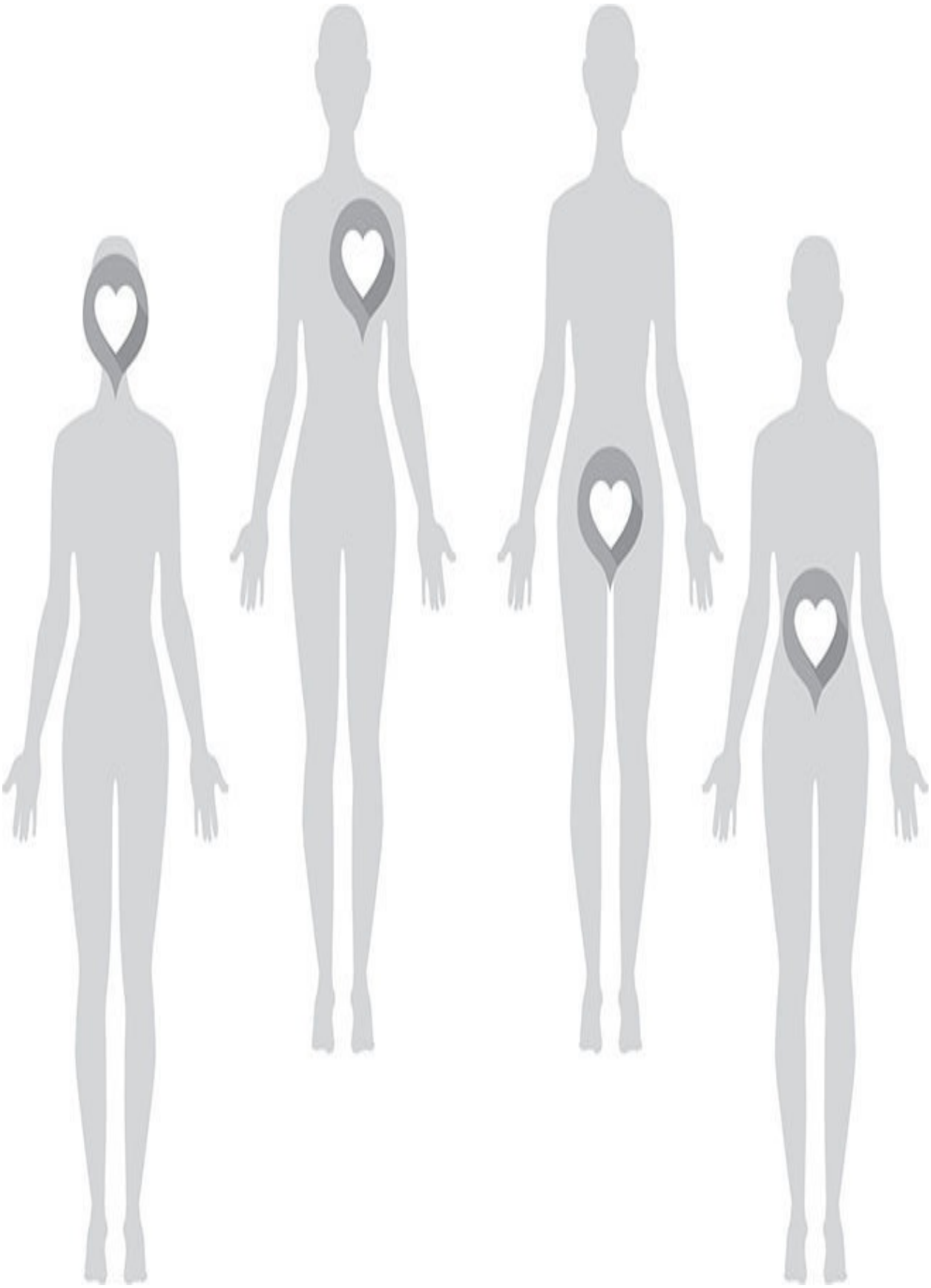
Cabe resaltar que de acuerdo con lo investigado una mujer puede amar de una o varias maneras expuestas, según su grado de equilibrio y madurez emocional. No existe una regla, pero es seguro de que si el miedo y la baja autoestima anidan en ella, pasará muchos años practicando la manera más insana de la lista.

Cómo aman ellas quiere ser un espejo en el que las mujeres puedan mirarse y una guía para los hombres que dicen no comprender a las mujeres. Personalmente considero que el amor es un aprendizaje, pero también una decisión. Pienso que el amor es como una planta que requiere constante cuidado y tres requisitos básicos: inteligencia, comunicación y espiritualidad. Sin ello, tanto hombres como mujeres vivirán sumidos en el dolor.

Enamorarse es una cosa, amar es otra y para hacerlo hay que admirar, tener agallas y dignidad. Así lo demuestran las mujeres más sabias, esas que son inolvidables para cualquier hombre inteligente y sensato.

Por último, quiero agradecer a todas las personas que me apoyaron en la realización de esta investigación, aprendizaje y aventura en la que decidí embarcarme. En esta oportunidad me ocupo de las mujeres, como un homenaje para todas las que aman, que amaron y que sueñan con amar para trascender.

La autora



1

Mujeres que aman con dependencia

Poseen baja autoestima y sufren de la llamada dependencia afectiva, un trastorno psicológico que se caracteriza por mantenerlas junto a una pareja que las maltrata y humilla, psicológica y hasta físicamente. Quienes padecen este tipo de trastorno suelen ser obsesivas, inestables, depresivas e insistentes, al repetir la misma historia una y otra vez. Cuando desde la infancia se siente ausencia de cariño y rechazo del padre o la madre, la personalidad se torna inestable, se carga un peso que no permite alcanzar la propia autoestima, ingrediente imprescindible para sortear la vida con dignidad.

Se crece con miedo a no ser querido, a no ser valorado. La inseguridad es latente, y quien padece este mal no logra controlar sus impulsos. La ira y la obsesión caminan de la mano desgastando la mente y el alma.

Se busca un amor que cubra ese vacío, que sea incondicional, y el miedo a no tenerlo deja la voluntad sin fuerza y la dignidad ausente, siempre esperando que el amor sea verdadero.

Aún te espero

Qué importa que te ame si tú no me quieres ya,

el amor que ya ha pasado no se puede recordar.

Fui la ilusión de tu vida un día lejano ya.

Hoy represento el pasado, no me puedo conformar.

LA PEQUEÑA MÁS GRACIOSA

Micaela sintió el rechazo desde corta edad. No era linda y menos graciosa para su madre. Nació débil de salud, era delgada, de tez canela y ojos brillantes. Su madre se encargó de divulgar que tenía exceso de vellosidad en rostro y brazos.

La risueña Micaela aprendió a sentir vergüenza, a ser juzgada y mirar su cuerpo con culpa. Tenía siete años cuando lloraba a solas recordando los duros comentarios de su madre, quien siempre decía que su hermana mayor, Grecia, era la bella, la perfecta. De nada valía su talento en la escuela o su charla divertida, porque para su madre no era suficiente.

Algunas madres necesitan lucir a sus hijas como trofeos, que les digan que son especiales, y viven del halago. Olvidan que amar a un hijo no necesita de la aprobación de los demás.

Cuando Micaela cumplió diecisiete años, se enamoró por primera vez. Se prendó de un muchacho que parecía sacado de un cuento de hadas. Ella sería la princesa. Su príncipe se llamaba Luis y era muy apuesto. En una fiesta se había fijado

únicamente en ella. La niña rechazada era ahora una jovencita de largos cabellos negros, bailar sensual y mirada seductora. Tras horas de bailar juntos, Micaela y Luis ya se decían lo mucho que se gustaban. Se hicieron enamorados. Micaela aún no imaginaba que la sombra de ese miedo de infancia marcaría su primera relación, que sería su entrada fija al callejón del dolor.

Era una enamorada tierna y detallista, de esas que obsequian peluches y jamás olvidan una fecha, como los aniversarios y los cumpleaños de los familiares importantes de su pareja. Esperaba que Luis le correspondiera de la misma manera. Nunca meditó el hecho de que venían de hogares diferentes, que marcan y definen la forma de amar. Luis era el hijo engreído de mamá, quien por exceso de mimo se convirtió en desconsiderado y poco analítico, las faldas de la mamá eran su escudo. Su padre era débil de carácter y el hijo no era motivo de orgullo, no era estudioso, menos emprendedor.

Luis era un chico apuesto, altanero y machista. Pronto el entusiasmo por Micaela se transformó en malos tratos; la celaba, la controlaba y le daba órdenes como si fuese su dueño. Pronto tuvo intimidad sexual con ella, quería ser el primer y único hombre que la tocara. Micaela aprendió a sufrir sin entender las causas. Reprimía sus opiniones por miedo a perderlo.

Quien cede al maltrato en el amor, cede a perder la dignidad.

Micaela tenía constantes peleas con Luis. Sus amigas eran su paño de lágrimas y consejeras. En algunos de esos pleitos, Luis buscaba humillarla: “Nadie te va a querer. Yo soy el único hombre que se ha fijado en ti. Mírate, dime si alguien te querría en serio”.

Aquellas frases hirientes y manipuladoras iban minando la personalidad de Micaela. No podía dejarlo, sentía odio, rencor, pero no se resignaba a cederle el paso a otra. Era terca y obsesiva, una dependiente de ese amor, que no sabía que la enfermaba.

Así pasaron nueve años y Micaela tenía la mirada llena de melancolía. Había terminado los estudios universitarios con éxito. Era líder en su grupo. Un pronóstico prometedor a nivel profesional, pero en el amor todo era sombrío. Su

novio era un mediocre, dependiente de los padres, había culminado estudios en un instituto, tenía un trabajo de oficina y pocos amigos, porque su arrogancia y nivel de agresividad lo hacían intratable.

La madre de Micaela, no sabía cómo aconsejar a su hija. La veía llorar y sufrir por la mala relación que tenía con Luis. Incluso la envió de viaje a Miami con la esperanza de que se fijara en otro hombre.

BAILE DE AÑO NUEVO

El año nuevo estaba por llegar. Luis había buscado pretextos para pelear con Micaela, quería plantarla e irse con sus amigos fuera de Lima, y en efecto, se largó sin avisarle. Pero esta vez Micaela fue convencida por sus amigas de ir a la fiesta de Año Nuevo de una vecina. Fue sin ganas y algo deprimida; sin embargo, el ambiente acogedor y la alegría de los presentes la contagió. Bailó, cantó y se olvidó de su dolor por un instante. Al llegar la medianoche, la gente se abrazó. La fiesta estaba en su mejor momento. Micaela vio acercarse a un apuesto hombre quien sonriente y coqueto le pidió bailar. Ella aceptó y fueron la pareja de la noche, tenían ritmo.

Entre salsas y merengues pasaron la madrugada, disfrutando como adolescentes. Micaela se sintió atrapada en los ojos verdes de Héctor, exitoso empresario de seria reputación. Él quedó encandilado con la mujer delgada de ojos negros y cabellos azabache, que no solo era divertida y sensual, sino que le inspiraba confianza y podía ser él mismo.

Quizás, a los hombres les atrae aquello de lo que carecen.

Héctor logró que esa noche Micaela se sintiera atractiva y deseada, incentivos que necesitaba para poder dejar a Luis definitivamente. Tras escuchar los susurros y frases cariñosas en su oreja, Micaela pensó: Me encanta este hombre, no lo voy a dejar escapar. Le dijo que no tenía novio, que había roto con él hacía unos meses. No preguntó mucho acerca de él, solo sabía que era divorciado y

padre de un niño. Inter-cambiaron teléfonos y quedaron en volverse a ver pronto.

Micaela, al regresar a casa con sus amigas, no paró de hablar de Héctor, de contar que estaba enamorada nuevamente, y que mandaría a Luis por un tubo. Se lo comentó a su madre: “Mamita, ya terminé definitivamente con Luis. No te preocupes, si llama dile que no estoy”.

Luis persiguió por un tiempo a Micaela. Al principio lo hizo con arrepentimiento y reflexión; notaba que su novia fiel y esmerada ya no estaría junto a él, y se sabía culpable. Sin embargo, después se enteró de que en la fiesta de Año Nuevo, Micaela conoció a Héctor. Se llenó de celos y odio. Llamaba de madrugada a casa de Micaela solo para insultarla y maldecirla. Al poco tiempo, Luis viajó a Miami. Su depresión era latente y sus padres creyeron que era lo mejor para él.

Perder un amor, siendo el causante de la situación, vuelve perpetua la culpa y la desazón.

Ahora Micaela estaba pendiente de la llamada de Héctor, estaba tan ilusionada como la primera vez. Creía que el amor era siempre maravilloso, y que Luis solo había sido parte de la inexperiencia en su vida.

La llamada del hombre que ahora llenaba sus pensamientos no se hizo esperar. Luego de un par de salidas, Héctor y Micaela ya eran pareja. No hubo una declaración; los tratos apasionados que se tenían así lo hacían suponer. Micaela notaba que su nuevo enamorado no era muy expresivo, pero era atento, educado y divertido, modales que marcaban una diferencia abismal con su ex novio.

Melissa, su mejor amiga, le aconsejó: “Averigua más de Héctor. No te confíes esta vez, lo veo medio raro. Te llama cuando quiere, con el pretexto de la chamba. ¿Te has imaginado cómo será más adelante?”.

“No, amiga. Lo que pasa es que Héctor es un ejecutivo importante, tiene cosas que hacer. No es un chiquillo. Los fines de semana son para mí, ya me lo ha dicho”.

La ilusión de amor anula el raciocinio, impide ver lo evidente: que no existe amor sin altos y bajos, que no existe la perfección.

Durante unas semanas, Micaela se sintió halagada, cuidada y protegida. Sentía que Héctor la lucía con orgullo. La llevaba a reuniones, le presentó a su hijo pequeño y le contó de sus proyectos. Además se mostraba orgulloso de sus logros profesionales: Micaela era jefa de marketing y hacía sus primeras incursiones en la constitución de un negocio propio. Eso le fascinaba a Héctor, quien disfrutaba y sentía orgullo de estar al lado de una mujer tan independiente.

TE QUIERO… PERO NO TE AMO

Cuando Micaela y Héctor tenían cerca de un año saliendo, ella se volvió a sentir rechazada. Mantenía el entusiasmo y los detalles, pero Héctor era cambiante. Había ocasiones en que su apatía y frialdad la dejaban perpleja. Algunas veces, si ella no lo llamaba, pasaban días sin que Héctor lo hiciese; otras veces, recibía llamadas que solo parecían hechas por cumplir.

Los ‘te amo’ y ‘te extraño’ que Micaela esperaba escuchar no llegaban. Muchos fines de semana se quedó lista para salir, esperando la llamada que no llegaba, porque Héctor prefería dormir o ver videos con su hijo. Micaela no preguntaba por qué y mucho menos se quejaba. Temía perderlo y prefería disculparlo ante su familia. A solas, lloraba sin ser vista. Se deprimía y las migrañas, que ni las pastillas parecían calmar, se apoderaban de ella.

El rechazo emocional mina el alma, la mente y el cuerpo, borra la esperanza, pinta la vida de gris.

Después de salir y beber, en una ocasión que Héctor estaba de buen humor, y

después de haber tenido el mejor sexo de su vida, Micaela cariñosa y feliz preguntó: “¿Me quieres un poquito? ¿Me extrañas?”.

Héctor cambió de voz: “Claro que te quiero. No seas tonta”, de inmediato se levantó a servir algo de champaña o vino. Si Micaela insistía con la pregunta, se enojaba y dejaba de hablar, tan solo respondía que era tarde y debía dejarla en su casa.

Micaela no entendía esa actitud. Supo por amigos de Héctor que él se había divorciado porque ella lo había engañado. Desde entonces era famoso por mantener relaciones esporádicas, no creía en el matrimonio, sus ex lo odiaban porque consideraban que las había hecho perder el tiempo y Micaela era la enamorada con la que más estaba durando.

En fechas especiales, Héctor parecía ser un experto hiriendo a Micaela. Días antes de su cumpleaños estaba más distante que nunca. Cuando el día llegó, le regaló girasoles amarillos y un perfume de marca. También hubo una llamada gentil, pero jamás un ‘te quiero’. Micaela no tenía fuerzas para alejarse, Héctor era quien lo hacía; pasaba semanas sin tocarla y apenas la besaba, como si un hastío se apoderara de su ser.

La primera ruptura fuerte llegó cerca de los dos años y medio de relación, cuando tras la clásica pregunta de Micaela: “¿Me amas?”, un Héctor fastidiado y harto, contestó: “La verdad es que te quiero, pero no te amo”. Se dio media vuelta en la cama, dejando muda y más sola que nunca a Micaela, que se fue a sentar sobre la tapa del excusado a llorar en silencio; luego se vistió casi sin hacer ruido y le dijo a Héctor que la llevara a casa.

“Héctor, no te comprendo. Yo siento que sí me amas. No te obligo a un compromiso, pero es indudable que te apartas de mí, que no me soportas, y a pesar de todo lo que doy y de que hay días en los que te muestras feliz conmigo, dices no amarme. Quizás eso crees tú porque te da miedo asumirlo”. “Puede ser, puede ser”, dijo él.

Micaela bajó del auto destrozada, con un dolor inmenso que la hacía sentir desprotegida por Dios. Amaba y no podía ser amada. No entendía. No quería aceptar la razón.

SIN TI NO VIVIRÉ

Con la esperanza de que Héctor la extrañara, Micaela seguía sus pasos a escondidas. Amigas en común le decían que se le veía tranquilo, pero pensativo y más callado que de costumbre. Supo también que los problemas con su ex esposa lo alteraban. La madre de su hijo, quien además se había burlado de la presencia de Micaela en su vida en más de una ocasión, intentaba sacarle dinero con cualquier pretexto y Héctor lo sabía.

Luego de un par de meses separados, Micaela sentía que lo extra-ñaba demasiado y el cumpleaños de Héctor fue el pretexto perfecto para acercarse. Un mensaje de texto amable y cariñoso al teléfono renovó la comunicación. Héctor la llamó, sin duda también la extra-ñaba, y de inmediato la invitó a cenar.

Cuando se encontraron, Héctor trató a Micaela con naturalidad, como si no hubiese pasado nada. Ella estaba contenta, esperaba nuevamente en vano que él le dijera que la extrañaba y que la amaba. No entendía por qué, si el trato y la mirada de Héctor le transmitían un profundo amor, era tan incapaz de expresarlo. Luego de cenar fueron a bailar como antes y, entre risas y copas, volvieron a sentir pasión. El habitual hotel de lujo los esperaba. Sin explicaciones ni reclamos sus vidas se juntaron nuevamente.

Una dama honesta no es garantía de ser valorada, porque para algunos hombres solo importa vivir el momento.

Esta vez Micaela trató de indagar más sobre la vida de Héctor, conocer las causas de sus cambiantes estados de ánimo. Logró saber que tras su divorcio desconfiaba de las mujeres. Muchas se le habían acercado por interés. Había tenido solo aventuras y no pensaba en volver a casarse. La palabra ‘compromiso’ era algo que evadía por completo. Cuando salió con otras chicas y se aburrió de ellas, su estrategia consistió en llamarlas menos, volverse frío, cansarlas y maltratarlas psicológicamente hasta que se apartaran odiándolo, sin pedir explicación.

Pero Micaela era de las mujeres que buscan entrar en el alma del amado. Pese a tener miedo a perderlo, esta vez pidió consejo y consideró armar una estrategia

para que Héctor recuperara, a su lado, la fe en el amor. Un día de invierno se encontró con su amiga Azucena y le contó lo que vivía en su relación. Azucena, que también vivía una relación sentimental complicada, era más centrada y analítica. Al escuchar a su amiga con atención le dijo: “No puedo creer que no puedas decirle a Héctor lo que te molesta de la relación, lo que te hiere. Te dejas maltratar. Este tipo no considera lo que sientes y tú sigues sufriendo absurdamente. Mira, Micaela, si no te valoras, nadie lo hará. Eres linda, lo que ocurre es que tú piensas que nadie más te puede amar y estás completamente equivocada. Yo te aseguro de que si le dices a Héctor lo tirano que es contigo lo harás reflexionar. Ninguna de las idiotas que ha salido con él le ha dicho lo arrogante, egoísta y cruel que es. Hazlo tú. Una mujer es tratada como lo permite. No tienes que gritarle ni ser maleducada, habla como sabes, con altura, pero dilo todo. Solo así sabrás si te quiere de verdad o solo desea pasarla bien”.

Micaela sintió que Azucena le habló como hubiese querido que lo hiciera su madre. Admiraba mucho el temple de su amiga, su fortaleza en el amor, y sabía que tenía razón. Su relación con Héctor continuaba y nuevamente volvían los maltratos y desconsideraciones que la herían tanto. Tenía una pareja que era un caballero, pero egoísta, depresivo y esquivo ante lo que ella sentía.

En una de sus habituales salidas, Héctor parecía no soportar más la presencia de Micaela, que siempre estaba colgada de su hombro dicién-dole cosas cariñosas cuando lo sentía más distante. Aquella noche casi no le hablaba. Mientras manejaba por el malecón, cerca al mar, Micaela recordó una a una las palabras de Azucena.

“Héctor, para el auto por favor, necesito decirte algo”. Héctor hizo un gesto de fastidio. “Durante todo este tiempo he intentado comprenderte. Un día te comportas como el hombre más enamorado: me llamas, me atiendes, dices estar orgulloso de lo que hago, pero a las dos semanas enmudeces, te conviertes en el ser más inexpresivo que existe, me humillas y me ignoras sin decirme las razones. Sé que buscas aburrirme y provocar que me aleje, sé que no quieres compromisos serios; pero, ¿sabes?, no merezco este trato. Yo no sé con qué clase de mujeres has estado antes, pero yo soy decente. Te he tratado con respeto y amor, así que preferiría que seas honesto. Creo que te vas a quedar solo, Héctor. Si tu ex te engañó, no todas las mujeres que estuvimos después de ella debemos pagarlo. Antes yo me callaba frente a tus desplantes, pero no más. Me voy de tu vida porque tú no me valoras. Ojalá Dios te ayude a encontrar el mejor camino para vivir al lado de tu hijo. No te molestes en llevarme, me voy sola, pero con la

conciencia en paz”.

Héctor estaba sorprendido y cabizbajo: “Pero son las tres de la mañana, yo te llevo”.

“¡No, Héctor. Me voy sola! ¡Quiero irme sola. Tomaré un taxi!”, dijo Micaela firme y mirándolo a los ojos. Bajó temblando del auto y tomó un taxi rápidamente, mientras las lágrimas caían por sus mejillas sin cesar.

Decir la verdad libera y también puede doler. Las consecuencias de su revelación cambian el rumbo de lo que queda por vivir.

Héctor regresó a su casa muy conmocionado. Por primera vez, una mujer le había dicho en la cara que estaba confundido, que había perdido el rumbo en el amor. La culpa y el dolor lo sumieron en una desesperación que jamás había experimentado y decidió buscar a Micaela. A los dos días del episodio, la llamó y le dijo que necesitaba verla. La estaría esperando en la esquina de su casa. Micaela no podía creerlo. Acudió al encuentro ansiosa y con esperanzas.

Él le dio la razón. Aceptó que necesitaba su ayuda y tiempo para poder cambiar, y que no quería perderla. Micaela, comprensiva y enamorada, le aseguró que lo apoyaría, pero también que le haría saber lo que le molestaba.

Por un tiempo la relación mejoró considerablemente. Micaela se animó a realizar viajes con Héctor, y él la presentó a sus amigos. La veían como la novia ideal, porque se notaba que era un hombre feliz. El hijo de Héctor la apreciaba y respetaba. Todo indicaba que podían asumir una relación más formal.

UN GOLPE MÁS

Pese a que la relación había mejorado, Héctor no lograba vencer sus miedos. Se sentía cada vez más comprometido con Micaela cuando acudían a la boda de las amigas de ella.

“¿Ustedes cuándo se animan?”, les decían. Pregunta que lo incomodaba y a la que solía contestar, para salir de la situación: “Pronto… pronto”. Micaela no presionaba, pero tenía ilusión de ser su esposa. Él evadía el tema.

Después de unos meses, la conducta de Héctor sufrió un retro-ceso. Volvió a los tratos hoscos, al abatimiento y desinterés de siempre. Micaela no resistía más. Ahora discutían y pasaban semanas en las que la rutina iba minando la relación. Ella crecía a nivel profesional cada vez más, tenía muchos amigos y era considerada y respetada como persona. Recibía halagos, obsequios e invitaciones de pretendientes que esquivaba con amabilidad; no podía aceptar que otros la amaran, porque a quien anhelaba era incapaz de amar como ella deseaba.

El amor que espera se suele perder en el camino, porque nadie puede dar lo que no tiene.

Celebraron un nuevo aniversario, y tras una velada romántica junto al mar, Micaela, algo bebida y conmovida, volvió a preguntar a Héctor: “¿Papito, tú me amas?”.

“Sabes que te quiero. Ya es tarde, vámonos a casa”.

Luego la confundía más al decirle que sería lindo que tuvieran una hija con los ojos como los de ella. Micaela temblaba y suspiraba de emoción; creía que pronto le pediría matrimonio. Esperó en vano. La propuesta jamás llegó. El tiempo pasaba y sus padres la presionaban, en especial su madre. La madre de Micaela quería que se alejara del empresario, sabía que no le pediría matrimonio jamás y que perdía el tiempo al lado de un hombre atormentado. Pero su hija no era buena escuchándola.

Héctor empezó a encontrar pretextos para no salir con Micaela. Se hacía el enfermo, exageraba sus reuniones de trabajo o decía que tenía la agenda más recargada que de costumbre. Micaela no sabía qué más hacer y decidió conversar con él abiertamente. Le reclamó su trato, su falta de cambio, pero Héctor argumentaba que él era así y que por más que hacía intentos por cambiar su carácter, no podía. Cuando Micaela volvió a preguntar si la amaba, esta vez

Héctor dijo sin mirarla: “Lo sabes: te quiero, pero no te amo”.

Y fue suficiente para Micaela. Terminó con él, no sin antes señalarle que seguro que si descubría con el tiempo que la amaba y la necesitaba, la buscaría. Lo besó en la frente y salió de su departamento. Las heridas volvían a abrirse. Lo había dado todo. Sentía que Héctor la amaba, pero no entendía por qué lo negaba. Ella tenía todo para ser amada: era bella, inteligente y divertida. ¿Qué más le faltaba?

¿Por qué no podía aceptarla como compañera?

La obsesión y dependencia no aceptan el rechazo, porque quienes los padecen no soportan perder.

Las amigas de Micaela estaban pendientes de ella. Pensaban que Héctor no merecía su cariño. La animaban a salir, a divertirse y a conocer a otras personas. Pero Micaela siempre hablaba de él, lo recordaba y lo comparaba con todos los hombres. Pese a lo vivido, lo había idealizado.

Después de un año de ruptura, Micaela tuvo un par de parejas informales. Con una de ellas pareció revivir la situación con Héctor. Adolfo era un ejecutivo de finos modales que la llamaba cuando le provocaba. Pero ella, nuevamente, no reclamaba; quizá por orgullo, quizá por no dar la apariencia de estar ilusionada. Una noche de Año Nuevo él la dejó plantada. Pero Micaela no llamó, no preguntó; se echó a dormir llorosa, deprimida; no podía soportar tanta desilusión. Por un tiempo estuvo ilusionada y sufriendo con el esquivo Adolfo; sin embargo, se enteró de que había viajado al exterior con su ex novia. Entonces todo terminó nuevamente.

Los amores modernos basados en poses solo arruinan la comunicación, llenan la mente de confusión y tergiversación.

Héctor volvía a su memoria. Lo extrañaba, lo anhelaba y tenía que tragarse las

noticias que recibía de él: ya tenía una nueva enamorada, una mujer vulgar e interesada como las que estaba acostumbrado antes de conocerla. También se enteró de que viajaban juntos a balnearios paradisiacos, y que la llenaba de obsequios. Esa realidad que Micaela contemplaba a la distancia, hacía que los celos y la ira brotaran sin poderlos controlar. No podía concentrarse en el trabajo y sus ganas de comer eran nulas.

Su amiga Azucena, al verla abstraída, le decía: “Micaela, deja de pensar en Héctor. Así esté con otra, no se casará con ella. ¿Quieres apostar? El tipo quiere sexo. Cero líos. Cero compromisos. Es un pendejo. Ya asúmelo. No seas terca. Estoy segura de que eres la mujer que más ha querido, pero eso no significa que desee casarse. Hay hombres así. Es una elección de vida”.

TODOS VUELVEN. NO TODOS SE QUEDAN

Luego de cuatro años lejos de Héctor, y sin una nueva relación sentimental que valiese la pena, ocurrió lo inimaginable para Micaela. Él la llamó con un pretexto absurdo: le pidió consejos acerca de una decoradora de interiores, porque se había comprado un departamento y solo confiaba en su excelente gusto. Micaela le habló nerviosa y temblorosa. No podía creerlo. Disimuló con su risa y amabilidad característica, y le brindó los datos que él necesitaba. Héctor no perdió tiempo y la invitó a cenar. Esa noche también fueron a bailar y bebieron como solían hacerlo cuando salían. Finalmente, entre coqueteos y risas, Micaela se echó en sus brazos y para Héctor no fue difícil el regreso. Nuevamente juntos en la cama reían y se decían cosas tiernas.

La emoción del amor traiciona la decisión, solo deja paso a lo que dice el corazón.

Micaela lo ayudó a decorar el nuevo departamento, como lo soñaba para ambos. Él aceptó feliz todas sus sugerencias. Para continuar sorprendiéndola, le pidió que sus padres conocieran el departamento, y así lo hicieron.

La madre de Micaela aún desconfiaba de Héctor. No creía en su entusiasmo ni en sus palabras. No perdía la gentileza y buenos modales con él, pero tampoco se involucraba en lo que decía. Aún no escuchaba lo que quería oír, Héctor no hablaba de matrimonio con su hija y ella temía que no lo haría nunca.

Pasaron siete meses de furor, pasión, viajes y encuentros divertidos. Al parecer un renacer de la relación. Micaela decidió hablar claro con Héctor por última vez.

“Me has hecho amoblar el departamento. Me dices que te gustaría tener una niña. Dime, ¿estás pensando en que nos comprometamos formalmente?”.

“Te juro que lo he intentado, pero no puedo”.

Micaela lo tomó del rostro: “¡Mírame, mírame a los ojos y dime que no me amas! ¿Entonces por qué me buscaste? Dime”.

Héctor esquivó la mirada de Micaela. Con voz tenue y con expresión de profunda culpa, se atrevió a decir: “Lo siento Micaela, te quiero… pero no te amo”.

Micaela se apartó enfurecida de su lado. Recogió su ropa del departamento y le dijo con firmeza: “Nunca más te atrevas a llamarme, ¿me oyes? Nunca más”. Salió en su auto rápidamente, herida y sin poder controlar las lágrimas. Esta vez el dolor era inexplicable. Paró en una estación de servicio para llamar a sus amigas Azucena y Melissa, quienes acudieron a su encuentro para consolarla y protegerla como siempre.

Nunca se está preparado para los golpes del amor. En cada golpe se pierde algo de vida y algo de fe.

A los pocos días, Micaela comunicó a sus padres que había roto definitivamente con Héctor, y su madre respiró aliviada.

“Hijita, olvídate de ese hombre. Es un enfermo y tú eres linda. Ya conocerás a otro”.

Ocultando su dolor para no dañar a sus padres contestó: “Claro, mamita. Soy joven, tengo un buen empleo y conozco mucha gente. Ya me irá mejor”.

Micaela retomó su carrera con fuerza y progresó económicamente. A través de algunos conocidos llegó a saber que Héctor sigue teniendo aventuras pasajeras; nunca está solo. Pero ella lo recuerda con mucho rencor. Aquel amor arruinó su autoestima. Micaela aún teme no ser amada, duda de que algún hombre pueda hacerlo como se merece. Y cuando un hombre se le acerca insistentemente lo rechaza, no logra enamorarse con facilidad.

El reto de ser amada por alguien difícil es una trampa de la que si no se escapa ensombrece lo que queda de vida.

Al parecer Micaela es una mujer de retos contra ella misma. Hoy sale eventualmente con un nuevo hombre, quien con su pasión ha logrado borrar de su mente a Héctor. Aunque aún lo espere, aunque aún lo anhele.

2

Mujeres

que aman la idea

del matrimonio

Acá se encuentran las chicas que sueñan desde pequeñas con la celebración de su matrimonio, casarse de blanco y ser admiradas. Para ello, buscan con esmero a un hombre que las lleve al altar, sin importarles si las ama o no, pero abrigadas por el silencio para evitar la ruptura del compromiso si notan que su pareja es algo indiferente. Para estas mujeres no casarse es visto como mala suerte o como un fracaso.

Va de blanco, va de tul, un ramo de rosas blancas entre sus manos y mil sueños en el alma. Ha esperado este día con ansias. Todas las miradas se dirigen hacia ella y su sonrisa es inocente como la de los niños. Esta noche la iglesia es más mágica que nunca, más divina. Lugar elegido donde los que se aman se juran amor.

La novia

El matrimonio es un contrato de afectividad

que nunca garantiza su cumplimiento,

pues el cariño se revisa cada mañana.

Pilar Barreno

LA NIÑA MIMADA

Flor Lazo era la pequeña y risueña hija menor del señor Guillermo y la señora Josefina, quienes en madura edad lograron concebirla, diecisiete años después de nacida su hija mayor. Ante esa situación, Flor fue esperada y amada como si fuese la única hija.

Durante los primeros cinco años, la niña gozó del tierno arrullo de sus padres, hasta que una fría madrugada de 1980 su papá falleció tras sufrir un derrame cerebral. La alegría huyó de casa y ni los saltos y juegos de Flor alegraban a su hermana mayor, Cecilia, y a su mamá, quienes no solo habían perdido al padre y al esposo, sino a quien era el principal sustento.

La muerte llega como el ave negra, que espera su presa para desgarrarla sin dejarla accionar. Se lleva la esperanza, se lleva la luz y opaca el amor.

Dos años después, la señora Josefina enfermó del corazón y su elevada presión arterial no le permitió continuar al lado de sus hijas, sobre todo de la pequeña Flor. Cecilia, de veinticuatro años, se hizo cargo de su hermana. Flor se volvió

retraída y silenciosa, los brazos de papá y la sonrisa de mamá se habían ido. Los cuentos y cánticos de cuna no estaban más. Luego de unos meses Flor volvió a reír. Renació con sueños. Quería ser feliz.

QUIERO UN PRÍNCIPE

Corrieron los años y con el arduo trabajo de Cecilia, Flor se convirtió en una estudiante aplicada y modelo. Era obediente y sencilla. Se conformaba con lo que su hermana podía ofrecerle sin renegar; sabía que era su única familia y que se sacrificaba para verla surgir como sus padres lo hubieran anhelado.

Solía decir orgullosa a sus amigas del colegio: “Mi hermana Cecilia me compró este maletín nuevo. Es un genio. Trabaja y estudia desde que mis padres no están. Por eso tengo que salir del colegio y ayudarla”.

La gratitud más sincera es la que se da desde pequeños gestos como la sonrisa y la gentileza.

Flor culminó sus estudios secundarios con el primer puesto por sus altas calificaciones y fue becada en una academia de estudios preuniversitarios. Al poco tiempo ingresó a la universidad. Era una joven cons-ciente de lo que costaba ser alguien y quería ser una profesional exitosa.

En su vida universitaria, Flor se dio cuenta de que las diversiones de sus compañeros en discotecas y fiestas no eran de su agrado. iba a pocas reuniones y era algo tímida, pero ante la insistencia de su amiga Ivette, acudió una noche al cumpleaños de un compañero de ellas. Flor no imaginaba que esa noche su vida cambiaría de manera súbita e inevitable.

A pocas horas de iniciada la fiesta llegó iván. Estudiante de Derecho, de veintitrés años y rasgos orientales. Era conservador, analítico y algo exquisito en gustos. No socializaba con cualquier tipo de gente. Seleccionaba a sus amigos, y en amores buscaba a una chica seria y decente, pero sumisa. Le gustaba llevar la

batuta de su relación.

El machismo puede disfrazarse de cordura y moralidad. Falsos argumentos que solo esconden profunda inseguridad y miedo.

Cuando le presentaron a Flor, le pareció bella y dulce. La observó durante un largo rato. La escuchó hablar y pronto se entusiasmó con ella. Era la chica decente y laboriosa que buscaba. Su mente la dibujaba como la compañera perfecta. iván lo planificaba todo en su vida, Flor sería un logro más para no salir herido. El dolor, pensaba el joven estudiante, era para la gente poco inteligente que no planifica su futuro.

Iván sacó a bailar a Flor un par de veces. Fue directo y precoz, como las aves que van tras su presa.

“He notado que eres la chica más pensante de aquí. ¿Sabes?, nos parecemos. ¿No crees que deberíamos salir de esta bulla para conversar mejor? Noto que no te gusta mucho beber, ni las fiestas, como a mí. ¿Qué dices? ¿vamos a otro lado?”.

“Creo que tienes razón. Ya me quiero ir. Podemos conversar, pero solo un rato; no suelo llegar tarde a casa porque mi hermana se preocupa”, Flor tartamudeó un poco al contestar, pero en el fondo se sintió halagada y admirada.

Salieron juntos. Flor temblaba por dentro, no había tenido enamorado y notaba que su nuevo amigo era demasiado atento, hecho que le agradaba. Lo hallaba con porte y simpático, serio y respetuoso, todo lo que desde chica le habían dicho que debía tener el novio ideal.

La emoción ante una primera cita puede nublar el raciocinio. Soñar e idealizar a la pareja es el primer paso para el fracaso; conocerse es cuestión de tiempo.

Aquella noche Iván buscó impresionar a Flor y conquistarla. Fue amable y detallista. Charlaron de sus carreras, hicieron bromas y coquetearon. Luego, dejó a Flor en su casa. Intercambiaron teléfonos y correos, incluso planificaron su nueva cita, esta vez al cine. Flor sentía que estaba soñando, que podía ser feliz como sus padres lo hubiesen querido.

A la tercera salida, Iván le pidió a Flor ser su enamorado. Con una rosa en la mano, como pocos hombres lo hacen en la actualidad, le dijo que ella era la chica que esperaba y se sentía feliz a su lado. Ella aceptó de inmediato, sonriente y emocionada. No podía creerlo. El chico más serio y culto de su grupo se había fijado en ella. No se puede ser más feliz, pensaba.

El amor cae como la garua, congela y penetra. No se quiere despertar de la sensación de adormecimiento de los sentidos que provoca aquello llamado felicidad.

Flor e Iván se convirtieron en la pareja más sólida y admirada del entorno. Una de las más apreciadas. Los veín como almas gemelas que se habían encontrado para formar un hogar.

LO QUE TÚ DIGAS, AMOR

Con el tiempo, Iván fue tomando las riendas de la relación. Era el protector. Flor no tomaba decisiones sin consultarle, porque él le hacía ver que siempre buscaba lo mejor, y era más claro en sus metas por el hogar funcional que tenía. Flor sentía que su pareja deseaba lo mejor para ella y no quería desilusionarlo. Sus consejos eran siempre apropiados. Al menos los primeros años. Jamás se dio cuenta de que estaba renunciando a ser ella misma, ni de que sus anhelos no afloraban porque temía decírselos a su novio. Sentía que Iván sabía todo y que, para no fallar, era mejor optar por lo que a él le parecía.

Una noche Flor quiso ir a una despedida de soltera de una amiga del colegio. Aquella reunión no era recatada, incluía show de strippers y temía decírselo a

Iván, pero una de sus mejores amigas le dijo: “No harás nada malo. Iremos todas. No es tu marido y me parece superegoísta que te prohíba ir a las despedidas. Te pasas, Flor. Eres una pisada, y si te casas con él te vas a fregar”.

Pero Flor no escuchó a su amiga, había desarrollado un sentido de respeto hacia Iván como el que se le tiene a un padre. Le contó de la fiesta, y como era de esperarse para iván esa despedida era para chicas promiscuas e inmorales.

“Ay, Flor, ¿cómo se te ocurre que vas a ir a esa porquería? Dime, ¿a ti te gustaría que yo fuese a fiestas de putas con mis patas? No, ¿verdad? Entonces, amor, no hay nada que decir. No vas, y yo tampoco yo iré si me invitan”, sentenció iván.

“Lo que tú digas, amor”, dijo Flor, como siempre.

El discurso moralizador es eficaz cuando se usa como manipulación. La víctima queda despojada de criterio, es acusada sin delinquir, juzgada sin pecar.

La alegría y emoción de Flor se fueron apagando con el tiempo. Sentía que iván juzgaba lo que ella planificaba, pero no quería pelear porque temía perderlo. No podría soportar quedarse sola. Quería que él fuera el padre de sus hijos. No quería admitir que estaba triste y que sufría por la falta de libertad.

Luego de cinco años de relación, Iván ya era abogado y laboraba en un prestigioso bufete. Ahorraba dinero y tenía un buen auto. Se sentía ganador; era el que más había crecido de sus compañeros de universidad. Sin embargo, la humildad se había ido de su ser. Era crítico en extremo y juzgaba a sus compañeros con dureza. Y en cuanto a su vida sentimental, llevaba el control como le gustaba. Tenía una novia noble y sumisa que era fiel y respetuosa, pero la admiración que sentía por ella se fue perdiendo, la encontraba lenta en sus proyectos y le parecía que, sin él, tomaba elecciones equivocadas.

Hallar defectos en el otro es una forma de escape, cuando la frustración viene de un espacio más profundo que no se anhela reconocer.

EL COMPROMISO

A pesar de las insatisfacciones silenciosas entre Flor e Iván, la relación continuaba. Si sentían que se hallaban distanciados, podría ayudarlos un fin de semana en alguna playa alejada de Lima o un viaje corto al exterior. iván aún creía que no podría encontrar mejor mujer que Flor.

Ella había dejado de alimentarse correctamente. Su novio la veía cada vez menos, ya que sus múltiples ocupaciones se lo impedían. Además, se percataba de que no tenía los mismos detalles de antes: no más flores, no más llamadas tiernas. Todo parecía haberse evaporado. A veces temía que la estuviera engañando con otra mujer, no sabía en qué momento había dejado de ser atractiva e importante para él.

Una noche en que Flor estuvo muy deprimida por las ausencias de Iván, se atrevió a decirle que las cosas no iban bien y que era mejor separarse. Iván jamás se esperó algo así. Reaccionó con angustia y se deshizo en explicaciones acerca de sus proyectos hasta convencer a Flor, una vez más, de que la amaba. El miedo a perder a una chica con sus cualidades lo azotó. Entonces tomó una decisión: se casaría con ella lo antes posible.

El miedo es una emoción ineludible, mala consejera, pésima aliada. Por lo general solo permite dar pasos en falso, directos hacia el dolor.

Iván consiguió el anillo más caro que pudo pagar y le pidió matrimonio a Flor en una cena romántica. Ella renació de alegría. Nuevamente daba gracias al cielo por haber hallado a un hombre que la quería como compañera de vida.

Luego de la velada maravillosa el lunes llegó y, con él, la realidad. Iván se enfrascó más que nunca en sus negocios. Dejaba de contestar las llamadas de su novia, quien ya no sabía en qué momento él tendría una migaja de tiempo para ella. Sin embargo, Flor continuaba disculpándolo ante sus amigas: “Pobre mi

gordo. Tiene mucho trabajo. Pero así cuesta todo. Si seremos esposos es obvio que tiene que ahorrar más. Ya nos hemos divertido mucho. Algo debo sacrificar".

"¡Flor, Iván es un egoísta! Hace años que hace lo que quiere. Tú le tienes miedo. No sales si él no puede. No sé cómo será si te casas. Mira bien lo que haces porque ahora son las reuniones de trabajo, pero mañana esas reuniones pueden tener nombre y apellido de otra mujer que no serás tú", le decían sus amigas mucho más analíticas y maliciosas.

Flor se indignaba ante los comentarios, que la ponían tensa. Confiaba plenamente en su pareja, y pese a que su hermana Cecilia también le decía que su novio le dedicaba poco tiempo y lo notaba muy cambiado, no podía reaccionar. No era feliz, pero a pesar de su juventud tenía mucho miedo de volver a empezar sin él.

Entusiasmada, enceguecida y presurosa, Flor dio inicio a los preparativos de su boda. Una tarde salió a mirar tiendas; lo hizo sola, no quería ser juzgada. Buscó vestidos de novia y consiguió información acerca de lo que necesitaría. Incluso se probó tres trajes que le pare-cieron de sueño.

"Mi novio quiere que use el vestido que más me guste. Hará un esfuerzo por mí en darme gusto. Ya tenemos ocho años juntos y nuestra boda es esperada por todos. Sus padres me quieren mucho y él es muy trabajador. He tenido suerte", comentaba con las vendedoras.

A veces el sueño de la boda enceguece a la mujer, la conduce a una irrealidad que fabrica por miedo a no admitir lo real. Necesita desarrollar argumentos por el qué dirán. Argumentos que digan 'soy feliz', porque reconocer que su noviazgo es una farsa requiere agallas.

Cuando Iván recogió a Flor del trabajo para almorzar, ella rodeó su cuello y emocionada le dijo: "Ay, amor, no sabes. He ido a ver todo lo que necesitaremos para la boda. Tengo revistas, afiches y también he visto cosas bellas para ti".

"Qué bueno. Vamos a comer que me muero de hambre y me cuentas".

Pero apenas pudo contar dos cosas. Un apático y distraído novio con el smartphone en mano la acompañaba.

“Ve todo eso con tu hermana. Yo no tengo idea de nada. Escoge lo que gustes. A mí solo me avisas cuánto necesitaremos”.

“Parece que no te importa”, replicó Flor como en pocas ocasiones.

“¡Qué tonterías dices! Solo date cuenta de que estoy cansado. No tengo cabeza para eso. Tú eres la mujer”, le contestó cogiéndole la mejilla.

El resto de las semanas, Flor consiguió separar una antigua iglesia limeña y hacer una lista de lo que necesitaría, con la ayuda de su hermana. Sus amigas del colegio también organizaban sus bodas, pero ella cerraría diciembre con la suya.

Ella y su novio asistieron a una de las bodas de las amigas de infancia. Iván, al ver la iglesia y escuchar el coro dijo en tono enérgico y decidido, mientras miraba de reojo a las amigas de Flor, quienes escuchaban atentas sus comentarios: “Flor, quiero ese coro. Me gusta. Aunque si tocan algo de violín sería mejor. Pero esta iglesia es muy fría. La que has escogido está mejor”.

Fingir ser el novio ideal ante amigas y familiares de la novia es la postura predilecta de quienes en el fondo no creen lo que dicen, y fingiendo intentan acallar su conciencia.

Flor sonreía emocionada ante los comentarios de Iván, pero cuando estuvieron a solas este dijo: “Amor, me parece que todo estuvo medio corrientón. Diría que hasta huachafo. Nosotros debemos hacer algo más fino, ¿no crees?”. Flor enmudeció. No podía entender lo hipócrita que era su novio. Aunque nuevamente lo disculpaba pensando que así debían ser los hombres. No debía preocuparse. Miró su anillo y volvió a sonreír.

CHAT, MESSENGER Y ALGO MÁS

Una tarde en la que Iván no tenía mucho trabajo, ingresó por curio-sidad al messenger. Solo tenía contactos laborales, pero esta vez quería conversar y relajarse. No imaginó a quién hallaría. Había olvidado que en uno de sus viajes de trabajo, había agregado como contacto a una comisión de abogados que veía temas petroleros de su empresa. De pronto, una de las abogadas, que vivía en Líbano de origen argentino, le escribió: “Hola, iván. Qué gusto encontrarte por aquí. ¿Te acuerdas de mí? Soy ilse”. iván recordó sonriente que era la chica alta de cabellos castaños y ojos verdes que le había parecido guapísima e inteligente. Presuroso contestó: “¡Claro que me acuerdo!, ¡Cómo olvidarte!”.

Comenzaron escribiéndose en la hora de almuerzo de Iván. Eran amigos y colegas. A ambos les gustaba el rock de los ochenta y las películas de Almodóvar. Iván la encontraba inteligente y divertida. Se emocionaba al verla conectada. Su amiga virtual le había devuelto el buen humor, tanto que un compañero del trabajo le decía: “Compadre, estás chocho porque te casas, ¿no? Eres el primer novio que veo así”. “¡Mi Flor es la mejor!”, disimulaba iván. Sin embargo, él nunca le comentó a su amiga argentina que estaba por casarse; todo lo contrario, le contaba de una relación mala en la que había decidido tomarse un tiempo. Ilse era coqueta y eso generaba en Iván dudas acerca de la soltería que ella le aseguraba. Pero eso no importaba, le creía. Eran cómplices y se necesitaban. Había surgido entre ellos un amor virtual.

Es tanta la necesidad de afecto de algunos, que si las frases de ternura llegan virtualmente no importa, porque las palabras que se reciben por el chat acarician el alma, permitan soñar. Cupido también es virtual.

Flor notaba a su novio de mejor humor, pero también un creciente distanciamiento: ya no almorzaban juntos. Iván siempre argumentaba estar en reuniones y se quejaba de su mala alimentación. Flor sentía pena por eso y algunas veces corría al restaurante para llevarle un menú que dejaba en la portería con una nota: “Amorcito, te dejo este rico menú para que te alimentes bien y te acuerdes de mí. Disfrútalo. Te ama, tu Flor”.

Iván recibía el encargo sonriente. Algunas veces la llamaba para agradecerle el detalle, otras veces, apenas un mensaje de texto al teléfono: “Gracias, amor. Eres

única”. No podía olvidar sus charlas con ilse. Ella lo esperaba. Era su cita diaria. No podía fallarle, la necesitaba, y si por alguna reunión o evento no podía llegar a la hora de su encuentro virtual, le enviaba correos disculpándose y solicitando otra hora para conectarse y conversar. Solamente faltaban tres meses para su boda con Flor.

Unas semanas después, Iván empezó a enviar obsequios a su amiga en Líbano. Primero fue una colección de discos clásicos de rock y luego un cofre de plata con chocolates rellenos de almendra. No importaba la distancia, Iván sentía el impulso de un hombre enamorado y Flor ya no estaba en su mente.

Iván le declaró su amor a Ilse a través de la internet, mes y medio antes de su matrimonio con Flor. ilse aceptó. Él era infiel, pero no quería reconocerlo. Ya que únicamente le importaba él mismo, dejaba que los planes de su próxima boda siguieran su curso. Evitaba a Flor con pretextos cada vez más absurdos como juntas de trabajo o exámenes de maestría. Pero sus ausencias siempre se debían a las citas con su chica de Líbano, quien a miles de kilómetros lo hacía feliz con tan solo escribir: “Mi pitufo, ¿cuándo te tendré entre mis brazos?”.

OJO DE VIEJA JAMÁS SE EQUIVOCA

Las tías paternas de Flor habían llegado a Lima de Trujillo para hacer compras y organizar un almuerzo de agasajo a la pareja. Las tías Esther, Celia y Gabriela querían mucho a Flor. Era la sobrina modelo, la más educada, dulce y decente de toda la familia; por eso, se esmerarían en hacer de su boda algo inolvidable. Charlaban, veían revistas y reían, con excepción de la tía Esther, la mayor, quien se había pasado todo el almuerzo observando a Iván, desde que llegó algo tarde y nervioso porque venía de chatear con su amante virtual.

La tía Esther había notado que Iván no estaba atento a lo que se comentaba de los preparativos, tomaba mucha agua, sudaba más de la cuenta y apenas cogía la mano de Flor cuando ella lo agarraba.

Los cuerpos hablan, lo transmiten todo, dicen demasiado.

Llena de ira y con la certeza de los que han vivido mucho, Esther le dijo a su hermana menor: “¡Celia, acompáñame a la cocina a traer más postre! Ella reconocía esa voz enérgica y corrió a su encuentro: “Este chino no me gusta nada. Está con otra. Engaña a Flor”.

“¡No digas eso! ¡Dios, qué cruel eres!”, exclamó pálida Celia.

“Ese ha llegado tarde. Se la pasa viendo el reloj y el teléfono. No me mira a los ojos y no mira a Flor con amor. Ese quiere a otra. Flor no puede fregarse la vida así”, continuó vociferando Esther.

“No creo. Llevan años juntos. El chinito debe estar con estrés de su trabajo. No puedes asegurar algo así tan ligeramente”, dijo la tía Celia sin poder creer lo que su hermana afirmaba.

“La dejará preñada y se largará. Ese es mi miedo”.

Dicen que las ancianas son la voz de la experiencia. Han vivido, lo han oído y visto todo. Huelen a leguas el aroma de la infidelidad.

Esther se propuso desenmascarar a su futuro sobrino: “iván, ¿a qué hora sales del trabajo todos los días?”.

“Depende, entre ocho y nueve de la noche… A veces más si tengo juntas”, respondió iván algo sorprendido.

“¿Siempre hay juntas? ¿Y con quiénes? ¿Tus padres qué dicen de la boda? ¿Cuántos hijos quieres tener con mi Flor?”.

Iván solo sabía que quería que la vieja de ojos grandes se callara para salir huyendo de allí. Flor notó su incomodidad: “Tiíta, qué preguntona estás. Hemos comido mucho. Nos iremos a dar una vuelta”. Tomó del brazo a su novio y se despidió presurosa. La tía Esther no paró, y entre risas y con sarcasmo dijo: “Iván, me la traes temprano. Ella aún tiene tías fuertes que la defienden”.

AHORA NO, MI AMOR

Flor, quien cada vez veía menos a su novio, buscaba ansiosa su cariño. Lo abrazaba y lo besaba con ternura porque lo extrañaba, pero Iván apenas le correspondía. Se alejaba rápidamente de ella y le hacía bromas para distraerla: “¡Amor, estamos en la calle. No seas ansiosa!”.

Flor lo notaba muy distante y frío.

“iván, ¿qué te pasa? ¿Acaso ya no me amas?”, le dijo cuando no pudo más.

“Ahora no me vengas con dramas, solo estoy cansado. Eres una exagerada”, le contestó titubeante y casi evadiendo su mirada. Un beso corto y caricias falsas servirían para Flor. Ella se calmaba o quería creer lo que él le decía.

“Amor, quedaré linda para ti en la boda. Te vas a quedar tonto”.

Quizás el desamor duele tanto que se elige fingir ser amado para no llorar, para no ver la noche.

Cuando Flor estaba a solas en su habitación pensaba en sus padres. Besaba las fotos que tenía en su velador y las lágrimas corrían por sus mejillas, no estarían con ella en su matrimonio. Por momentos quería volver a la niñez, sentir la mano de su madre peinándola para ir al colegio y sentarse con su padre a ver televisión para reír juntos. Quizá su corazón presentía algo malo, pero no podía saber qué.

La fecha de la boda estaba cada vez más cerca. Los preparativos eran en una inagotable faena para la novia, que con ayuda de sus tías y hermana revisaba cada detalle para el esperado día. Pero Iván parecía no darse por enterado. Cuando Flor le pedía que la acompañara, se negaba con pretextos cada vez más inverosímiles. Flor le creía, siempre le creía.

Por momentos lloraba, cuando iba por las calles viendo tiendas. Se percataba de

la frialdad de su pareja, pero no se atrevía a contárselo a nadie. Sabía que todos le dirían que no debía casarse así. Y no quería escucharlo, no quería admitirlo. Soñaba con una boda y un hogar. Se calmaba pensando que su novio era cada vez más importante y sus ausencias eran producto de ello.

Cuando la dependencia es el mal, el amor es una celda de la que no se anhela escapar, aunque quede presa el alma y deshecha la ilusión.

Los padres de Iván estaban felices y entusiasmados con el evento. Isabel, la futura suegra, gastaba a manos llenas porque su hijo mayor se casaba. Quería una ceremonia por todo lo alto. También sentía profundo aprecio por Flor. No se atrevía a decirle que observaba a su hijo irritable y poco comunicativo, que lo veía sentado en su cuarto frente a la laptop hasta avanzadas horas de la madrugada usando el Messenger. Sospechaba que su hijo estaba entusiasmado con otra mujer, pero tampoco quería aceptarlo.

Iván se comunicaba cada vez más con Ilse. Era un amor que sentía real, pero que no cancelaría su boda. La culpa se asomaba por su mente y lo comenzaba a torturar. Entonces hacía llamadas cortas y cariñosas a Flor. Le enviaba algún obsequio y caía en cuenta de que no había mejor mujer. No tenía valor para dejarla.

El egoísmo también tiene fases de culpa. La doble vida no importa si no se logra ver.

Ilse, la amante virtual de iván, se esmeraba en planificar un próximo y apasionado encuentro con su nuevo enamorado. La distancia no sería problema. Le daría una sorpresa; llegaría a Lima en diciembre, justo unos días antes de la boda de Iván. Algo la impulsaba a verlo. Luchaba sin saberlo. Luchaba con su rival invisible.

Los primeros días de diciembre, Ilse se apareció en horas de la tarde en la oficina

de iván. Había llegado desde Líbano sin avisar, quería darle una sorpresa. Era la hora del almuerzo, hora en la que Iván solía conversar con ella por Messenger. Llegó a la recepción y convenció al vigilante de hacerla pasar a su oficina con el argumento de ser una asesora internacional del bufete.

Cuando Iván miraba absorto su monitor esperando hallar a Ilse, esta se acercó por detrás y le susurró al oído: “Tu chica de Líbano ya no es virtual. ¿Te animas a verla?”. iván volteó y quedó congelado. Se puso de pie mientras los brazos de Ilse se posaban sobre sus hombros. No pudo evitar emocionarse, sentirse feliz. Se llenaron de besos largos y caricias apasionadas, como la pareja más enamorada que podía existir. Iván había perdido la conciencia.

Entusiasmado y obnubilado por la belleza de Ilse, el novio se tomó el día en la oficina y comenzó a mentir. Con ayuda de un amigo, salió con el pretexto de realizar trámites para su matrimonio. Se encargó de que Ilse no viera a ningún miembro de la empresa y le dijo que era mejor guardar el secreto de su relación para no poner en peligro las labores de ambos. Apagó el celular. Se desconectó del mundo y pasó el día completo con ella. Pasaron la noche juntos en un hotel. La amó sin reparo. Disfrutó, rió y pensó que jamás había sentido un amor igual.

Al día siguiente, iván planificaría más paseos, que con ayuda de su cómplice iban saliendo muy bien. Fue una semana dura y ajetreada para Flor, que se desesperaba porque no había visto a su novio en ocho días. Comenzó a comer menos y a quedarse dormida cuando los miedos la acosaban. Así no pensaba, así no sería interrogada y al despertar inventaría nuevas excusas para disculpar a su novio ante la familia.

LA BODA

Ilse se fue de Lima con la esperanza y creencia de que Iván la amaba. Pediría su traslado al Perú, ya tenía conversaciones avanzadas con sus jefes. Aquello solo tardaría tres meses.

Iván no podía dormir. Faltaban nueve días para la boda. Se decía a sí mismo que no amaba más a Flor, pero el compromiso estaba de por medio. Las invitaciones estaban repartidas, la iglesia separada, todo estaba listo. Por su mente pasaba lo vivido con su novia durante ocho años. Caía en cuenta de que era una gran

mujer, que merecía lo mejor y que no podía dejarla.

Pero después venía a su mente Ilse, la mujer que ahora amaba y admiraba; inteligente, osada, divertida y emprendedora como él. Una nueva oportunidad para ser feliz. Mujer que llegó a su camino sin ser esperada, sin merecerlo. No podía tomar una decisión, no cancelaría la boda, pero tampoco dejaría a Ilse.

El día de la ceremonia llegó. Flor amaneció feliz y radiante, quería pensar que desde ese día Iván volvería a ser el hombre que siempre amó: dedicado, tierno y luchador, su protector y consejero. Sus ausencias terminarían, ahora vivirían juntos en un moderno departamento. Sus esfuerzos serían recompensados. Los miedos se irían.

La ingenuidad se parece a la ilusión, y es también un espejismo que nubla la razón.

Por su parte, Iván despertó con una fuerte migraña, enojado y con dolor de espalda. Salió a caminar por los parques de su casa, pensando una vez más en qué hacer. Vagó por casi tres horas, hasta que volvió y, ante los gritos ansiosos de sus padres, se comenzó a prepararse para la ceremonia. Ellos creían que estaba nervioso y no imaginaban el tormento que vivía, y si lo notaban preferían callar.

Flor estaba hermosa tras una tarde de spa y peluquería. Vestida de novia y frente a un espejo, terminaba de arreglarse con la ayuda de su hermana y sus tías. Llevaría algo nuevo, algo viejo, algo azul y algo prestado en su atuendo, cábalas tradicionales que toda novia usa para asegurarse un matrimonio sólido. Una largo velo y una cola de fino encaje y pedrería en el vestido la hacían lucir luminosa y pura. En el brillo de sus ojos marrones la esperanza se mezclaba con su sonrisa constante, tenue y cálida, que aún albergaba algo de temor, que los familiares llamaron nervios.

La boda había sido pactada en el Centro de Lima. Los invitados comenzaban a llegar. Era un 21 de diciembre y la Navidad se asomaba a una capital llena de luz. La ceremonia era a las ocho de la noche. Flor no quería ser impuntual, salió de casa en una bella limusina blanca, recibiendo la bendición de su hermana

Cecilia y sus tías, abrazando el cuadro con la foto de sus padres una vez más, y con las ansias de llegar a tiempo.

A su lado iba su tío Joaquín, hermano mayor de su padre, quien la entregaría en el altar. Al llegar a la iglesia, les pidieron dar unas vueltas más por la Plaza Mayor, el novio aún no llegaba, estaba retrasado. La iglesia estaba llena. La pareja era estimada y unas doscientas personas los acompañarían en su enlace. El reloj marcó las ocho y quince, Iván no llegaba y sus padres no sabían de él, porque había dicho que prefería ir solo a la iglesia. Lo habían dejado arreglándose, muy callado. Su madre temía lo peor; ahora lo sabía, su hijo no quería casarse.

Al promediar las ocho y media, Flor comenzó a desesperarse pensando que algo malo le había ocurrido a Iván, porque llamaban a su teléfono y no contestaba.

“Algún accidente o robo pudo haberle ocurrido”, comentó el tío Joaquín a Flor al correr los minutos. Ella empezó a llorar. En la iglesia, el sacerdote preguntaba a los familiares por el novio, y en las bancas los invitados cuchicheaban que el novio no llegaba: “Qué desgracia, pobre Flor”.

Las amigas del colegio de la novia se pararon en la puerta del atrio.

Mariana, la más callada de todas, esta vez dijo: “Se los dije, chicas. Ese hombre es malo. Lo sabía, el maldito no vendrá. Tiene a otra, plantó a Flor”.

“Cállate, no seas así. Quizás algo malo le pasó al Chino”, decían Leslie y Johanna horrorizadas, pero ninguna mala noticia llegaba y los minutos seguían corriendo.

Flor insistió en entrar a la iglesia para hablar con los padres de Iván. Eran las ocho y cuarenta y cinco y el novio no llegaba. Flor bajó del auto ante las miradas perplejas de los invitados. No podían creer que hubiese ingresado caminando al altar como cualquiera. Furiosa, llorosa, agitada y perdida, se acercó a los padres de Iván.

“¿Por qué, señores? ¿Por qué su hijo me ha hecho esto?”, y al decirlo, brazos y manos la cubrían, querían llevársela del lugar, pero Flor se liberaba y les pedía silencio: “No se metan, cállense, estoy hablando con ellos”.

La madre de Iván lloraba y titubeante dijo: “Hijita linda, no sabemos por qué no

llega Iván, te lo juro. Lo dejamos en casa casi listo. Pero quiso venir solo, no nos dijo por qué".

De pronto, llegó a la iglesia presuroso Jorge, ejecutivo, confidente y amigo de Iván, traía un mensaje para Flor, una nota del novio. Iván había ido a su departamento con una maleta en mano y la nota. Jorge se acercó temeroso a una furiosa Flor, quien lloraba de ira.

"Dime ¿qué sabes de él? ¿Dónde está?".

"No lo sé, Flor. Solo dejó la nota y se fue con una maleta". Ella abrió la nota rauda y temblorosa: "Flor, soy un cobarde. Perdóname. No puedo casarme contigo. Amo a otra mujer y no quiero hacerte más daño. Perdóname, y ojalá Dios pueda hacerlo también. Mereces ser feliz y yo soy un miserable que no te da hace mucho lo que mereces".

Los discursos hechos son la última huella que dejan los necios y egoístas. Y es que no pueden saber ni lo que sienten. Nada en ellos es auténtico.

Aquellas líneas fueron como lanzas en el corazón de Flor, quien hubiese preferido verlo accidentado o muerto antes que leer: No puedo casarme contigo. Como dormida, Flor caminó hacia el sacerdote y le dijo: "Padre, dígame por qué los hombres son tan malos. Padre, abráceme y dígame cómo vivo yo ahora". Y cuando estaba a punto de sostenerse en él, se desvaneció ante la mirada absorta de los invitados.

Colonias, alcohol y manos amorosas de tías, amigas y chismosas reanimaban a la novia. Le habían partido el alma. Su cara era solo el reflejo del dolor. La tía Esther murmuraba a sus hermanas: "Ese chino malnacido no imagina las lágrimas de sangre que llorará por haberle hecho esto a mi Flor".

La llevaron a una banca del altar. Ella logró reaccionar y tras unos instantes de silencio pidió ir a casa. Su amiga Marianne la condujo a su auto junto con su hermana Cecilia, quien no había hecho más que gritar todo el tiempo a los amigos de Iván por creerlos cómplices del hecho.

Flor iba con la cabeza gacha en el auto. Se arrancó el velo con furia y paró de llorar. Lanzó su anillo de novia por la ventana.

El dolor por rencor muta rápidamente y oscila entre la ira, el odio y la desolación, emociones ambivalentes que marcan la vida.

En casa, Flor se quitó el traje de novia lentamente, se lo entregó a su hermana y pidió que la dejaran sola porque quería descansar. A solas, lloró amargamente por varias horas sin hallar calma. Se preguntó por qué le había pasado esto. Por qué le pasaba algo que no creía merecer.

Con los ojos hinchados y el corazón jadeante, llamó por teléfono a los padres de Iván: “Díganle a Iván que no se moleste en acercarse por las cosas que guardaba en mi casa, se las haré llegar con alguien, y díganle que no deseo verlo más. No quiero explicaciones, ya no las necesito. Su nota fue clara para mí”. Colgó el teléfono y cerró los ojos, el cansancio hizo lo suyo. Se quedó dormida, sin más esperanzas. Esta vez era consciente de la realidad.

Iván había huido a un hotel fuera de Lima, para esperar que el escándalo se diluyera. Había tomado una decisión: esperaría a Ilse, estaba enamorado de ella y no quería dejar que se fuera de su vida. La culpa lo azotaba, pero también pensaba que Flor sabía que él no la amaba. Le había dado claras señales de ello, pero ella jamás quiso alejarse.

Al poco tiempo, Ilse estuvo en Lima. Se enteró de lo ocurrido entre Iván y Flor, hasta cierto punto se sintió halagada. Jamás pensó que un hombre dejaría plantada en el altar a su novia por ella.

Asombrada y triunfante inició su relación con Iván ante los comentarios de todos.

Iván se casó con Ilse un año después de conocerla y tuvieron un hijo. Sin embargo, tras tres años de casados, cuando las cosas parecían ir muy bien, descubrió que ella le era infiel con su jefe. Ahora probaba el sabor de la traición.

Nada queda al azar, las lecciones de vida tardan, pero llegan. Una fuerza superior desconocida las entrega cuando menos las esperamos.

Flor entró a terapia psicológica por sugerencia de su hermana. Poco a poco se fue reponiendo. Reconoció que ella ya no estaba enamorada de Iván antes de casarse y pudo perdonarlo. Quiso ser la novia de los cuentos, que es feliz y todos admiran una noche. Reconoció que experimentó el miedo de no ser amada. Ser sumisa fue el reflejo de aquel temor, que además la despojó de su dignidad y la volvió una pusilánime que mendiga cariño.

3

Mujeres que aman a otras mujeres

Ellas crecieron con la certeza de que se sienten felices amando a otra mujer. En otros tiempos, decirlo hubiera generado un escándalo, pero hoy estas mujeres han dejado de esconderse, luchan por sus derechos y enfrentan los prejuicios.

El amor es una decisión, una elección. Algunos escogen desde pequeños, sin culpa, con la inocencia que implica el sentir; otros, por el contrario, norman el querer: señalan, acusan, juzgan, quieren encadenar algo que solo fluye.

En algún rincón, una mujer es rechazada y tachada de inmoral. Su pecado fue alzar su voz de protesta, abrir su corazón y confesar a quién amaba.

Yo amo a una mujer

Y morirme contigo si te matas, y matarme contigo si te mueres,

porque el amor cuando no muere mata, porque amores que matan nunca mueren.

Joaquín Sabina

JUGANDO CON MUÑECAS

Liliana era la única hija de Alfonsina, dama influyente de alta sociedad. Desde que nació tuvo dos nanas: Melina y Caridad. La primera se encargaba de enseñarle buenos modales y supervisar sus estudios, mientras que la segunda se ocupaba de jugar con ella y acompañarla cuando sus padres no estaban en casa.

Liliana era una pequeña de ojos grandes y frondosa cabellera negra. Detestaba estar sola. Era muy feliz cuando iba al colegio, todas las niñas querían jugar con ella, la rodeaban disputándose su atención y aprecio. Su colección de muñecas Barbie era numerosa. Su casa recibía visitas todo el tiempo, su madre las permitía siempre y cuando llegaran luego de clases, con ello recompensaba el precio de sus ausencias tras sus largos viajes acompañando a su esposo en sus labores.

La niña no tenía muchos amigos. Los chicos le parecían toscos y agresivos, por eso los evadía. Solía decirle a su nana Caridad: “Esos chicos del salón gritan horrible. No los soporto. Son sucios y solo me molestan. No puedo hablar con ellos nunca. Ojalá solo hubiese niñas en el colegio”.

El tiempo pasaba. Liliana era aplicada y respetuosa, pero fuera de las aulas se sentía muy sola. Su padre era un arquitecto muy ocupado y solía llegar a casa cuando ya estaba dormida. Solo recordaba sus mimos con sabor a culpa y los caros juguetes que le compraba cada vez que salían a pasear. Andrés, su

hermano mayor, casi no le hablaba. Le gustaba el fútbol y era un niño inquieto. No era estudioso como ella, y era el engreído de mamá.

Su nana Melina era absorbente y exigente. Por órdenes de su madre le escogía las lecturas y las amistades. Todas las mañanas, Alfonsina le decía: “Te dejo la lista de actividades de Liliana para hoy. Y por nada del mundo permitas que vea a las personas que te he dicho”.

Algunas madres buscan nanas serviles y sin razonamiento propio que, con garras afiladas, aprisionen a sus hijos como los halcones a su presa. El servil responde con rectitud, el halago del amo es su mayor paga. Tal es el precio de su valía.

ADIÓS VESTIDOS

Cuando Liliana culminó el colegio e ingresó a la universidad, ya tenía diferencias irreconciliables con su madre. Se sentía atormentada, jamás fue su amiga, mucho menos su consejera, solo su mayor detractora. Le criticaba todo, desde el peinado hasta la forma de caminar. Sus frases hirientes eran el pan de cada día: ¡Pareces una hippie desgreñada! No vas a la peluquería si no te llevo. Te vas a quedar sola. A los hombres se les conquista con la apariencia.

Liliana solo huía. Se refugiaba en sus estudios y en lo que más apreciaba desde pequeña: la charla con sus amigas. Su look no era muy femenino pero sí auténtico: cabellos sueltos y rizados casi sin peinar, jeans desgastados, zapatillas o balerinas. Tampoco era asidua del maquillaje, apenas un tenue brillo labial y algo de colonia. Odiaba ir a la peluquería. Su madre la había llevado desde niña, y sentía que ahí era como un ave presa lista para la tortura más larga del día.

Las mejores amigas de Liliana tenían sus mismos gustos y el mismo estilo de atuendo. Eran las “distintas” del campus universitario. Estudiantes de arte y diseño, eran poco sociables. Tenían una visión distinta de la vida, y en especial una visión poco convencional del amor.

Cristina y Graciela eran sus mejores amigas, ambas también tenían que soportar

a sus progenitoras. La madre de Graciela le impedía salir de casa algunos fines de semana con pretextos inverosímiles, como hacerse cargo de sus hermanos menores, teniendo empleadas para ello.

Una tarde en que las tres inseparables amigas almorzaban en un restaurante con hermosa vista al mar, hablaron del amor, de su deseo de ser queridas. “Estamos jodidas. No nos gustan los chicos. Hemos intentando salir con varios y es una cagada. Yo no siento nada si me tocan. Me siento tan sola. Mi vida es una mierda”, dijo Liliana con tristeza.

“Pareces una tía amargada. Cojuda, tienes veintidós años. El hecho de que no nos gusten los patas no significa que nos vamos a quedar solitas. Somos lecas (lesbianas) a mucha honra. Y, pucha, ya llegarán nuestros amores. Al menos hemos tenido aventuritas, peor sería no haber tenido nada, ¿no crees?”, respondió Cristina, la más alegre y sarcástica del grupo.

“Ni yo, que soy la presidiaria del siglo XXI en casa, pienso con tanto pesimismo como tú, Lili. Por último, si no hallamos novias en Lima, nos largamos a Europa y allá tendremos más posibilidades”, dijo Graciela, sonriendo inspirada por el optimismo de Cristina.

La complicidad de los amigos es mágica y consoladora, quizá porque siempre va cargada de humor y creatividad.

Tras largas jornadas de clases, Liliana esperaba ansiosa los fines de semana para salir a divertirse. Aunque en el fondo lo que buscaba era el amor, que sabía que solo podía sentir por otra mujer. Cada sábado, algunas prendas de moda, su desenfado y una sonrisa contagiosa serían su mejor as bajo la manga para seducir. Alguna discoteca de ambiente, bordeando las diez de la noche, y una rápida mirada a los asistentes, le indicaban si encontraría a quien buscaba. Algunas veces hallaba aventuras que la hacían sentir más sola y otras, conversaciones que la enriquecían por dentro. Pero el esperado amor no llegaba y la esperanza se iba perdiendo.

LO INESPERADO

Luego de salir de casa de muy mal humor por las discusiones cotidianas, y tras un examen demoledor de diseño avanzado, Liliana se quedó descansando y tomando algo de sol en uno de los patios de la universidad. Sentada en el pasto, pasando su ira con una Coca Cola, absorta en la música metal que salía de sus audífonos, no se percató de que alguien la observaba detenidamente.

“Disculpa, ¿tienes un encendedor, por favor?”, le dijo una voz suave y amable cuando estaba por quedarse dormida.

“Sí, sí”, respondió Lili, incorporándose rápidamente sin verla. Sacó del bolso el encendedor y al entregárselo pudo ver el rostro de la chica. Quedó muda. Un extraño cosquilleo en su estómago y solo pensó que era bellísima. Cabellos rubios, figura delgada, mejillas algo pálidas y unos inmensos ojos almendrados dibujaban a la chica soñada. Georgina también se sintió profundamente atraída por esta chica de cabellos desordenados que jamás había visto en la universidad. De inmediato se sentó a su lado. Comenzaron una larga conversación como viejas amigas.

Eso que llaman flechazo no es igual para todos, en algunos se llama encuentro. Está escrito: es el destino imponiéndose ante ti.

Luego de intercambiar teléfonos y correos, Georgina y Liliana empezaron a charlar cada noche durante horas. La atracción y química era inevitable. Estaban enamoradas y al poco tiempo se hicieron pareja. No pensaban en prejuicios ni temían ser juzgadas, al menos Georgina. Liliana quería imaginar que su madre aceptaría su posición y estaba decidida a confesarle sus preferencias sexuales.

En la universidad, los amigos de Liliana sabían que era lesbiana pero era apreciada y respetada por su amabilidad e inteligencia. Su madre hacía caso omiso a los rumores porque la deprimían profundamente, buscaba presentarles a los hijos de sus amigas, pero no obtenía respuesta. Liliana no se atrevía a confesarle la verdad, sentía que la sumiría en una profunda frustración y no se equivocaba.

Una noche, la madre de Liliana llegó furiosa de la calle, corrió al cuarto de su hija y le dijo: “No quiero que veas más a esa tal Georgina. La he visto salir de aquí cuando yo llegaba. No me gusta como amiga tuya. Es una orden”.

“¿Por qué? ¿Qué tiene de malo? Es mi amiga. ¿Te das cuenta de que me prohíbes todo, mamá?”, preguntó una Liliana asustada y dolida. Aquello solo servía para encolerizar aún más a la señora Alfonsina.

“Mientras te mantenga y vivas en esta casa, jamás podrás traer chicas de ese aspecto. Para mí son unas vagas bohemias que únicamente quieren abusar de tu confianza y no lo voy a permitir”, concluyó la madre en tono severo.

Liliana intentaba defenderse, pero cuanto más insistía su madre lloraba amargamente y le decía que era una mala hija.

Algunas madres prefieren no enfrentar la verdad, porque implica acercarse a una realidad para la que no están preparadas.

Algunas veces, para ver feliz a su madre, Liliana iba a la peluquería, se hacia la manicure, se ponía un lindo vestido y actuaba como la hija que deseaba. Actuaba por culpa y por miedo, pero no se sentía en paz. Después de un rato corría al baño y llamaba a su novia: “Amor, esta fiesta es una mierda. Son horribles las cosas que tengo que hacer para complacer a mi mamá. Pero no te preocupes porque cuando esto termine estará de mejor humor, me dejará salir y nos veremos”.

Georgina había tenido los mismos problemas con su madre, pero al conseguir empleo huyó de casa. Vivía con una amiga y solo esperaba ansiosa que Liliana se mudara con ella.

Alfonsina escuchó parte de la conversación telefónica. Lloró en silencio y no dijo nada. Elucubró soluciones. “Todo tiene un precio”, pensó. Su hija no sería motivo de burla ni crítica. Quería verla vestida de novia algún día, que le diera nietos. Eran sus sueños, pero no los de Liliana.

Cristina y Graciela eran las perfectas aliadas y celestinas que ayudaban a que la

pareja se encontrara. Algunas veces, las chicas llamaban a la madre de Liliana diciéndole que estaba con ellas estudiando, otras que irían a una fiesta juntas y hasta le mentían diciéndole que su hija había conocido a un chico guapo que quería conquistarla. Alfonsina se ilusionaba con la idea. Pedía el nombre del pretendiente y su edad. Ya no le importaba demasiado si era pobre o no; quería un novio para su hija al precio que fuese.

APRENDIENDO A SER DAMA

Alfonsina se sentía cada vez más irritada por los chismes y comentarios de sus amigas del club y la familia de su esposo, acerca de la sexualidad de su hija. A veces se aislaba de los eventos y cuando su esposo estaba en Lima era incapaz de contarle lo que estaba ocurriendo. “Alberto, tu hija es un dolor de cabeza diario. Necesita ayuda. Debemos estar más pendientes de ella”.

“Yo veo a mi hija muy bien. Tiene excelentes notas, no se droga. No entiendo qué pasa, solo la mortificas. Déjala en paz, ¿no?”, respondía el padre de Liliana absorto en su mundo.

Las largas discusiones entre los padres de Lili volvían. Enrique sabía que su hija no era heterosexual. incluso se lo había comentado a uno de sus mejores amigos, pero le dolía tanto que prefería no meterse y no atormentarla. La quería demasiado y creía que por sus ausencias ella podría haber tomado ese camino. Solo le quedaba apoyarla en sus estudios y evitar saber sobre su vida afectiva.

Un padre culpable puede callarlo todo. La verdad no es verdad. No existe si daña a su hija, si daña a su eterna niña.

La madre de Liliana se enfrascaba en largas conversaciones con Irene, su mejor amiga y madre de Graciela. Ambas lloraban y buscaban formas de sanar la “enfermedad” de sus hijas.

“Amiga, ya no podemos hacer nada. ¿Para qué continuar mintiéndonos? Tu hija

es pareja de esa tal Georgina y la mía sale con varias chicas. Ahora me ha dicho que se irá de la casa apenas consiga trabajo. Así que he optado por callarme. No quiero que se vaya".

"Esas son locuras de juventud. Nuestras hijas están mal encaminadas, solo es eso. La carrera que eligieron las ha rodeado de locas. Pero todo tiene solución y yo prefiero a mi hija sola antes que con esa Georgina; es más, pienso ubicar a los padres de esa para hablarles. Por lo pronto, he conseguido el teléfono de una psicoanalista brillante que puede centrar a mi hija y devolverle la cordura. También la he matriculado en un centro de desarrollo integral. Si pulen tipas de bajo nivel y las vuelve regias, mi hija también podrá lograrlo", contestaba una decidida y reacia Alfonsina.

Irene solo asentía con la cabeza, no le quedaban fuerzas para discutir más.

"Lili, hoy es tu cita con la doctora Merr. No vayas a faltar".

"No te preocupes. iré", decía Lili.

La joven hacía lo que fuese necesario para lograr algo de paz en la casa, que era su jaula. Iría con la psicoanalista donde al menos podría desfogar las cosas que guardaba dentro. La doctora Merr era una renombrada terapista y escultora que había recorrido el mundo. De mente abierta y palabras directas.

"Liliana, sé que estás aquí porque tu madre te obligó. Ella habló conmigo e insiste en que pasas por un proceso de confusión sobre tu vida afectiva. Eso solo tú lo sabes y yo estoy aquí para escucharte y hacerte ver lo que realmente tengas que conocer de ti", dijo la doctora Merr.

"No voy a mentirle, mi madre no acepta que soy lesbiana y yo estoy segura de que lo soy. Me gustaron las niñas desde chica, solo que aún no he tenido el valor para contárselo. Siento que la he defraudado. Que no soy la hija que ella merece. Yo no quiero que mi madre se enferme por mi culpa. Tengo una novia maravillosa. Después de años de sentirme terriblemente sola, me hace feliz. Pero mi madre la odia. No sé qué más hacer".

"Lili, eso lo decides tú. ¿No crees que te liberas al decirle la verdad a tu madre?".

"Jamás. Mi madre me echaría de mi casa y no tengo adónde ir".

“Entonces, ¿qué piensas hacer?”.

“Fingir, mentir y darle la razón para que no sufra”.

Pero la doctora fue aún más clara: “Si eso es lo que has decidido, no necesitas venir a mi terapia por pantalla. Le diré a tu madre que te encuentro equilibrada y que no necesitas el tratamiento. Si no me cree, no tengo nada más que hacer. No pienso retenerte como paciente, al menos que quieras ayuda en algo. Para mí, solo necesitas valor para enfrentarte a tu madre, quien ya lo sabe todo”.

Al salir del consultorio, Liliana debía acudir a sus clases de etiqueta y moda en el centro de desarrollo. Aquello fue una mezcla de caos y diversión. Las clases le parecieron ridículas. Era sometida a largas sesiones para aprender a maquillarse, vestirse y caminar. Por ratos, creía que su madre había enloquecido al enviarla a un lugar así. Encontró a dos amigas del grupo, se rieron cómplices al verse.

“Lili, ¿también tu vieja de obligó a venir?”.

“Sí, pues. Me arde la cara de tanto cosmético y jamás podré caminar bien con tacos, me duelen los pies”, contestó riendo.

Cuando en la farsa hay más de dos, sentirse ridículo es menos doloroso. El consuelo radica en saber que alguien la pasa igual o peor que uno.

Desde los vestidores, Liliana llamaba por teléfono a Georgina. No había podido verla por varios días debido a las restricciones que sufría en casa.

“Si no tienes valor para irte de tu casa, esto es inútil, Lili. Luego no te quejes si yo me abro”, dijo Georgina.

“No me digas eso, amor; me duele. Sabes que intento luchar, pero necesito tiempo. Me iré. Estoy buscando empleo, pero si no me apoyas me voy a hundir. Estoy en esta escuela de modas para poder verte mañana. Mi madre me prometió el permiso, solo espera un poco”, contestó Lili afligida.

Aquella noche, al llegar a casa, Liliana se sintió casi sin fuerzas para seguir.

Óscar, su hermano, al encontrarla en el corredor le preguntó al verla cabizbaja: “¿Qué te pasa, Lili? ¿Estás mal de algo?”.

Aquel repentino interés de su hermano bastó para que Lili buscara desahogarse con él: “¿Puedo hablar contigo unos minutos?”.

“Sí, vamos a mi cuarto”, le contestó Óscar, que la quería a pesar de su frivolidad y la veía como una niña.

“Me ves así porque ya no puedo más. Mamá hace que yo sea muy infeliz. Sabe que Georgina es mi novia y no necesito decírselo, pero continúa con su acoso: terapeuta, clases de moda y etiqueta, estilista. Solo falta que quiera meterme a un manicomio”.

Óscar sabía que su hermana era lesbiana y, a pesar de lo doloroso que le resultaba saberlo, ocultó su pena: “Sabes cómo es mamá. Pero yo te comprendo. Tienes derecho a estar con quien quieras. Georgina parece buena gente. Si te hace feliz, pues sigue luchando. Váyanse de viaje juntas. Mamá ya no podría hacer nada. Por mí ni te preocupes, yo no sé nada como siempre. Así evitamos rollos peores. Y si mamá se pone mal, pues hay médicos. ¿Qué es lo peor que le puede pasar? Creo que a lo mucho llorará tres días. Pero como piensa tanto en el qué dirán, se levantará para verse regia como le gusta. Creo que su pretensión podrá más”.

Un hijo se atreve a calificar a su madre con rudeza cuando deja de admirarla. Termina viéndola solo como quien lo procreó.

ME VOY DE CASA

Los padres de Liliana se fueron de viaje. Ella se quedó sola en casa con el pretexto de estudiar para los exámenes finales. Su hermano se había ido de vacaciones a la playa, y Lili solo sería controlada por su fiel y querida Caridad. Era la oportunidad perfecta para que Georgina se quedara con ella sin que nadie lo supiera.

Caridad prometió a la señora Alfonsina velar por su hija como siempre, y no dejar entrar a ninguna amistad no consentida por ella, lista que incluía a Georgina.

“No se preocupe, señora. Liliana me obedece desde pequeña. No habrá problemas. Tiene mucho que estudiar y ya ha entendido lo que a usted no le gusta”.

“No sé qué haría sin ti. Conoces a mi hija más que yo”, decía la madre de Lili.

Caridad sabía lo que su pequeña Lili vivía. Era como su verdadera madre, pero una madre que la comprendía y que deseaba su felicidad. Sabía que Georgina hacía feliz a su pequeña y la ayudaría aunque traicionara a su patrona, porque no soportaba verla sufrir.

Por cinco días, Liliana y Georgina estuvieron felices en casa. Atendidas como reinas por Caridad, comían, veían películas y dormían juntas. Eran unas vacaciones inesperadas. Vivían una dicha que les era esquiva con frecuencia. No imaginaban lo que estaba a punto de ocurrir.

La madre de Lili había decidió volver a casa antes de lo previsto, porque se sentía indispuesta. No avisó. Entró a casa un domingo de marzo, a las siete de la mañana. Todo estaba en silencio. Pensó que Caridad y su hija aún dormían. Al llegar a la sala vio vasos, restos de gaseosa y tabaco. Su hija no fumaba, pero sabía que Georgina sí. Entonces subió a la habitación de Lili y abrió la puerta sin tocar. Lo que observó la dejó paralizada: su hija dormía semidesnuda en los brazos de su novia. Se abalanzó sobre Georgina.

“¡Pervertida de mierda! ¿Qué haces en mi casa? ¡Asquerosa, sal de mi casa!”.

“¡Mamá! ¡No, por favor! ¡Para!”, gritaba Lili.

Alfonsina jalaba los cabellos de Georgina, mezclando sus frases con sollozos. Georgina se defendía como podía.

“¡Usted está loca, señora! ¡Sabe que su hija y yo nos amamos! Déjenos vivir”, le gritó mientras cogía su ropa.

Alfonsina continuaba gritando. Llamó a la policía exigiendo ayuda, porque una mujer se había metido a su casa. Lili cogió del brazo a Georgina.

“¡Te odio, mamá! ¡Te odio! ¡Nunca te voy a perdonar esto!”, salieron de casa juntas, ante los reclamos de su madre.

“¡Si te largas, no te llevarás nada! ¡Vete con lo que traes puesto; todo aquí me pertenece! Escoge, ¡esa perra o tus comodidades!”.

“Prefiero irme así, que seguir a tu lado”, le respondió Lili.

El deseo de libertad no conoce de chantajes ni presiones, cuando brota salta vallas y muros. Se alimenta de sueños y la fuerza es su motor.

Liliana se fue a vivir con Georgina ante la vergüenza de su madre. A los pocos días, su padre se comunicó con ella y decidió apoyarla económicamente, sabía que su hija era feliz fuera de casa y quería protegerla.

Alfonsina aún no se resigna a que su hija tenga de pareja a una mujer. Sin embargo, ha enviado a Caridad a visitarla. Le envía ropa, comida y algo de dinero. Dice que no desea hablar con ella, y junto a sus amigas ha decidido tomar terapia para superar la situación y estar preparada para volver a verla.

El silencio es el escudo de la verdad que marca la realidad que no se acepta jamás.

Liliana y Georgina siguen estudiando con entusiasmo. Lili ha conseguido un empleo de medio tiempo con la ayuda de su padre. Ya no se esconde, sale de la mano con su novia. Se siente en paz.

4

Mujeres que aman hombres menores que ellas

Un gran porcentaje se casó cuando eran muy jóvenes, no tuvieron un largo cortejo o noviazgo porque la maternidad las sorprendió. Estas mujeres descubren tras algunos años de matrimonio que dejaron de amar, pero sienten que aún son jóvenes y se fijan en alguien menor, sin importar el qué dirán.

La juventud es una etapa donde el amor se vive con mayor intensidad, incluso con entrega y locura. Si la experiencia es agria y devastadora, hay quienes aprenden de ella. Otros jamás se resignan y quieren perpetuar esa forma de amar aprendida. El cuerpo jamás puede envejecer. Es inaceptable. La belleza es una necesidad, la garantía de mantener vivo el atractivo que seduce, que, se cree, asegura el amor.

La joven es hoy una mujer que se mira en un espejo, reniega de sus arrugas, niega su pasado, esconde su miedo y dolor.

La joven

Quien no tiene toda la inteligencia de su edad, tiene toda su desgracia.

Voltaire

TÚ TE LO BUSCASTE

Mirtha nació en un hogar humilde. Su padre era un obrero de construcción civil y su madre una amargada y poco amorosa ama de casa. Fue la menor de tres hermanos, la más rebelde y precoz. Desde pequeña llevaba en la sangre la vanidad y la coquetería. Ambas fueron su aliciente para lo que quería lograr: imponer su voluntad ante todos. Le importaban poco los gritos de su madre y adoraba a su padre porque era débil con ella. Jamás la resondraba ni le reclamaba nada. Tuvo un rendimiento escolar de poco brillo y desde los trece años contaba noviecitos a los que atraía con su belleza y fuerza. Sus grandes ojos y su piel canela llamaban la atención de muchos. Su porte seguro y su forma de hablar directa asustaba a otros, porque Mirtha se daba el lujo de escoger y decidir con quién quería andar y ponía más ahínco mientras más le costara lograrlo.

Mujer que busca dominar nace, no se hace. Su señuelo es la belleza; su arma, el saber manipular.

Al cumplir los quince años, Mirtha se enamoró perdidamente de Eduardo, quien estaba culminando su entrenamiento para ser miembro de la policía nacional. Se entregó a él sin meditarlo. Se sentía orgullosa de ser deseada y amada por alguien mayor, pero, sobre todo, se sentía orgullosa de que él hiciese lo que ella pedía y de ser la única en su mente.

Tanta pasión precoz tuvo sus frutos: Mirtha salió embarazada. Estaba por cumplir dieciséis años y en su casa la noticia fue recibida con toda la indignación que Noelia, su madre, podía sentir.

“Ahora sales con esto, ¡perra! Solo has nacido para traer problemas a esta casa. No sé cómo harás. Te casas, te buscas un trabajo o abortas a ese niño, pero acá nadie te va a mantener. De esta casa no saldrá un plato de comida para ti. No más”.

Francisco, padre de Mirtha, fue más compresivo y apoyó a su hija. No quería verla sufrir. Pensaba que era descarriada y alocada porque su madre había sido incapaz de escucharla y orientarla. También sentía culpa por no haber estado con ella lo suficiente para guiarla mejor. Ahora sería abuelo y no quería más desgracias en casa, ya que ocultaba a sus hijos problemas mayores: su madre era adicta a los juegos de azar y a la marihuana.

Mirtha no soportaba los gritos de su madre. Su embarazo fue el pretexto perfecto para huir de casa e iniciar una nueva vida con las comodidades que ella creía merecer. Prácticamente fue obligada a casarse sin saber en lo que se estaba metiendo. Tuvo una ceremonia modesta y triste. Sentía miedo y vergüenza, pero alivio a la vez. No era la novia radiante y contemplaba a Eduardo con menos entusiasmo que antes. No sabía si se debía a las molestias del embarazo o porque ella soñaba con una boda mejor, pero algo dentro le hacía sentir infeliz.

El asumir la responsabilidad de ser madre es un rol que no siempre hace feliz a una mujer, en especial a aquellas que sienten que con él se les va la libertad.

Al principio, fue a vivir a casa de los padres de su esposo, pero como se llevaba pésimo con su suegra, presionó para irse de allí. Mirtha no soportaba recibir órdenes de nadie y a pesar de las consideraciones que le tenía la madre de su esposo por su embarazo, no sabía ser agradecida. Jamás recibía de buena manera los consejos. No los pedía y no los quería. Su madre nunca estuvo cerca de ella durante esta etapa. Mirtha supo después que andaba por las calles más perdida que nunca, metida en los vicios sin querer reconocerlo.

UNA MADRE MODERNA

Mirtha y Eduardo tuvieron a su primera hija y todo para ellos cambió completamente. Eduardo aún seguía embelesado por su esposa, pero ella solo pensaba en lo material. Exigía tener un pequeño departamento que la policía brinda a los miembros que tienen familia, con facilidades de pago. Luego de mucho esfuerzo lo logró. Cuando la pequeña Rocío aún tenía seis meses de nacida, Mirtha decidió estudiar para hacer una carrera técnica en la misma institución. Era empeñosa y emprendedora. Le gustaba codearse con gente de estatus superiores. Tenía la esperanza de que su esposo fuera ascendiendo para vivir mejor. Tenía esa astucia innata y a la vez sin escrúpulos que poseen algunas mujeres, con ella lograba que su esposo obedezca sus órdenes y cumpla sus deseos.

Él no lograba entender el nivel de ambición de su mujer. Le molestaba que Mirtha viviera de las apariencias y no se acoplara a su realidad. Su mayor motivación era su hija, aun cuando no se encargaba totalmente de ella. Los cambios de humor y la frialdad de su esposa lo hacían sentir solo y preocupado por la seguridad de la pequeña, ya que la única preocupación de la madre era vestirla bien para lucirse ante los demás.

Hay madres que necesitan vestir a sus hijos con lujos para aparentar ser ejemplares. Maniobra para acallar el eco de su conciencia y su falta de entrega.

Cuando Rocío cumplió seis años, Mirtha salió embarazada nuevamente. Esta vez tendría un varón. Había culminado su carrera en la policía y laboraba como miembro del personal administrativo. Su relación con Eduardo estaba totalmente desgastada. No lo amaba y le daba migajas de cariño, porque solo lo veía como alguien que le servía para cumplir sus ambiciones materiales. Cuando quería algo de él, un sexo rutinario la ayudaba a conseguirlo. Mantenía frases dulces como “amorcito”, “corazón” y “mi cielo”, pero en el fondo anhelaba volver a sentir pasión por otro hombre.

Sin que Eduardo lo notara, Mirtha comenzó a engañarlo con Adolfo, abogado que la pretendía cuando iba por la oficina estatal en la que ella laboraba. Mirtha se sintió atraída por él de inmediato. Era mujer de los llamados “flechazos” y no se resistió a Cupido. Todo lo contrario, coqueteó con él desde el principio. Le contó que su matrimonio iba mal y se hicieron amantes desde la primera invitación a cenar que recibió de él.

Eduardo no sospechaba que Mirtha lo engañaba, porque le decía que estaba estudiando un curso para lograr un ascenso. No se percataba de las prendas escotadas que llevaba con más frecuencia. Los años pasaban por Eduardo, pero no por Mirtha, quien mantenía su esbeltez y su rostro lozano.

ACÉPTAME COMO SOY

Con el tiempo, Eduardo comenzaría a notar que su esposa no lo dejaba acercarse con la misma frecuencia de antes. Ella lo rechazaba. Las discusiones por celos no se hicieron esperar, luego de que un amigo de Eduardo le comentó que había visto a Mirtha en un café, abrazando a un hombre alto de rasgos orientales. Pero Eduardo no tenía pruebas, solo sospechas. Comenzó a fiscalizar los horarios de su esposa, a recortarle el dinero para sus lujos, creyendo que con ello la podría calmar, pero no fue así. Mirtha estalló en ira.

“Sabes perfectamente que ya no te amo. Nos casamos muy chiquillos y hasta ahora sigues siendo un mediocre. Si no fuera por mí, no tendríamos las comodidades de las que gozamos, ni los niños tendrían todo lo que tienen. Así que si pretendes celarme o joderme, fíjate bien si te conviene, porque puedo ponerte una demanda por alimentos, dejarte mal parado ante tus superiores y evitar que te asciendan. Lo que haremos es compartir esta casa, pero cada quien se ocupará de su vida. Sé que tienes tus aventuritas por ahí, pero no me importa. Mien-tras no falte para los gastos es tu problema”.

“Eres una perra. Siempre lo has sido. Solo te interesa el dinero. No quieres ni a tus hijos. Vives de apariencias y te sientes una quinceañera. Tú no me has enseñado nada. Yo te he aguantado por imbécil, por querer mantener el hogar. Pero no voy a permitir que me engañes más ni que me amenaces. ¡Si yo te pesco algo con otro, te mato! ¡¿Me oyes?! ¡Te mato!”, respondió Eduardo, aún más furioso que ella.

“Deja de decir idioteces. Déjame en paz. Ignórame. Haz tu vida y punto. Cuando pueda me iré y ya verás cómo te haces cargo de tus hijos”, contestó Mirtha burlándose.

El descaro es el trono donde el egoísmo y la vulgaridad se juntan para pensar solo en uno mismo.

Pasaron los años y Eduardo se concentró cada vez más en el trabajo para no pensar. Tenía amantes eventuales que consolaban su aflicción, pero no tenía fuerzas para alejarse de Mirtha. No quería dejarla ir. Prefería ignorar lo que pasaba a su alrededor. No quería quedar como un hombre engañado y menos siendo policía. Por eso, evitaba pelear y se concentraba en ganar dinero para la educación de sus hijos.

Mirtha vivía cada vez más pendiente de los tratamientos estéticos para mantener su apariencia joven. Tras romper su romance con el abogado, llegaron otros tantos, pero esta vez más jóvenes que ella. Sus amantes eventuales le servían para obtener más dinero. Solían ser miembros de elevados cargos en el ejército, casados y sin ganas de líos, como ella. Su hija Rocío le reclamaba su ausencia en casa, pero Mirtha siempre decía que el sueldo de su padre era insuficiente y que ella debía trabajar mucho para vivir con las comodidades que tenían.

TODO EMPEZÓ COMO JUGANDO

Mirtha estaba por cumplir cuarenta años. Una noche salió con sus amigas de la oficina a un pub de Lince y allí conoció a Esteban, un joven y espigado estudiante de arquitectura de veinte años. El chico era algo inexperto con las mujeres, pero al ver a Mirtha se sintió muy atraído por ella. No imaginaba la edad que tenía, no la aparentaba. Luego de charlar un rato e invitarla a bailar, Mirtha se sintió como una adolescente. Le halagaba la ternura de este chico cuyo rostro y ojos le parecían muy atractivos. Mirtha no pensó en su edad, solo en el momento que quería vivir. Esa noche se dejó arrastrar una vez más por el deseo que desataba en ella esta nueva aventura. No imaginó que esta sería diferente.

Las aventuras se inician como un juego, no se cuida el corazón. Quizá por ello muchos terminan atrapados y condenados a una suerte inesperada.

Esteban pronto se sintió profundamente enamorado de Mirtha. Era feliz con ella en la cama. Le gustaba su manera de pensar, su ambición en la vida. Mirtha, por su parte, disfrutaba de moldear a aquel joven que podía ser su hijo, le sugería mejores modales, cambiar de ropa y hasta le indicaba cómo usar los cubiertos.

Esteban era hijo de una familia de Huancayo. Se dedicaba a la venta y distribución de carne en mercados. Antes de conocer a Mirtha era muy educado con sus padres y evitaba darles disgustos, pero ella lo hizo cambiar. Le decía que era un "hombre" que debía dejar las faldas de su madre, que si quería seguir viéndola, buscara la manera de irse de casa con el pretexto de estudiar en Lima y así podrían verse más seguido.

Tras varias peleas y una sorpresiva rebeldía para los padres de Esteban, este logró manipularlos y conseguir que le alquilaran un pequeño departamento, lugar donde se reuniría con Mirtha.

"Esteban es un chico maravilloso. Nos amamos. No nos importa la edad. Él hace lo que le digo porque es inteligente y me hace sentir como de su edad", le decía en tono juguetón a sus amigas.

Mirtha le había dicho a su joven amante que tenía treinta y dos años y un hijo de nueve, cuando Esteban vio la foto de Rocío en su billetera, ella le dijo que era su hermana menor, negándola como su hija para que su verdadera edad no sea descubierta.

El complejo de envejecer nace del miedo a la decrepitud, de no soportar verse al espejo y reconocer que el tiempo pasa inexorablemente.

Pronto, la familia de Esteban descubrió que mantenía una relación con una mujer

mayor. De inmediato, Victoria, madre de Esteban, llegó a Lima para hablar con su hijo porque supo que la mujer con que su hijo pasaba las noches en el departamento era casada.

Victoria enfrentó a su hijo con la firmeza de siempre: “vine para que me aclares por qué te has metido con una mujer mayor. Te vas a meter en líos. ¿Te has puesto a pensar qué pasará cuando su marido se enteré? ¿Quieres que ese hombre te pegue? Te damos lo que podemos para que progreses, no para que lo gastes en esa mujer mañosa y enferma”.

“Mire, mamá. Soy mayor de edad. Usted no puede venir a decirme con quién salgo o no. No se meta en mi vida porque yo no me meto en la suya. Mi novia está separada hace años y pronto va a vivir conmigo. Tiene un hijo y su padre se hará cargo de él, nosotros queremos tener el nuestro. No hable mal de ella, por favor, porque es muy buena y a su lado me siento feliz. No voy a dejarla así me lo pida. Si quiere volver a verme no insista”, contestó un Esteban arrogante, altanero y desconocido para su madre.

Victoria no supo qué hacer. Salió de la casa de su hijo llorando y sin consuelo. Quería librarlo de aquella mujer cruel que lo alejaba tanto de la familia.

Las madres incondicionales son eternas mártires. Se conforman con ver, hasta que la vida se lo permita, los ojos de aquel hijo que alguna vez llevaron dentro.

LA VERDAD CAMINA SOLA

Esteban quería vivir con Mirtha y ella notaba que la situación se complicaba. Su hija Rocío, que ya tenía catorce años, la había visto besarse apasionadamente con su joven amante en la calle.

“¿Cómo puedes meterte con un chico, mamá? Sé que estás separada de papá, pero por lo menos respétanos más. Mírate, ya no eres una chiquilla y te comportas como si lo fueras. Me das vergüenza”, le dijo enojada.

Mirtha, lejos de sentir vergüenza, enojada y contrariada le dijo: “Mira, hijita, yo

cumplo con pagar lo que necesitas. Lo que yo haga con mi vida es mi problema. Ya te tocará vivir lo tuyo. Tengo derecho a ser feliz. Ni por ti ni por nadie voy a cambiar de planes".

La vergüenza es una virtud de los que poseen conciencia y sensatez, no camina junto a los vulgares y necios.

Rocío había decidido cortar la comunicación con su madre y no pedirle consejos. Sentía mucha pena por su padre, porque lo veía trabajar sin descanso para seguir apoyándolos. Con él podía conversar y relacionarse mejor. Sin embargo, no se quedó tranquila. Quería averiguar hasta dónde estaba comprometida su madre con aquel joven. Una noche los siguió. Cuando su madre se alejaba de él rumbo a casa, Rocío siguió a Esteban y lo alcanzó.

"Tú eres el novio de mi madre, ¿no?".

"¿Tú eres la hermana menor de Mirtha?", preguntó Esteban sorprendido.

"¿Eso te ha dicho ella? Qué sonso eres. Soy su hija. Mi madre tiene cuarenta años. ¿Acaso no lo sabías?", dijo Rocío burlona.

Para sacar de dudas a Esteban, Rocío le mostró su carné de biblioteca, donde figuraban sus apellidos completos. Luego le reclamó sobre la relación que tenía con su madre. Esteban no dijo mucho. La escuchó, se turbó, se puso muy nervioso y le respondió que se iba porque tenía que pensar.

Al llegar a casa, Esteban llamó a Mirtha: "¡Puta mentirosa! Te has querido burlar de mí. No solo eres más vieja de lo que dices, sino que tu supuesta hermana es tu hija. Eres tan mierda que negaste a tu hija. No quiero verte más. Mi familia tenía razón, eres una basura".

Mirtha no tuvo tiempo de defenderse porque Esteban le colgó el teléfono. Lo llamó con insistencia, pero tuvo que esperar dos días hasta que este se animara a responderle. Le dijo, llorosa y exagerando, que lo amaba, que al principio pensó que solo vivirían algo pasajero, sin embargo, eso había cambiado y él se había convertido en el hombre que la hacía feliz. Esteban le replicó, la volvió a insultar

y le dijo que no lo llame más.

Días después, ebrio y deprimido, Esteban la llamó para decirle que la perdonaba si ella se iba de su casa a vivir con él dejándolo todo. Mirtha, desesperada por no perderlo, le prometió que el padre de sus hijos se iría con ellos a provincia apenas lo cambien de área. No deseaba estar cerca a sus hijos, tanto como deseaba estar al lado de su gran amor.

Las pasiones que dominan el espíritu y la mente todo lo arriesgan, no contemplan normas.

Los padres de Esteban también llegaron a saber la verdad. Lucharon por persuadir a su hijo para abandonar a Mirtha, pero era inútil, estaba cegado por lo que esta mujer mayor había despertado en él.

Eduardo, el aún esposo de Mirtha, parecía no querer enterarse de lo que ocurría en casa y ya tenía una pareja con la que hacía planes para convivir. Sabía que Mirtha nunca estaba sola y había pedido su traslado a provincia para poder llevarse a sus hijos con él, ya que su nueva pareja estaba dispuesta a apoyarlo con los chicos.

QUIERO CASARME DE BLANCO

Mirtha quiso recompensar el mal rato que le hizo pasar a Esteban y, además, asegurarse de que este mantuviera una deuda de consideración con ella por siempre. Habló con algunos jefes del ejército y en poco tiempo Esteban trabajaría en una oficina del Estado, no sin antes advertirle que si se le ocurría engañarla con otra, ella le quitaría todos los beneficios que tenía a su lado. Esteban aceptó porque sentía que admiraba y deseaba fuertemente a Mirtha. La comparaba con chicas de su edad y siempre la hallaba superior.

El débil idealiza al que toma la vida con una fuerza, que en él no brota.

Las amigas de Mirtha cuchicheaban a escondidas sobre su proceder. La veían como una madre desconsiderada y algunas como Tatiana le preguntaban: “¿Y cómo vas con Esteban?”.

“Lindo, nos llevamos muy bien y vamos a casarnos. Me muero por tener mi vestido de novia, mi boda romántica”, contestaba Mirtha, sonriente.

Tatiana, algo sorprendida, volvía a peguntar: “Y supongo que tus hijos vivirán con ustedes, ¿no?”.

“¡Ni hablar! Ya me sacrifiqué. Ellos se irán con su padre. Solo me da pena mi pequeño Antonio, que es mi engreído. Quizás a él lo deje quedarse algunas temporadas conmigo. La malcriada de Rocío se mudará con su padre porque no nos llevamos bien y odia a Esteban”, replicó en un tono irónico la novia de cuarenta años.

“Mirtha, ¿no crees que tus hijos están muy pequeños para que los dejes solos?”, continuó Tatiana.

“No, amiga, que su padre se haga cargo. No voy a vivir afligida por ellos. Tengo derecho a ser feliz. Ellos crecerán pronto y harán su vida como la hice yo. Yo me fui de casa a los dieciséis años y me hice sola. Así es la vida. No seré una madre arrugada y amargada que se desvive por hijos que luego te lanzan una patada”.

Dar es un don y un aprendizaje. Hay mujeres que jamás podrán ser maternales porque no experimentaron afecto con sus progenitoras.

Mirtha planea hoy su matrimonio. Ha invertido sus ahorros en colocarse implantes en los senos y en tratamientos faciales. Quiere estar más esbelta que nunca ese día. Su hija Rocío, ha dejado de hablarle por completo y su hijo Antonio, de nueve años, acepta a Esteban porque quiere estar al lado de su madre.

Eduardo y Mirtha se divorciaron. Él ha sido destacado a iquitos, donde ahora vive con Rocío y su nueva compañera. Evita hablar con Mirtha y le ha cedido el departamento de Lima para evitar más problemas, pero ha puesto como condición que aquella casa solo podrá ser habitada por ella y sus hijos.

Por su parte, Esteban está más distanciado que nunca de su familia, labora contento en el empleo que tiene y es fiel. Mirtha lo engaña de vez en cuando con algún coronel o general para obtener más dinero, pero es discreta y ha decidido tener un hijo con su futuro joven esposo.

Mirtha celebra su cumpleaños cuarenta y uno, en una fiesta donde el escote deja relucir sus implantes. Bronceada y con un traje a la moda, sonríe para las fotos. Es la joven enamorada que brinda por sus logros, por su futuro y por su nuevo hogar.

5

Mujeres

que aman con miedo

a ser abandonadas

En este grupo hallamos a mujeres que tienen baja autoestima, son dependientes e impulsivas. Muchas de ellas apelan al sexo como herramienta para retener al hombre. Un alto porcentaje ve cumplirse sus temores, ellos las dejan una y otra vez, porque no han descubierto la importancia de amarse a sí misma y el valor de la dignidad.

Cuando se inicia una relación sentimental nada garantiza el tiempo que durará. Si la pareja no se reinventa con voluntad y esfuerzo mutuo, el amor se disuelve en un silencio lastimero.

Algunas mujeres se enamoran siempre. Esperan y anhelan que el vínculo sea eterno. No todas alcanzan aquel sueño. Muchas ven cómo el amor se escurre entre sus dedos, una y otra vez, sin hallar la razón o, en el fondo, sin querer reconocer la causa.

Me vuelven a dejar

Los amores son como los imperios, cuando desaparece la idea

sobre la cual han sido construidos, perecen ellos también.

Milan Kundera

ODIO LA ESCUELA

Catalina era la hija menor y única mujer de Hortensia, ama de casa, mujer sumisa y devota esposa de Polo, contador público especialista en ser pícaro y coqueto con todas las bellas damas que encontraba. Catalina fue poco empeñosa en los estudios. No era muy talentosa. Quizá la escasa educación de su madre no la había ayudado a desenvolverse mejor. Siempre tenía problemas para pasar los cursos en el colegio religioso donde estudiaba. Odiaba las matemáticas y solía llevar cursos de nivelación durante el verano para poder pasar sin ser expulsada. Adoraba a su padre por lo cariñoso y dulce que era con ella. Era la consentida de mamá y la engreída de algunas monjas del colegio, quienes por su carisma se empeñaban en apoyarla para levantar sus calificaciones.

El carisma abre las puertas de la clemencia y piedad, porque arranca sonrisas y es compañía hasta de los más indiferentes.

Para las chicas más estudiosas del colegio Catalina resultaba inso-portable, porque se la pasaba persiguiéndolas para pedirles ayuda con las tareas o para copiarse de ellas en los exámenes. La consideraban torpe e impertinente. Recién durante la secundaria pudo afianzar reales lazos de amistad porque, gracias a lo osada y divertida que era, las arrancaba del mutismo en el que vivían.

En la adolescencia, Catalina era muy coqueta. Hacía amigos con facilidad y fue una de las primeras en conseguir pareja para el baile de graduación. Le gustaba bailar, cantar, y si bien no era bellísima, tenía una linda mirada y un garbo que irradiaba simpatía.

YA TENGO NOVIO

Al cumplir los diecinueve años, Catalina tuvo su primer enamorado formal, se llamaba Joaquín. Al igual que ella, tenía gran sentido del humor y además era aficionado a la cacería. Los primeros dos años de relación no le daban a Catalina la garantía de ser amada realmente, ya que no podía comparar esa relación con ninguna, porque no se había enamorado jamás.

A veces, sentía que Joaquín le ocultaba cosas y que no la involucraba mucho en su vida, pero que controlaba cada acción suya. Quizá, debido al ejemplo de sumisión de su madre frente a su padre, creía que debía evitar a toda costa que su novio se enojara con ella. Buscaba complacerlo en todo e incluso soportaba que él se fuera de cacería en fechas importantes como los aniversarios. Joaquín siempre tenía un pretexto para no verla, la citaba cuando él quería, no la presentaba a sus amigos y si se los encontraba solo decía: “Hola, te presento a mi amiga Catalina”.

Un hombre niega una relación con una mujer por ego, calla para dejar abierta la ventana de la ambigüedad que cree lo hará más deseable.

Sexualmente, Catalina tuvo que acoplarse y aprender lo que su exigente novio pedía. Notaba que era aficionado a las películas porno pero prefería pensar que era normal, que los hombres veían una a diario como él. Sus peleas eran extrañas, si ella se enojaba solo dejaba de hablarle y le decía: “Eres malo conmigo, no quiero verte”.

Luego, esperaba los cinco o siete días en los que él volvía a llamarla, utilizando una broma para que lo perdone, sin mencionar un “lo siento”, o un “perdón”. Si

ella lloraba, él la llamaba engreída, y si se enojaba más de la cuenta, se iba de caza y dejaba de llamarla cerca de un mes.

Catalina les contaba a sus amigas lo que le pasaba y muchas de ellas le decían que no tenía dignidad, que era muy ingenua y que Joaquín era un mentiroso que seguro la engañaba, e incluso le vaticinaban que la dejaría.

Tras una pelea, luego de tres años de relación, Catalina entró en una profunda depresión. Le reclamaba a su novio su alejamiento debido a sus frecuentes viajes por trabajo, sus escasas llamadas y su parquedad con ella: “Eres malo. Me haces sufrir mucho. No te entiendo. Si no me quieres, ¿por qué estás conmigo?”, le decía sollozando.

“Me tienes cansado con la misma cantaleta, tú recién estás en la universidad, yo trabajo para mantener a mi hijo, debo pasarle una pensión a su madre. No puedo estar pendiente de tus niñerías. Te quiero, pero necesito que seas más madura”, contestaba Joaquín indignado.

La discusión aumentó cuando, en una de sus salidas, al ver el celular de Joaquín, Catalina encontró un mensaje de texto que decía: “La noche fue excelente. Espero se repita pronto”, firmado por una tal Marlene. Catalina, preguntó insistentemente a su novio quién era ella.

“Es una amiga. No tengo nada con ella”, era lo único que él decía. Luego de insultarlo y desfogar su ira, Catalina se fue llorando a casa. Esta vez pasó un mes hasta que Joaquín apareció llevándole como obsequio un cachorro; y Catalina, que lo había extrañado tanto, se lanzó en sus brazos sin esperar una explicación. No quería pelear más, creía que Joaquín volvía por ella.

El miedo a ver la verdad se disfraza de ingenuidad cuando no se tiene el valor de vivir con uno mismo.

EL CUMPLEAÑOS MÁS TRISTE

Catalina estaba por cumplir veintiocho años y pensaba que Joaquín le daría una

linda sorpresa. Sus amigas comenzaban a casarse y comprometerse y, alguna vez, él le había dicho que se casarían antes de que ella cumpliera los treinta. Esa promesa hacía que Catalina tolerara más los viajes largos de su novio, sus domingos de caza en el campo y sus celos absurdos contra sus amigos de la universidad.

Un día antes de la celebración, Joaquín le llevó un ramo de rosas: “Mi amor, te veo hoy porque lamentablemente mañana me toca hacer una inspección en Huaraz y no puedo cambiar la fecha, soy el supervisor encargado. Pero te prometo que hoy haremos lo que me pidas”, le dijo en tono tierno y amoroso.

Catalina lloró de ira. No podía creerlo, no quería entenderlo, pero tuvo como siempre que aceptar lo que le decía, no tenía fuerzas para romper con él. Aquella noche fue infeliz, se sintió poco valorada y lloraba en el auto sin que él lo notase. Sentía que Joaquín le ocultaba algo.

Como en este mundo no hay nada oculto bajo el sol, Jimena, compañera del colegio de Catalina, la llamó para darle una noticia. Ella trabajaba en el aeropuerto de Lima, en una aerolínea americana. Grande fue su sorpresa cuando vio en la cola de pasajeros con destino a México, al novio de Catalina con una delgada rubia. La tenía abrazada de la cintura y por momentos la besaba en los labios, embelesado. Joaquín no se percató de la presencia de Jimena quien, de inmediato, llamó a Catalina: “Querida amiga, sé que es tu cumpleaños, pero tengo que contarte algo fuerte o no podré dormir”.

“Dime. No me asustes. ¿Qué pasa?”, preguntó Catalina sorprendida.

“Estoy en el aeropuerto y acabo de ver a Joaquín abrazando y besando a una rubia. Se van juntos a México, cojuda. Y tú ni enterada. Es tu cumpleaños, reacciona y déjalo”, continuó Jimena.

“No es cierto, no me mientas”, contestó Catalina llorosa.

“Les he tomado una foto con mi teléfono. Te la voy a mandar ahora. ¡Mírala y ya reacciona!”, Jimena fue contundente.

Cuando Catalina vio la foto de Joaquín con la desconocida se llenó de ira, impotencia y desilusión. No podía parar de llorar. Pasó el cumpleaños más triste de su vida. Se encerró en su dormitorio, pidió no ser molestada y tomó pastillas para dormir.

Dormir es una forma de huir semejante a morir, porque en ese estado somos imperturbables.

Catalina apagó su celular y ordenó a su madre decir que estaba fuera de casa si llamaba. Luego de cinco días, Joaquín intentó comunicarse con Catalina y al notar que lo evadía la esperó en la puerta de su casa: “Sigues enojada por lo de tu cumpleaños, ¿no?”, le dijo, sosteniendo un oso de peluche y un ramo de flores.

Catalina se acercó indignada, y le dio una fuerte cachetada: “¡Maldito, te fuiste con otra a México! ¡Lárgate con ella! No te quiero ver más”, le gritó.

“Jamás quise hacerte daño, ni que esto terminara así, Cati. Yo te quiero mucho, pero ya no te amo y no tenía el valor para decírtelo. Lo siento de verdad”, dijo Joaquín, sin ocultar más la verdad.

“¿Por qué tenías que hacerme tanto daño sin merecerlo? Si la amas no tenías que ser hipócrita. No quiero tu lástima. Lárgate con tus flores y sal de mi vida”, le contestó Catalina sintiéndose aún más humillada.

Por un tiempo, la madre de Catalina le aconsejaba esperar con paciencia a que Joaquín se olvidara de la chica a la que consideraba una aventura: “Hijita, todos los hombres son así antes de casarse. No seas rencorosa. En cambio, ya podrías pensar en tener un hijo con él. Embarázate y verás que todo se arregla, olvida lo malo”.

Catalina, quien no era igual a su madre, no quería retener a un hombre por obligación. Ella deseaba ser amada y prefirió resignarse a olvidarlo.

UN EXTRANJERO EN LA MIRA

Catalina soñaba con formar una familia. No quería quedarse sola y pese a tener algunos pretendientes no se sentía atraída por ninguno. Le parecían inmaduros y

deshonestos. Entonces, decidió viajar al exterior con la esperanza de conocer un nuevo amor. Pronto se matriculó en un curso de especialización en su carrera. Buenos Aires se abría ante sus ojos como el lugar donde encontraría la felicidad. Alquiló un departamento que compartía con una amiga de la universidad. Invirtió todos sus ahorros y consiguió un empleo de medio tiempo que le permitía vivir con tranquilidad. Sin perder el entusiasmo y la alegría que la caracterizaban, se hizo pronto de nuevas amistades. Encontraba chicos muy apuestos y volvía a sentir ilusiones.

El amor que se busca se asemeja a las partículas de arena que se intentan retener con las manos: faena imposible, desgaste seguro.

Durante una amena reunión con compañeros de la especialidad, Catalina conoció a Arturo, un empresario bonaerense de treinta y siete años, dedicado a las exportaciones, soltero, apuesto y sin hijos. Desde que lo vio, se sintió muy atraída por él. Se le acercó con la espontaneidad clásica que todos conocían en ella, le hizo algunas bromas y al poco rato ya compartían unos tragos. Entablaron una amena charla y Arturo la encontró guapa y divertida, de mente abierta y algo osada.

A los pocos días, Arturo la invitó a cenar, y luego de beber y reír como adolescentes, acabaron haciendo el amor en su departamento. Catalina era impulsiva y sentía que la vida se le iba y tenía que vivirla. No conocía demasiado a este hombre que le gustaba tanto, ya tendría tiempo de hacerlo. Arturo la consideraba alguien especial con quien podía salir sin asumir compromisos. Le gustaba y le parecía graciosa. Disfrutaba de su compañía pero no pensaba en matrimonio. Estaba acostumbrado a las aventuras.

Al llegar a casa, Catalina le comentó a su amiga de cuarto, Consuelo, que había pasado una maravillosa noche con un argentino y que estaba enamorada nuevamente: “Amiga, no sabes, los extranjeros no son como los peruanos, la he pasado divino. Arturo me ha tratado como una reina. Tan delicado y tan educado, me encanta. Creo que con este chico sí me irá bien. No me ha dicho nada, pero hemos quedado en volver a salir. Así que asumo que ya somos pareja”.

Catalina se sentía novia de Arturo. Comenzó a llamarlo con insistencia, a querer verlo constantemente con un instinto de posesión, que al principio halagó al extranjero, pero pronto comenzó a fastidiarlo porque no la veía como su enamorada. Había tenido relaciones con él en la primera cita porque pensaba que era una forma de entusiasmarlo y retenerlo, aunque jamás conversaron acerca de lo que sentían o las expectativas de ambos.

Hay mujeres que hasta hoy creen que el sexo es la base para atar a un hombre, olvidan que el amor real combina pasión, admiración e inteligencia.

Algunas veces, Arturo dejaba de contestar el teléfono. Planeaba fines de semana que no la incluían, provocando en ella una profunda depresión y una gran confusión, ya que el hombre especial que ahora sentía amar la evadía. Llamaba a sus amigas de Perú, en especial a Camila, su amiga de la infancia a quien consideraba como hermana: “No me llama. Arturo tiene el teléfono apagado desde hace tres días. Dime qué hago. Dime”.

“Mujer, tú no aprendes, ¿verdad? ¿Él te ha dicho que son pareja? ¿Han hablado de eso?”, preguntó Camila.

“No, pero se supone que estamos”.

“No, mi reina, eso supones tú. A los hombres hay que hablarles clarito, si no, se toman las cosas como mejor les viene en gana. ¿Cómo esperas que Arturo te tome en serio si te has metido a su cama en la primera salida? El mundo será open mind, pero si buscas que te mire diferente te aseguro que con esa metida de pata te ve como una peruanita desesperada. Estás jodida, hermana. Ese tipo no te respeta, no te ve como enamorada. Solo te queda retroceder, ser paciente. Intenta conquistarlo de otra forma. Si no te contesta el celular es porque no quiere. Explora buscando algo distinto. Con lo atractivo que es, seguro ya muchas chicas lo han intentado atrapar”.

Catalina insistía en que él la amaba, que ella lo sentía. No quería admitir lo que Camila le decía, pero callaba cuando algo de lo que su amiga comentaba le daba vergüenza o le dolía. Su miedo a perder nuevamente el amor que creía haber hallado, la llenaba de ansiedad y apatía. No podía concentrarse en los estudios y

se agotaba pronto en el trabajo.

MIGAJAS DE AMOR

Arturo veía cada vez menos a Catalina y cuando lo hacía se limitaba a beber con ella. Si su amante peruana intentaba acercarse demasiado o hablar con él de temas más profundos, la evadía. Su juego de seducción ya no le atraía. No la deseaba como al principio. Rechazaba sus besos y caricias, pero Catalina insistía. Recibía migajas de afecto, retando su mente y espíritu para hallar formas de avivar el interés con que la tomó al conocerla. No podía soportar pensar que él no la quería más en su vida.

No ser amada, no ser deseada, conduce a la más honda aflicción y desesperación, porque atenta contra la autoestima. Cualquier otra persona parece ser mejor.

“Catalina, me caes muy bien, eres linda, lo hemos pasado genial, pero no puedes venir a buscarme sin avisar y mucho menos esperarme en la escalera. ¿Por qué no sales con más personas? Yo no estoy preparado para una relación”, le dijo Arturo un día, harto del acoso.

Esas frases hacían que Catalina reviviera lo ocurrido con Joaquín. Notó que en el departamento alguien había olvidado un cepillo de cabello y no era suyo. Probablemente Arturo ya veía a alguien más y no se atrevía a decírselo. Pero esta vez Catalina no gritó o lloró, se puso los zapatos y le dio un beso en las mejillas a su amigo especial: “No hace falta tanto consejo, Arturo. Entiendo que conociste a otra y no te preocupes, no te vuelvo a molestar”.

Al llegar a casa, Catalina lloró en silencio mirando el cielo por su ventana, como preguntándose por qué los hombres que amaba la abandonaban siempre. Veía su rostro en el espejo cubierto de defectos inexistentes. Planificaba arreglos estéticos en su cuerpo. No podía ver que era su alma la que andaba perdida y esa no mejoraría con una cirugía. Luego de aquel episodio, en un arranque de

despecho, salió con otro argentino que conoció en una discoteca. Se entregó a sus brazos. Quería escuchar que era bella y especial, aunque no lo volviera a ver.

NO SIEMPRE EL DOLOR ENSEÑA

Después de aquella nueva desilusión, Catalina decidió volver a su país. Necesitaba el cariño de su familia, ver a sus amigas y huir de las calles de Buenos Aires que le traían dolorosos recuerdos.

En Lima consiguió un empleo en una importante empresa de marketing con ayuda de algunas recomendaciones. Por cerca de un año decidió concentrarse en crecer profesionalmente, juntar dinero y divertirse sin intentar tener pareja. Se enteró de que su primer novio se había casado con la chica rubia por quien la abandonó y que Arturo, el argentino, se había comprometido con una peruana como ella y esta vez sí hablaba de formar un hogar.

Sin darse cuenta, Catalina comenzó a frecuentar a un compañero de trabajo que se acababa de divorciar. Solían a almorzar juntos. Una noche, luego de ir al cine, decidieron tomar unas cervezas para festejar el ascenso de Catalina en la empresa. Se contaron sus malas experiencias amorosas, pero pronto la soledad y el licor hicieron estragos en sus cuerpos y mentes. Pasaron la noche juntos en un acogedor hotel. Catalina pensó que su amigo Humberto, que tanto conocía su vida, jamás la dañaría.

Esperar algo bueno de alguien es un albur, una ilusión en el amor. Esperar recibir es como jugar a la ruleta rusa y la bala suele caer directo al corazón.

Sus encuentros amorosos continuaron por un tiempo y al parecer Humberto era el más cariñoso y dedicado hombre con el que había salido. Ella lo llenaba de mimos, regalos y le preparaba postres sorpresa que le entregaba a la hora del almuerzo. Sin embargo, Humberto no quería que en la empresa supieran que salían juntos. Tenía miedo de que ello afectara sus labores y lo mantuvieron en secreto durante un año.

Tiempo después, Humberto conoció a una publicista llamada Ivette, quedando impactado desde el primer momento. Fue honesto con Catalina y le contó que su interés era correspondido. Le pidió seguir siendo amigos y confiaba en que ella no se enojaría porque lo vivido entre ambos había sido especial.

Catalina no supo qué decir. La noticia la tomó de sorpresa porque, a diferencia de los otros hombres con los que había salido, Humberto nunca dejó de ser dulce y atento con ella. La hacía sentir amada, al menos ella así lo sentía. Se sintió burlada, le dijo que jamás le volvería a hablar y pidió su cambio de sucursal en la empresa. No soportaba verlo.

Por sugerencia de sus padres, al verla sumida en la depresión, Catalina ha decidido seguir una terapia psicológica. Siente que nadie la puede amar y que es una mujer que ahoga a los hombres porque no sabe darles espacio debido a sus miedos. Hoy continúa sola e intenta mejorar su autoestima. Tiene algunos pretendientes, pero quiere sentirse preparada para volverlo a intentar.

6

Mujeres que solo son amantes

Son las que han aceptado las condiciones de ser las llamadas ‘amante’. No se sienten culpables, no reclaman, solo esperan, y en el fondo saben que no lograrán ser la pareja oficial, por lo menos no legalmente, aunque el amor que dicen sentir parece justificarlo todo.

Hay amores que son como vientos huracanados que arrastran el espíritu hacia senderos jamás pensados. Las creencias, los valores y la moralidad pierden sus cimientos, se desmoronan ante los impulsos y el frenesí que en ese momento se desea vivir.

Muchas mujeres dijeron “de esta agua no he de beber” y lo lograron. Otras bebieron y beben de lo prohibido, sin culpa y sin miedo. Aman sin esperar. Aman con la certeza de que el amor no necesita normas ni moldes. Sentir es inevitable y no se resistirán jamás a ello.

Yo soy la otra

Tú me amabas y yo te amaba y vivíamos los dos juntos,

tú que me amabas y yo que te amaba.

Pero la vida separa a los que se aman muy despacio sin hacer ruido,

y el mar borra en la arena los pasos de los amantes separados.

Jacques Prévert

MI CASA ES UN TEMPLO

Úrsula, la risueña niña de ojos celestes que había heredado el perfil italiano de sus abuelos, era la hija menor. Su padre era un importante funcionario y empresario que pasaba poco tiempo con su familia. La pequeña creció observando cómo el machismo y la rudeza de su progenitor lograban imponerse en casa y, sobre todo, anular las decisiones que pudiese tomar su madre.

Rosina era la conservadora madre de Úrsula. Fue educada con la consigna de ser una esposa fiel y sumisa, que debía evitarle molestias al marido así estuviera siempre de mal humor con ella. No pelear, no reclamar, no discutir y perdonar siempre como lo manda Dios, era lo que esta noble mujer le inculcaba a su pequeña.

No todo lo que una madre enseña conduce al equilibrio, a veces sus consejos son el impulso que arrastra a los abismos y la eterna oscuridad.

Colegio de monjas, universidad femenina y amigos íntimos con las mejores

recomendaciones acerca de su moralidad, fueron parte cotidiana de una chica inocente y curiosa que amaba las muñecas aún después de los veinte. Tímida y nerviosa en tema de amores, Úrsula tuvo pocos enamorados, apenas dos relaciones que no dejaron mayor huella cuando fue estudiante de psicología. Aún no conocía en profundidad lo que era enamorarse.

Al cumplir los veintidós años integró un grupo de oración al que pertenecían su madre y sus amigas. Allí conoció a Enrico, de padres italianos, dedicado al campo técnico automotriz. Le gustó su trato y sus modales así como lo esmerado de su ser en el campo espiritual. Su madre y amigas pensaban que hacían una pareja perfecta, y en un cortejo corto basado en salidas a cenar con rosas de obsequio, Úrsula y Enrico se hicieron enamorados. Él la respetaba demasiado. Tenía claro que la mujer que había logrado conquistarlo era una dama de familia que debería llegar virgen al matrimonio. Úrsula no pensaba mucho en ello, porque tampoco se había despertado en ella ningún deseo pasional. Pensaba que tenía al lado al hombre más dulce y bondadoso del mundo. Hacían labor social juntos, iban a misa, retiros y al cumplir un año de relación Enrico pidió su mano en una ceremonia tradicional con serenata con violines. Todo parecía un sueño para Úrsula, todo era perfecto. Dios la premiaba por ser una chica caritativa y amable.

La inocencia es un regalo y también una condena: al poseerla se es libre; al perderla, esclavo.

¡LÍBRENME DE MI SUEGRA!

Armida era la madre de Enrico, mujer de mal carácter y poco religiosa. El padre de Enrico le había sido infiel en más de una ocasión, pero sus prejuicios y deseo de comodidad podían más que su rencor. Mantenía el matrimonio y aparentaba que las cosas iban bien.

Cuando conoció a Úrsula, sintió antipatía de inmediato. Le hablaba poco: “Qué flaca es esa chica. Con ella tendrás hijos débiles. Además, parece tonta”, le decía a su hijo cuando estaban a solas.

Enrico, que conocía la malicia y amargura de su madre, no le replicaba. Prefería ignorarla para no pelear.

La señora Armida acudió sin su esposo a la pedida de mano, porque él se hallaba en el exterior atendiendo negocios. La casa de la familia de Úrsula le pareció un palacio inmenso. Había rosas blancas por todas partes, un jardín de ensueño y bancas de madera para sentarse a descansar y contemplar el firmamento. El trato fino y la armonía en aquella casa, no fueron tolerados por la madre de Enrico. Le decía a su chofer que esa familia era antipática, que sus protocolos eran pasados de moda y que su hijo sería infeliz con esa chica que no sabía nada de la vida.

La crítica mordaz es solo el vestido de la envidia, la acuñan los soberbios y también los que no saben perder.

Cuando llegó la boda, la señora Armida se comprometió a conseguir, como regalo, el auto donde iría la novia. Úrsula, quien ya había notado lo poco comunicativa que era su futura suegra, buscó ser lo más discreta y diplomática posible con ella. No imaginaba lo que la anciana de ojos grises y mirar altivo sería capaz de hacer.

Vestida con un hermoso y discreto traje blanco, Úrsula esperaba el vehículo que su suegra enviaría. Pero tardaba demasiado y, cuando los padres de la novia estaban por perder la paciencia por la impuntualidad del servicio, un auto color verde limón se estacionó en la entrada de la casa, al mismo tiempo que la señora Armida llamaba por teléfono a su nuera:

“Hijita, el servicio de limosina que contraté ha tenido un problema, pero ya no hay tiempo de conseguir otra. Te he enviado el carro de un amigo mío. Es un clásico americano muy moderno. Es verde, pero no te importa, ¿verdad corazón?”.

Cuando Úrsula estaba a punto de gritar del enojo, su madre le hizo una seña con los ojos indicándole que no pelee, que no caiga en su juego: “No se preocupe, señora. Iré en ese auto ya que se hace tarde, mil gracias”, le contestó fingiendo un trato amable.

Durante la boda, su suegra solo tuvo miradas de desprecio para ella. Úrsula estaba muy nerviosa, era muy sensible y la ceremonia le parecía demasiado amarga. Su novio era gentil como siempre, pero al observarlo junto a ella en el altar un miedo espantoso la poseyó, como un presagio que brota del alma y anuncia la llegada de algo doloroso. Sonrieron, brindaron y posaron para las fotos, pero Úrsula quería que todo terminara pronto, quería descansar e irse lejos con su flamante esposo.

La señora Rosina abrazó a su hija con profundo amor. La colmó de besos y bendiciones. La vio partir en aquel auto verde rumbo a su luna de miel, no sin antes decirle a su yerno que la cuidara mucho, porque se llevaba a su tesoro.

RECiÉN TE CoNozCo

La noche de bodas fue una real sorpresa para Úrsula. Era virgen y no tenía idea de qué hacer ni decir. Se dejaría guiar por su esposo quien al verla desnuda por primera vez se excitó en demasía y desató sobre ella la pasión contenida que en el año y medio de noviazgo había guardado. Úrsula estaba demasiado nerviosa y no logró disfrutar. Le pareció dolorosa, no pensó que hacer el amor era un acto tan tosco. Eso fue lo que sintió, que su esposo era tosco y hasta violento sexualmente, pero calló, calló como le enseñaron.

Una mujer sueña con que la primera experiencia sexual sea inolvidable. Llena de ternura, algunas hacen ese sueño realidad, otras solo se quedan con una experiencia que quisieran olvidar.

Úrsula se sentía cada vez más incómoda con Enrico. Se hacía la dormida para evitar que le pidiera hacer el amor, no lo soportaba. Cargaba con esta aflicción sin decírselo a nadie. La comunicación con su esposo se iba deteriorando, él dejaba de tratarla con la misma consideración que antes, la minimizaba, no le contaba sus proyectos y solo ante la gente o su familia volvía a ser el que ella conoció.

La señora Rosina se percató de la tristeza en los ojos de su hija. Le preguntó con insistencia qué le ocurría, pero Úrsula mintió diciendo que estaba cansada por los estudios. Disimulaba su pena cambiando de tema y pidiéndole a su madre recetas de cocina para agasajar a su marido.

Luego de ocho meses de casada, Úrsula anhelaba tener un bebé, pero percibió que Enrico no quería que saliera embarazada. Le comunicó además que se irían al exterior porque él deseaba hacer una maestría en Estados Unidos. Aquella noticia la entristeció más, porque jamás había pensado estar lejos de sus padres. Le daba miedo y sentía que ya no confiaba en ese hombre, que parecía ser otro.

Úrsula vestía con blusas de manga larga para ocultar los hematomas que Enrico dejaba en sus brazos cada vez que tenían relaciones sexuales. Eran huellas de la presión que ejercía con sus manos sobre ella, cosa que no era normal. Una tarde, Úrsula decidió visitar al padre Leopoldo, su confesor y consejero desde niña. Le contó lo que vivía y le enseñó sus brazos y hombros. El sacerdote quedó muy impresionado: “No puedes seguir viviendo con ese hombre, es un enfermo. Lo que te hace es cruel y no es tu culpa. Tú no lo sabías. Nadie lo sabía. Puedes pedir incluso la nulidad religiosa de tu matrimonio. No mereces esto”.

El sacerdote, quien también conocía a Enrico por el grupo de oración, lo mandó llamar y habló con él en privado. Durante el encuentro, tomó la decisión de anular su matrimonio con Úrsula. Era indudable para el religioso que Enrico padecía de algún trastorno que perjudicaría a su esposa sin que ella pudiera controlarlo, y así se lo hizo entender. Finalmente los tres resolvieron guardar el secreto, y la pareja decidió que se separaría de mutuo acuerdo y pedirían la nulidad.

Úrsula quedó muy deprimida y nerviosa. Al contarle la situación a sus padres les causó gran pesar, pero decidieron apoyarla. Enrico se fue al exterior para felicidad de su madre, quien se la pasaba hablando mal de su nuera, diciendo que ella había cansado a su hijo con sus engreimientos.

Con ayuda de autoridades religiosas, Úrsula obtuvo la nulidad de su boda. Jamás pensó que algo así podía ocurrirle y estuvo en terapia psicológica por unos meses. Por un par de años, decidió estar sola. No sentía rencor por Enrico, solo una profunda desilusión. Sus ganas de tener un hogar estable e hijos se habían desmoronado sin que fuese la culpable.

La fatalidad llega a los mortales sin discriminar raza ni condición, y nunca se está preparado para ella.

MI PROFESOR DE TENIS

Tras pasar unas vacaciones fuera, Úrsula volvió a Lima y comenzó a trabajar en uno de los negocios de su padre. Y para relajarse y mantenerse en forma, se matriculó en clases de tenis a las que iba diariamente.

Uno de aquellos días, Úrsula se sintió intimidada por la intensa mirada de un apuesto hombre que, con una botella de agua en mano, se dedicaba a observarla. Su profesor, llamado Julio, le dijo: “Niña, ese señor que te ve tanto es un maestro con la raqueta. Ha ganado torneos, pero tiene mucho trabajo y prefiere dedicarse a los negocios. Mira, justo se acerca. Creo que quiere hablarte. Los dejo”.

Alex se acercó a ella con una sonrisa franca y gentil: “Te veo por acá desde hace algún tiempo. Tu profe está en nada, ¿no? Yo he sido instructor, aunque ahora solo lo hago con casos especiales”, le dijo extendiéndole la mano.

“Sí, pero para mí está bien, soy principiante. Me despejo y voy más relajada a trabajar”, contestó Úrsula nerviosa y algo avergonzada.

Sin notarlo, ambos se pasaron cerca de una hora charlando y riendo. Alex terminó por ofrecerle sus servicios de instructor de tenis sin dejar de mirarla. Le encantaban las rubias: “Me gustan tus ojos. Son raros. Ni azules ni verdes, son ojos de tiempo. ¿De qué color se ponen cuando estás feliz?”.

“No sé. Mis ojos van como va mi corazón, un día alegres, otro no tanto”, concluyó Úrsula, sonriente y sonrojada.

Alex estaba casado y tenía dos hijos. Era de una familia importante, pero cargaba con la pena de estar atado a una mujer que padecía trastornos depresivos. Nunca estaba estable, y pese a no amarla no tenía valor para romper el matrimonio. Sin embargo, no estaba dispuesto a sentirse solo, tenía amantes eventuales y disfrutaba la vida lo mejor que podía. Su atractivo e inteligencia le permitían

conquistar a quien se proponía.

Las clases particulares de tenis, que Úrsula finalmente aceptó recibir de Alex, la llenaban de alegría. Su nuevo instructor era muy bromista y gentil. Pronto, Úrsula le contó lo que había vivido en su matrimonio y Alex, quien no solía contarle su vida privada a nadie, sintió que con ella quería hacerlo. Le explicó lo que vivía al lado de su esposa y halló consejos profundos de su alumna. Notaba que su educación y manera de pensar eran diferentes a los de las mujeres frívolas que conocía.

Alex se sentía muy atraído por ella y se lo decía abiertamente, tenía la esperanza de conquistarla: “oye, rubia, ¿cuándo salimos? Sabes que me muero por ti y no me das ni una esperanza”, le dijo un día.

“Qué chistoso. Tú eres casado, no te pases. De amigos estamos muy bien, ¿no?”.

Pero Úrsula se sentía muy atraída por él. Le gustaba y comenzaba a quererlo. Él se ocupaba mucho de ella y contaba con sus consejos, como cuando la llamaba para pedirle su opinión sobre las corbatas que debía usar. Alex la estaba involucrando en su vida y ella se dejaba arrastrar.

A veces, el corazón es más fuerte que la mente. No logra resistirse al amor porque amar otorga un sentido al existir.

SOLO QUIERO AMAR

Alex insistía cada vez más en salir con Úrsula. Le prometía compartir una amena charla y no hacerle daño. Una noche de primavera Úrsula aceptó, pero para su sorpresa aquella salida no sería común. Alex la llevó a un restaurante cerca al mar y la recibió con un pequeño ramo de rosas rojas aterciopeladas y una caja de chocolates holandeses. Luego de cenar langosta y saborear un helado de frutas natural, comenzaron a beber un añejo y aromatizante coñac que al poco rato ocasionaba estragos en Úrsula.

Alex estaba feliz. Se contaban historias de su infancia y la inocencia de su amiga

le parecía mágica. La tomó de las manos y le dijo que estaba profundamente enamorado de ella, que no la dejaría ir de su vida. Úrsula olvidó que era casado, se sentía halagada. Los ojos le brillaban de dicha y emoción y desde aquella noche, tras dejarse besar prolongadamente, se hizo amante de Alex.

En el juego de lo prohibido, la pasión es el detonante. Se enciende, pero se desconoce hasta dónde puede llegar.

Al llegar a casa y cuando los efectos del alcohol pasaron, Úrsula recordó las enseñanzas de su madre. Se sintió culpable y desesperada. Cogió el teléfono y despertó a Susana, su mejor amiga, le contó lo ocurrido y lejos de ser reprendida fue apoyada: “Mira, flaca, ese hombre se muere por ti, se le nota en los ojos, y tú también te mueres por él. Si dices que ya no tiene nada con su esposa porque está loca, entonces, arriésgate. Te aseguro que serás la que lo impulse a solucionar las cosas. vives sola, entonces puedes verlo cuando quieras”, le dijo Susana.

“Pero ¿y mis padres? No me siento bien haciendo esto, no es correcto, no creo poder manejarlo ni soportarlo, Susana”.

“¿Tus padres?, por hacer caso a los consejos de la cucufata de tu mamá te jodiste con Enrico, porque te lo pusieron como novio. Ahora tú estás conociendo un amor real, vive lo que quieras, pero deja de ser tan prejuiciosa. Si ves que la relación no funciona, lo dejas y ya está, pero viviste”.

Úrsula no quería sentirse culpable, había tenido la noche romántica más feliz de su vida y no quería echarla a perder. Tenía fotos de aquel encuentro y comenzó a armar el nuevo álbum de su vida.

TUYO POR HORAS

Úrsula había coordinado con Alex para encontrarse en su moderno y discreto departamento de Monterrico. Cada tarde, ella lo esperaba con un platillo

diferente, cocinado especialmente para él. Luego de comer se quedaban juntos riendo y amándose. En brazos de su profesor de tenis, veía el sexo diferente; no solo aprendía, sino que disfrutaba al máximo lo que él la hacía sentir, se entregaba en libertad y la ayudaba a olvidar los traumas del pasado.

Alex siempre llegaba con lindos obsequios. La veía de lunes a viernes a la misma hora y cancelaba las reuniones que interrumpieran sus encuentros. Buscaba protegerla y mimarla porque ella siempre tenía una palabra de aliento para él y la solución ideal para los problemas laborales que su estrés no le permitía ver.

El amor profundo se cimenta en la comprensión y comunicación, en ser escuchados, en poder reflejar el espíritu a través del otro.

Los fines de semana la pareja clandestina no se veía. Úrsula no se quejaba ni reclamaba, pensaba que Alex vivía una vida difícil de cambiar por la enfermedad de su esposa, y sus pequeños hijos. No quería exigir nada, no sería una amante como las demás. Ella solo quería amarlo. Pasaban los meses y los años, pero lo tenía a su lado: viajaban juntos al exterior, se sentía dueña de su corazón y lo amaba incondicionalmente.

Sus amigas comenzaban a preocuparse, porque veían pasar los años y Alex seguía casado. Ahora creían que usaba a Úrsula y que le hacía perder los mejores años de su vida. Los fines de semana la buscaban para salir y presentarle nuevos amigos, pero ella era tercamente fiel, cualquier otro hombre le parecía ordinario y poco interesante al lado de Alex. Tenía al hombre ideal, por horas, por días, pero suyo.

Los padres de Úrsula vivían preocupados, porque pese a no saber del romance secreto que vivía, anhelaban que se volviera a casar y que tuviera hijos. No le conocían un nuevo novio y aquello les llenaba de pesar, en especial a la señora Rosina, quien oraba pidiendo a Dios el milagro de que su hija se volviera a casar.

Ver a un hijo sumergido en la soledad significa verlo al borde del abismo. Se

cree que perecerá, que los males lo alcanzarán y dañarán.

Por su parte, Alex sentía mucho remordimiento, no tenía valor para afrontar el escándalo de dejar a su esposa y tampoco se sentía capaz de dejar a su amante para que encuentre su felicidad con otro hombre. Además, su compañía estaba asociada con la de su suegro, por lo que el divorcio significaba no solo perder dinero, sino todos los años de esfuerzo con los que había alcanzado una posición económica estable. Para acallar su conciencia y sus culpas, Alex llenaba de detalles a la rubia que lo enloquecía porque su nivel de nobleza lo dejaba cada vez más sorprendido, ella no le pedía nada, no era interesada y hacía lo que fuese por ayudarlo a solucionar problemas cotidianos que le robaban tiempo.

LAS MALAS COSTUMBRES NUNCA MUEREN

Cuando Úrsula y Alex tenían doce años como amantes, él comenzó a cambiar. Dejó de acudir con la misma frecuencia a sus encuentros en el departamento, porque decía tener reuniones ineludibles. Al principio, Úrsula trató de comprenderlo, pero luego de algunas semanas lo notó distinto. No era el mismo ni al mirarla ni en la cama: parecía querer huir de su lado cuando se veían, y supo que solo podía deberse a la presencia de otra mujer, que no era la esposa por la cual Alex estaba cambiándola.

Las mujeres intuitivas reconocen la presencia de una rival cuando los ojos de quien aman dejan de brillar.

Celos e ira que jamás la habían azotado, nublaban la salud y el alma de Úrsula. Nuevamente, el dolor volvía a su corazón como pájaro de mal agüero, anunciándole que todo podía terminar. Se convirtió en la más feroz detective. Revisaba los pantalones de Alex. Quería hallar algún indicio de lo que sospechaba, pero su ex profesor no solo era bueno con la raqueta, también lo era para armar coartadas y tejer historias. Tenía experiencia en el arte de llevar una

doble vida y comenzó a discutir con la rubia a la que ya no hallaba tan atractiva.

En su desesperación, Úrsula llegó a consultar con cartománticos y chamanes para que le dijeran cómo era la mujer que le robaba al hombre que amaba, aunque ninguno parecía acertar, solo coincidían en que la veía por medio del trabajo. En un viaje corto que hizo a la sierra, conoció en el bus a una extraña joven que se sentó a su lado y, al ver su mirar tan triste le preguntó: “Dime, ¿vas para Huaraz como yo?”.

“Sí, por unos días. Vine a comprar cosas para los negocios de mis padres”, le contestó Úrsula.

“Niña, anímate, no todo es tan malo. Me llamo Celeste y vine por trabajo como tú, pero como ando sola no sé si deseas compañía. Podemos juntarnos y así la pasamos más seguras. ¿No te parece?, le dijo la extraña mujer de mirada amable y melancólica.

De pronto, Úrsula le contó su vida a esta chica, quien la escuchaba con gran atención y, antes de llegar a la ciudad, le dijo: “Tú eres una mujer excelente, pero el hombre que amas es egoísta. Ahora su corazón no está contigo, va con la mujer alta de cabellos rizados que ve todas las mañanas, con quien desayuna y ahora comparte la cama. Si quieres comprobarlo, ve al lugar donde lo conociste, escóndete y cuando veas lo que deseas ver, toma una decisión”.

Úrsula quedó como en shock al oírla: “¡Lo conoces! Dime, ¿los has visto juntos?”, exclamó abriendo los ojos.

Celeste le dijo cosas muy íntimas que solo Úrsula sabía, cosas de su infancia y su matrimonio. Luego le explicó que tenía facultades para-normales para conocer el pasado, presente y futuro: “Leo las almas y tú lo necesitabas, pero guárdame el secreto ¿sí?”, concluyó Celeste.

Úrsula había buscado oráculos y místicos sin cesar, pero llegó a ella alguien que realmente tenía esa cualidad, quizá sus oraciones la habían enviado. Desde entonces, Úrsula y Celeste se hicieron íntimas amigas. Con su ayuda, al volver a Lima Úrsula siguió a Alex y, una mañana de garúa, lo vio abrazando a una mujer que no era su esposa; era alta, de cabellos rizados y ojos cafés. Úrsula no tuvo fuerzas para acercarse, lloraba sin poder contenerse, lenta y calladamente.

Nunca se está preparado para ser testigo de la traición, al hacerlo muere un poco el alma y también el amor.

ELLA NO ES MEJOR QUE YO

Luego de calmarse, Úrsula se llenó de ira. Esperó a Alex en casa, como de costumbre, pero esta vez no le preparó el almuerzo. Sentada en el sofá, lo vio ingresar sonriente y cuando quiso besarla ella se apartó: “Qué milagro, Alex, ¿la vulgar esa con quien me engañas te dio permiso para venir hoy?”, le dijo.

“Carajo, otra vez con esa huevada de pensar que tengo otra. ¿Quién mierda te mete esas ideas en la cabeza?”, contestó Alex pálido y con gesto fingido.

“¡Desgraciado! Nadie me lo ha dicho, yo te he visto ayer con ella en el club. Le enseñas tenis como lo hacías conmigo. Jamás te lo voy a perdonar, por eso venías menos, por esa, esa que es una puta interesada. ¡Que esa imbécil te cocine y haga tus encarguitos! ¡Que se encargue de hacer todo lo que yo hacía! ¡Le dejo la posta, miserable! ¡Lárgate de mi casa y de mi vida! Me cagaste, Alex. Pero la vida lo hará contigo. Perdí mi juventud a tu lado, aunque tú perderás el amor verdadero. Sé que cuando esa no logre sacarte más plata te dejará. Esta cojuda que ves, hoy deja de serlo. Por años te fui fiel. No esperé nada de ti. Solo quería consideración, pero tú no me mereces. ¡Lárgate, lárgate!”, le gritó Úrsula luego de abofetearlo con ira.

Alex no pudo defenderse. Jamás la había visto así y se fue con la cabeza gacha y lágrimas en los ojos. Sabía que estaba perdiendo a la única mujer que amaba y que no lo iba a perdonar.

Al igual que los tiranos, los traidores no resisten el peso de la verdad, porque en el fondo solo son seres débiles que usan a otros para caminar.

Úrsula hizo maletas para irse lejos por unos días. Sin embargo, alejarse de su familia fue peor. No podía calmarse. A las dos semanas volvió a Lima y sus

mejores amigas nuevamente estuvieron con ella, pero esta vez la depresión la golpeaba. No tenía ganas de comer y el insomnio no la abandonaba. Entonces se refugió participando en campañas de solidaridad y apoyo para niños necesitados. También tomó clases de filosofía y humanidades, clases que compartía con Celeste, quien con su buen humor y consejos la reanimaba y le devolvía la esperanza de que algo mejor llegaría.

Alex no se atrevía a buscarla. intentaba contactarla por el Messenger y por el correo electrónico, pero Úrsula lo había expulsado de sus contactos y había cambiado los números de su casa y celular. Entonces buscó saber de ella por amigas en común que sabían de su relación, pero todas le decían lo mismo luego de insultarlo: “Deja de perseguirla y resígnate”.

Por un año, Alex se alejó, pero tal como Úrsula le había dicho, se cansó de su amante ocasional. No pudo reemplazarla. No era mejor que ella en nada.

NO QUIERO QUEDARME SOLA

La madre de Úrsula estaba envejeciendo y le rogaba a su hija hallar un novio para casarse. Úrsula tenía ya treinta y nueve años y menos posibilidades de ser madre. La vez que salió embarazada de Alex perdió, tuvo una pérdida; y tras su ruptura no había encontrado un hombre que pudiera elegir como compañero de vida.

Las solteras del grupo, incluida ella, salían a reuniones de solteros donde intentaban volver a enamorarse. Por lo general, Úrsula era quien más candidatos tenía, pero los analizaba y los hallaba vacíos, vulgares y llenos de problemas. No había olvidado a Alex y cuando se sentía sola miraba los álbumes de fotos de los viajes que habían hecho juntos.

Los buenos recuerdos resultan ser la mejor anestesia para evadir por unos instantes el vacío y el dolor.

Una tarde que no salió de casa, Alex tocó el timbre. Ella abrió con su taza de café en la mano. Al verlo, se aturdió: “Hola, ¿qué haces aquí?”.

Alex esperó un portazo en la cara o un insulto: “Quería saber de ti, cómo estabas

y no sé… invitarte a cenar", le dijo al notarla relajada.

Úrsula recordó su traición, pero estaba emocionada. Le acomodó la corbata como siempre lo había hecho: "No, Alex. vete, por favor. Es tarde para lamentos. Tengo otra vida".

"¿Estás con otro? Es eso, ¿no?", preguntó Alex ansioso.

"Sí, uno muy guapo que es mejor que tú en la cama", le dijo Úrsula mirándolo burlona.

Alex no soportó escucharla y se quiso abalanzar para besarla. Pero ella lo empujó y, con firmeza, le gritó que se fuera, que estaba enamorada de otro. Alex le creyó.

Úrsula inventó eso para protegerse de lo que aún sentía por él, para no ceder y volver a vivir lo mismo, sin nada bueno que esperar. Quería una familia y Alex no podía ni tenía el valor de dársela.

Tras seis meses más saliendo con nuevos amigos, Úrsula conoció a Gustavo, era cordobés, dueño de una empresa de catering en Miami. Estaba de paso para descansar con uno de sus hijos. Era divorciado, de cuarenta y cinco años, padre de dos hijos, culto y de buen porte. Estaba afincado en Estados Unidos luego de su fracaso matrimonial. Aquella noche le agradó su tema de conversación, no era tan apuesto como Alex, pero sí metódico, analítico y responsable, elementos que ahora valoraba en demasía.

Aquel extranjero se sintió atraído por Úrsula de inmediato. La encontró fina, distinguida y sobre todo dulce. Una mujer para lucir. Tenía ojo para reconocer a una mujer sumisa y era lo que buscaba, alguien que se preocupara por él y siguiera sus pasos sin hacerle líos.

El machismo viste de gentileza cuando caza, pero una vez logrado su objetivo todo cambia, todo se ensombrece.

Luego de un par de salidas a comer, Úrsula se hizo pareja de Gustavo. No sentía

la pasión que solo Alex desataba en ella, pero este hombre le ofreció matrimonio al mes de conocerla y aceptó de inmediato. Tendría el hogar que anhelaban sus padres y un compañero con quien pasar el resto de sus días. Ella prefería tener un cariño fiel y seguro. No tenía valor para esperar a que el destino le devolviera la oportunidad de enamorarse. Consideraba que habían pocos hombres sin complicaciones por conocer y no quería estar más tiempo sola.

“Si te casas por miedo a la soledad, amando a otro, no eres justa contigo. No eres honesta. El amor no se crea, nace y se mantiene. Fíjate bien en lo que te metes. El que te perdió nunca se resignará, y tú no lo olvidas. No conoces bien a Gustavo. No lo idealices. Si no conoces su alma atente a las consecuencias. No existe la mala suerte para ti, solo miedo, un miedo que te hace perderte”.

“Tendré un hogar, Celeste. Y si me va mal regreso a Lima, lo prometo. No me digas esas cosas, siempre me dejas pensando demasiado, pero quiero arriesgarme”, argumentó Úrsula.

VOLVERÉ PARA QUEDARME

Alex se enteró de que Úrsula se había comprometido y casi enloqueció de celos. Unos días antes de la boda en Miami, viajó para intentar impedirla. Con ayuda de algunas amigas en común, consiguió los datos de los lugares donde se hospedaría la pareja. Mientras Úrsula salía de un spa, una noche antes de la boda, casi cae desmayada al ver a Alex, que no le dio tiempo de reaccionar y la besó con desesperación. Le rogó que no se casara. Úrsula temblaba como adolescente. Miami era la ciudad donde ellos habían viajado por primera vez juntos y ante la mirada y amor que sentía por Alex, no pudo evitar ser infiel.

Alex la llevó a un hotel y luego de hacer el amor, le habló con dolor: “Sabes que he venido por ti, aunque no puedo divorciarme. Tú no amas a ese tipo, yo no tengo más que ofrecerte que mi eterno amor y culpa, pero si te casas sabes que serás infeliz. Vuelve a Lima conmigo. Mándalos a todos a la mierda y sigamos como antes. Yo no quiero dejar de verte nunca, no soporto que otro te toque, no lo soporto”.

El deseo de posesión es una obsesión que difícilmente cesa en las personas de ego elevado, que no saben perder.

Úrsula lloraba al escucharlo: “No puedo verte más, esto no está bien. Sabes que si te veo caigo, no quiero hacerle esto a Gustavo. No lo amo, pero lo quiero y me dará el hogar que tú no puedes darme y no tendré que vivir pensando que me engañas”.

Alex, con la seguridad de que ella decía la verdad, la abrazó: “Si te casas y eres infeliz, siempre estaré. Me llamas y vuelo a verte cada vez que pases por Lima. Si deseas un hogar con él pues no puedo negarte ese derecho. Pero si te trata mal avísame. Se lleva a una reina, mi reina”.

Úrsula huyó del hotel y se metió a llorar sin consuelo en una iglesia, donde estuvo cerca de una hora meditando y pidiendo perdón a Dios. Cogió el celular y llamó a su amiga Celeste para contarle lo ocurrido: “Te lo dije. Nunca te dejará en paz. Es el único al que amas. No te cases, no te mientas, no vuelvas con Alex, pero no te engañes. Mira lo que estás a punto de hacer”, le dijo Celeste.

Úrsula se casó en una emotiva ceremonia. Bella y elegante como siempre dijo “Sí, acepto” ante el juez de paz. Sin embargo, en sus ojos no había felicidad. Gustavo era frío y protocolar. No se sentía amada, únicamente lucida como una fina joya.

Al año de casada, Úrsula seguía sintiéndose sola, y además maltratada. Gustavo no tomaba en cuenta sus opiniones, la hacía sentir mal delante de sus amigos y le criticaba desde las uñas hasta el peinado. Por otro lado, era mezquino y pese a tener dinero le daba lo mínimo, gastaba lo demás en engreír a sus hijos y comprar aparatos tecnológicos a los que era aficionado. Ella jugaba a la casita feliz, estaba pendiente de sus trajes, de su cena, de todo lo que él necesitaba, había sido criada para atender sin reclamar, como lo sigue haciendo su madre hasta el día de hoy.

Su vida sexual con su esposo era desastrosa, no sentía amor y él era poco apasionado. Día a día, iba cansándose de los malos tratos de ese hombre a quien ahora veía con rencor, aunque no tenía valor para irse, para admitir que era un nuevo error.

Cuando Úrsula volvió a Lima de visita, Alex se enteró. Se apareció con su gran sonrisa en su departamento y con el buen vino de siempre. Úrsula, que no soportaba tanta tristeza, cambió de expresión al verlo. Su presencia le alegraba la vida y, luego de charlar un rato de sus vidas, terminaron haciendo el amor en el sofá. Y esta vez ella no sintió remordimientos.

Úrsula engaña a su esposo. Sigue siendo la amante de Alex. Nació para serlo y él no piensa dejar de verla jamás. Ella sigue siendo la mujer que ama, aunque no pueda tenerla.

7

Mujeres

que aman a hombres

mucho mayores

Son las que sienten atracción y amor por hombres mucho mayores, tanto como un padre. Ellas dicen que los escogen porque son maduros y más amables, pero un elevado porcentaje de estas mujeres tuvo una mala relación con su padre, y encuentran en ellos la protección y mimos que no tuvieron de niñas.

El amor no distingue edad, credo, raza ni ideología. Brota, se apodera del ser, elige entre la multitud. Sin embargo, ese sentimiento por alguien a veces nace de una carencia. Se halla en el otro lo que nunca se tuvo y siempre se quiso, por ejemplo, un padre.

Hoy, en algún rincón, una mujer pide protección y ternura. No le importa el qué dirán al caminar de la mano con alguien a quien los que tienen prejuicios critican. Le importa sentir y vivir. Se resiste a tomar en cuenta el tiempo que pasa.

A pesar de los años

No hay cosa más incierta que el número de años

de las señoras que se dicen de cierta edad.

Lord Byron

PAPÁ, ¡ME AVERGÜENZO DE TI!

Soledad nació en un hogar de clase media. Su madre era una emprendedora y gentil dama dedicada a la enseñanza, mientras que su padre laboraba en el puerto del Callao como asistente de embarcaciones de una compañía trasnacional con sucursal en la capital.

La señora Marlene, madre de Soledad, era quien con su entusiasmo y cordura intentaba motivar a su esposo para escalar laboral y económicamente. Si bien la pareja no poseía estudios superiores, con esfuerzo, había logrado que sus dos hijos estudiaran en colegios privados además de comprar un terreno que, en pocos años, se trans-formó en una hermosa casa en Jesús María.

La pequeña Soledad creció observando que su padre, Julián, solo hacía cosas acertadas tras seguir los consejos de su madre, pero su afición a las fiestas y a la bebida le causaban un profundo rechazo. No soportaba sus cariños torpes y sus consejos fuera de lugar ocasionados por el alcohol.

Un padre alcoholizado es motivo de vergüenza y rechazo para un hijo. Se convierte en un enfermo incapaz de proteger.

A diferencia de su hermano Roberto, Soledad era precoz y ambiciosa. Le gustaba vestir bien y tener objetos de valor. Odiaba el colegio y logró culminarlo en un centro no escolarizado donde el tiempo de estudio se reducía a la mitad. No le importaba cultivar amigas en el colegio, porque no compartían los mismos objetivos. Ella quería obtener dinero pronto, trabajar e irse de casa.

Las primeras experiencias sentimentales de Soledad no se instalaron en su memoria. Tuvo unos cuantos enamorados de su edad y uno mayor que ella, pero no encontró algo que la atrapara, no los admiraba. Anhelaba un hombre que la protegiera, que la mimara y llenara de detalles y que además la dejara ser libre. No soportaba a los posesivos ni celosos. Solía abandonar a sus parejas con pretextos y gozaba escuchando sus desesperadas llamadas buscando una reconciliación. Eso ocurría porque ella era muy bella y sensual. Jamás pasaba desapercibida en ningún lugar.

Su padre se oponía a que tuviera enamorado, pero no podía con ella y siempre discutían. Soledad fue rebelde desde chica, y cuando su progenitor intentaba aconsejarla ella le gritaba en la cara que era un borracho que gastaba el dinero en tonterías y que no tenía derecho a meterse en su vida. Por su parte, su madre la consentía, pues la veía como una muñeca por la que los hombres se peleaban y se sentía orgullosa, pensaba que Soledad llegaría lejos por su encanto.

El respeto por los padres que no se cultiva en la infancia no se desarrolla durante la adultez, aunque puede asomarse a la muerte de estos, motivado por la culpa.

CUARENTA Y VEINTE

Cansada de experimentar con chiquillos, Soledad notó que le atraían más los hombres mayores. En el cumpleaños de una amiga, conoció a un oculista de cuarenta y dos años llamado Federico, casado y con tres hijos. Soledad se sintió atraída por ese hombre de ojos grandes que la contemplaba con deseo. Charlaron y bebieron como grandes amigos y luego el doctor se ofreció a dejarla en su casa.

Soledad se hizo amante de Federico y se sentía feliz viviendo esa experiencia. Disfrutaba mucho con él sexualmente y le decía a sus íntimas amigas que estar con un hombre mayor era incomparable. Los veintiún años que los separaban no eran problema para ella, todo lo contrario, se sentía protegida como siempre quiso. Federico comenzó a llenarla de obsequios valiosos e incluso a brindarle cifras de dinero considerables para sus gastos, cosa que sus ex jóvenes novios no habían podido hacer.

Algunas mujeres compran con el dinero ese instante de irrealidad, para sobrevivir y evadir reconocer que son inútiles.

Cuando Federico no podía ver a Soledad y complacerla en sus caprichos, ella estallaba de ira. No estaba acostumbrada a no ser una prioridad para él y, si bien no tenía la intención de que su amante desbaratara su matrimonio, sí quería la mayor atención posible y que él se preocupara por sus problemas y necesidades. Los pleitos no se hicieron esperar porque cada vez que Federico no podía verla, ella salía a divertirse con sus amigos, hecho que desataba los celos del doctor, quien a diferencia de Soledad sí estaba enamorado y hasta pensaba dejar a su esposa.

Tras los reclamos de Federico y su certeza de que estaba siendo engañado, la relación se fue tornando asfixiante para la joven. Soledad terminó con él, diciéndole que era inmaduro y que no lo amaba, que prefería estar sola. El oculista intentó retomar la relación, pero no lo logró porque ella cambió demasiado.

ESTA VEZ EL AMOR LLEGÓ

Soledad parecía incapaz de amar. Pasaba de una relación a otra con mucha facilidad, no quería comprometerse con nadie. Tenía veintitrés años y sus estudios de administración de empresas iban mejor que nunca, pero no hallaba el amor. Había salido incluso con profesores, siempre con hombres mayores que ella, aunque no encontraba lo que buscaba.

Al salir de vacaciones, decidió viajar a las playas de Trujillo, donde se broncearía como tanto le gustaba y además conocería gente nueva. Pero al encontrarse bailando alegremente en una discoteca, sintió que unos ojos dulces la miraban con atención, unos ojos azules que hacían juego con un cabello cano platinado que brillaba con las luces de la noche. No pudo resistir conocer a aquel hombre que le parecía apuesto e interesante y se acercó a la barra donde él se encontraba bebiendo una cerveza.

Luego de presentarse y compartir algunas cervezas, Soledad invitó a Agustín a bailar. Ella no dejó de mirarlo, mientras se dejaba abrazar por la cintura. Esta vez, sentía una inmensa emoción que no había experimentado antes, disfrutaba de la mirada lujuriosa sobre su cuerpo que aquel hombre, mayor que todos los anteriores que habían pasado por su vida, le regalaba.

El poder de la atracción no se frena con el raciocinio, desbarata todo aquello que se dice creer y anhelar.

Aquel nuevo hombre le prestaría muchas más atenciones que los de su pasado. Se preocupaba por sus estudios y por verla progresar. Comenzaron a salir y no le ocultó que tenía un sólido matrimonio e hijos realizados, incluso le explicó que su esposa era una gran mujer a la que jamás abandonaría aunque ya no la amara.

Soledad comenzó una relación clandestina con Agustín sin importar que fuera treinta años mayor que ella. A diferencia de sus otras aventuras, comenzó a sentir algo diferente: se angustiaba cuando no la llamaba, lo extrañaba y, al verlo, se emocionaba sobremanera. Esta vez se había enamorado. Nunca antes pensó en luchar por el cariño de un hombre atado, pero ahora lo había decidido: enamoraría a Agustín con la esperanza de que hiciera una nueva vida con ella.

El amor es el impulso que desata las mayores osadías, y también las mayores obsesiones.

Cuando se encontraban, las horas se pasaban entre conversaciones divertidas. Soledad admiraba la inteligencia de Agustín, porque siempre sabía cómo hacer bien las cosas y tenía un fino sentido del humor. No era posesivo como el resto y estaba siempre pendiente del bienestar de su familia. Ella era fiel, no necesitaba a nadie más, pero en algunas ocasiones Agustín le decía: “Solcito, pronto me vas a dejar de querer. Soy un viejo para ti. Tus amigos son ‘cueros’, como dices. Ya te olvidarás de mí”.

“No seas acomplejado. Yo te quiero de verdad y lo que más me gusta de ti es eso, que seas mayor que yo, pero no me crees. Con ningún hombre me he sentido tan feliz como contigo. Pasaría mi vida entera a tu lado si lo decides”, contestaba Soledad.

Pronto, la pareja alquiló un departamento. Soledad se mudó, tras una fuerte discusión con sus padres quienes, ante su decisión, quedaron devastados.

NO PODRÁS DEJARME

Los amantes llevaban saliendo cerca de un año. Agustín la consentía hasta en sus mínimos caprichos. No podía dejarla; lo hacía sentir vivo y rejuvenecido. Discutían como cualquier pareja pero él comenzó a desconfiar de su lealtad porque cuando se enojaba la sabía vengativa. Soledad le pedía que dejara a su esposa, pero Agustín no tenía valor para hacerlo. Se creía muy viejo para tomar una decisión así y dudaba de que el cariño de su amante fuera constante.

Volver a empezar significa correr un riesgo, despojarse de los miedos, de los prejuicios. Tener agallas.

En algunas ocasiones, la ira y la frustración de Soledad eran tan grandes al ver que cada noche Agustín volvía a su hogar que, para evadir el dolor, buscaba a sus amigos y salía a divertirse. Buscaba desatar los celos de su amante y lo lograba. Incluso, este llegaba a llorar frente a ella para que no lo dejara por otro. Le mentía pidién-dole plazos para dejar su casa, pero el tiempo transcurría y

nada cambiaba. Como última medida de presión, Soledad planificó embarazarse y lo logró. Creía que con ello el deseo de Agustín por protegerla sería ilimitado, que lo dejaría todo por ella sin importar el escándalo.

Cuando Soledad le comunicó a su amante que estaba embarazada, Agustín se enfadó.

“Lo has planeado, ¿verdad?! Habíamos hablado de que eso no debía pasar. Ahora tendrás que conseguir un médico porque sabes que no podemos tener un hijo, lo sabes”, le dijo.

“¿Estás loco? Si no quieres al bebito no es mi problema. Yo sí lo quiero tener. Es mi hijo y no lo voy a abortar. ¡Ahora lárgate de mi vista porque no quiero verte más, eres un cobarde, me has desilusionado!”, le respondió Soledad indignada y dolida.

El rencor y rabia que aquella noche sintió Soledad, la sumieron en un llanto prolongado. Sus planes no habían salido como lo esperaba. Amaba a un hombre que no tenía la determinación para cambiar de vida. Ahora, su gestación solo le aseguraría recibir una fuerte cantidad de dinero.

Después de una semana de no querer ver a su amante, Soledad decidió conversar con él. Lo miraba con desprecio.

“Como te comenté, tendré a mi hijo. No te preocupes, para no causarte problemas tú no lo reconocerás. Solo me darás el dinero que corresponda para lo que necesite mi bebé. Tú me decías que me amabas y no es cierto, eres un cobarde como todos los hombres y por eso, de ahora en adelante, no nos veremos más, me enviarás el dinero y yo continuaré con mi vida”, le dijo con firmeza.

A menudo, los actos de manipulación que aplica una mujer para retener a un hombre, afianzan la separación. Y es que el amor es libre, atarlo es acto de ilusos.

Agustín se desesperó ante las amenazas de la mujer más joven que había amado.

No quería dejar de verla. Aquello lo deprimía. No sabía cómo enfrentar el rencor que ella sentía. Sabía que era vengativa y que, al nacer el niño, conseguiría otro hombre para reemplazarlo. Sin embargo, luego de reflexionar, halló en aquel hijo una forma de permanecer siempre cerca de ella y también una herramienta para presionarla a no dejarlo.

Durante los primeros meses de gestación, Soledad se hallaba más sensible que nunca. Las náuseas y el deseo de dormir constantemente la abatían. Se encerraba en su habitación a llorar por largas horas. Sentía que no quería separarse de Agustín, que lo amaba a pesar de que jamás la tomaría por esposa. No estaba acostumbrada a perder lo que más quería.

TE VOY A OLVIDAR

Soledad tuvo una linda niña de ojos claros, pero el instinto maternal no había aflorado en ella. De inmediato, solicitó que Agustín le contratara una nana y, apenas salió del descanso, volvió a sus estudios. Además, ingresó al gimnasio para recuperar su esbeltez y el trato con el padre de su hija se volvió cada vez más hosco.

Sin que Agustín lo supiese, Soledad salía los fines de semana con nuevos pretendientes, pero no lograba enamorarse porque no borraba de su corazón a Agustín.

“Todos los hombres que conozco son medio imbéciles. Estoy jodida. No me atrae ninguno. Realmente, al único que quiero y voy a querer en esta vida es al padre de mi hija. No existe hombre más bueno e inteligente que él. Aunque no quiera divorciarse, siempre me protege. Yo lo trato mal y el pobre siempre vuelve. No puedo controlarme y, cada vez que lo veo, terminamos haciendo el amor. Así no puedo seguir”, le dijo a su amiga Tania en alguna ocasión.

Sin embargo, con la esperanza de rehacer su vida, poco tiempo después, Soledad dio inicio a una nueva relación con un arquitecto divorciado de cuarenta y tres años, llamado Arturo. Cuando Agustín lo supo, no pudo resistir su ira y quiso vengarse de Soledad disminuyéndole el dinero que le daba de pensión, ahora solo le brindaba lo necesario para los gastos de la pequeña Renata y la llamaba sin cesar para intentar controlar sus pasos.

Soledad trabajaba como asistente en un nido, pero el nivel de vida que llevaba se debía al dinero que le daba Agustín. Al sentirse frustrada se desquitaba permitiendo que su nueva pareja la visitara a altas horas de la noche en aquel departamento que el padre de su hija pagaba.

El descaro vive en quienes evaden la voz de la conciencia y desconocen la cordura.

Sus lujos y confort se terminaron cuando Agustín descubrió cómo eran las noches de la mujer que ahora lo atormentaba y, con excusas, le dijo que no podía pagar más el alquiler del departamento y la instó a volver a casa de sus padres. Soledad sabía que aquello era mentira y era la manera que usaba Agustín para manipularla y cerrarle los caminos con otros hombres, pero no protestó y, sumisamente, volvió a casa de sus padres.

Agustín notó que Soledad se estaba alejando de él. No sabía qué otros pretextos utilizar para verla, seguía amándola y cuando se enteraba de que los fines de semana salía con otros hombres, su presión arterial se elevaba y hasta caía en cama con depresión. Al no poder más con el peso de su conciencia, Agustín le contó a su esposa e hijos que tenía una niña llamada Renata. Todos lo juzgaron y criticaron. Su esposa le pidió que se fuese de la casa por unas semanas para que la dejara pensar.

Decir la verdad libera, apacigua la culpa y también hace menos corta la condena.

Josefina, la conservadora esposa de Agustín, terminó por perdonar la infidelidad de su esposo, no estaba dispuesta a perder todo lo cons-truido por más de veinte años de matrimonio y menos dar un espectáculo ante sus amigos y familiares. Prefirió callar y soportar. No tenía ganas de discutir con su esposo, andaba triste y con jaquecas constantes, pero evitaba enterarse de más detalles. Le atormentaba el hecho de que su esposo tuviera una bebé siendo tan mayor.

SIEMPRE VUELVO A TI

Cuando Soledad atravesaba problemas laborales o de cualquier tipo en casa solo confiaba en Agustín. El tiempo iba pasando, la niña tenía ya cuatro años y Soledad veía envejecer al hombre que aún amaba.

Algunas veces, le pedía salir juntos a pasear con la niña y se sentía como su esposa, le daba orgullo caminar de su brazo y Agustín se lo permitía porque la adoraba como desde el primer día, pero la mirada condenatoria de su esposa e hijos, si rompía su matrimonio, era algo que no tenía fuerzas para soportar.

Algunos optan por el sacrificio estéril de vivir con quienes no aman antes de cargar con sus miradas condenatorias.

Agustín ha renovado la ayuda económica para la madre de su pequeña Renata, le paga viajes y fines de semana en la playa con su familia. Paga su culpa de no poder ser su esposo con regalos excesivos, está pendiente de los mínimos detalles que Soledad necesita. Ahora, lucha por convertirla en empresaria, la entrena en el mundo de las finanzas y prepara el negocio de exportaciones al que ella se dedicará.

Soledad parece haberse resignado a su suerte, no logra enamorarse otra vez. Sigue siendo la amante de Agustín y, cuando no lo tiene, busca aplacar su pena con las caricias y halagos de otros, pero siempre vuelve a fijar su mirada en los ojos de ese hombre mayor que, dice, amará por siempre.

8

Mujeres que deciden estar solas

Después de algunas decepciones, estas mujeres han decidido no volver a tener una relación formal, han dejado de creer y apostar por el amor y les cuesta entregarse, comprometerse y esforzarse por mantener una pareja a su lado. No le temen a la soledad, se nutren de otras vivencias.

No todas las mujeres que desean amar y ser amadas lo logran. Algunas culpan a sus genes, que las hicieron nacer poco atractivas, otras a la mala suerte y un mínimo grupo admite que carece de esa energía especial que debe brotar por los poros para agradar.

Hoy, algunas permanecen en la lucha de hallar pareja, otras deciden resignarse, se agotan y optan por el cobijo familiar. Lo cierto es que sea cual fuese el caso, la soledad inmerecida se torna una condena, como una jugarreta del destino que deja el alma en una constante melancolía.

Sigo sola

La inquietud, el pesar, un cuidado extremo en el vestido,

la avidez, la pereza y la justicia;

tales son los desórdenes que acompañan de continuo al amor.

Plauto

LA NIÑA QUE NADIE VE

Perla nació dentro de una familia trabajadora. Desde muy chica asumió responsabilidades que la convirtieron en metódica y reservada. Tenía las mejores notas en el colegio y era sencilla en su arreglo. No era muy dada a las muñecas, pero sí le gustaba escuchar historias y cuentos que su madre le narraba, y soñar. Si bien no era desagradable, cuando acudía a celebrar el cumpleaños de alguna amiguita y su madre la vestía con esmero, no era muy vista ni halagada, pasaba desapercibida.

El miedo a no ser aceptado se impregna en el cuerpo, torna en invisible lo visible, oculta la belleza.

Su hermana Gloria era coqueta y risueña, llamaba la atención donde iba. Sus rizos castaños eran acariciados por todos, al verla pasar le decían: “Qué rica niña, es linda”, pero esas frases no fueron jamás para Perla, quien sentía que a ella no la admiraba nadie, aunque llevara un traje hermoso.

Perla culminó el colegio en el primer lugar del cuadro de méritos y con la mayor

estima de sus profesores. Decidió estudiar gastronomía, porque siempre le encantó cocinar y soñaba con abrir un restaurante o embarcarse en un crucero y viajar por el mundo trabajando.

TODAS TIENEN NOVIO, MENOS YO

Mientras cursaba estudios superiores, Perla escuchaba cómo sus amigas contaban entusiasmadas las salidas los fines de semana con sus enamorados o sus invitaciones a salir. Ella no tenía muchos amigos e intentaba acoplarse al grupo, acudía a las discotecas cuando sus amigas la animaban y, si bien sus compañeros de clase la sacaban a bailar, ninguno la pretendía. Al llegar a casa se miraba al espejo, intentaba descubrir qué aspecto de ella podía no gustarle a los demás. Era delgada y de cabellos ondulados, ojos marrones y piel canela, no se sentía fea, pero se martirizaba pensando por qué los chicos no la invitaban a salir. Algunas veces tenía que lidiar con las bromas pesadas de alguna amiga que, irónicamente, le decía: “Pucha, Perlita, en esta fiesta mínimo chápate un chico, ¿no?”. Perla sorteaba las bromas con astucia, no se dejaba amedrentar aunque, por dentro, la hacían sentir aún más insegura.

La crítica mordaz de los amigos es la lanza que afianza ese mal llamado baja autoestima.

Una noche, Perla se puso un atuendo muy coqueto y sensual: blusa escotada, minifalda y tacones; deberían ser suficiente para que algún muchacho la invitara a salir. Así fue. En una discoteca plagada de jovencitos, licor barato y música estruendosa, Luis, estudiante de derecho, de veinticuatro años, se acercó a ella entrado en copas. La sacó a bailar, le preguntó su nombre y estuvieron de canción en canción muy pegados en la pista, hasta que el experimentado chico la besó repetidas veces y Perla le correspondió, luego le pidió su número de teléfono. Aquel día Perla no pudo dormir de la emoción, sus amigos del instituto la habían visto en los brazos del extraño toda la noche y ahora se sentía el centro de atención.

Esperó ansiosa la llamada de Luis, que jamás llegó. Intentó comunicarse con él, pero resultó mala idea. Luis le dijo que no podía verla porque estaba muy ocupado, la evadía y cuando reconocía su número apagaba el celular. Volvió a su realidad, estaba sola.

Después de ese episodio Perla se concentró en su carrera. Dejó de ir a las discotecas y consiguió un trabajo de medio tiempo en un restaurante. Estaba feliz con el trato que le daban sus jefes, y por el hecho de tener contacto con un público de buen nivel hizo más amigos, pero ocurría lo de siempre, terminaba siendo la amiga que escucha a los demás y daba consejos, pero a la que los hombres no invitaban a salir.

El atractivo que no se cultiva se esconde entre las sombras y lo cotidiano, aplasta la ilusión.

JAMÁS ME MIRARÁS

Cuando estaba por cumplir un año en el restaurante, Perla conoció a Edmundo, quien fue contratado para administrar el negocio. Desde que lo vio, se sintió atraída por él, lo hallaba interesante y educado; era muy amable con el personal, pero en especial con ella.

Edmundo era soltero, tenía veintiocho años y acababa de romper con su enamorada definitivamente. Llamaba la atención de las chicas del restaurante, provocando el coqueteo de algunas, él les seguía el juego como todo un conquistador. Pronto se hizo muy amigo de Perla, le inspiraba confianza absoluta y le contaba de sus aventuras los fines de semana, mientras que ella al escucharlo se moría de impotencia y dolor. Todas las tardes su motivación de vida era verlo, recibir sus bromas y gestos amables.

Las migajas de cariño son el consuelo cruel para quienes el amor resulta esquivo e imposible.

El apego que Perla había desarrollado por Edmundo le impedía socializar más. Cada vez salía menos con sus amigas, prefería estar en casa los fines de semana descansando, sentía que solo podía amarlo a él. Le había confesado sus sentimientos a su amiga Elizabeth, que estaba de novia y al verla en esa situación le decía: “Estás mal. Él te quiere solo como una amiga, eres su confidente, te cuenta todos sus vacilones y de las tipas con las que se acuesta. ¿Qué miércoles esperas de él? Razona, lo ves a diario desde hace meses y él jamás te ha mirado con otro interés, acéptalo. Tienes que salir más. Arréglate, eres joven y pareces de cincuenta. Si no conoces a más chicos es por tu culpa”.

Su madre se preocupaba al verla sin deseos de salir. Siempre metida en casa, viendo televisión o usando la computadora. Notaba que ningún chico la pretendía y pensaba que su hija necesitaba cambiar de ambiente, la animaba para irse a trabajar al extranjero, pero Perla solo la escuchaba.

Mientras la fijación que Perla tenía por Edmundo le arrancaba más días a su vida, este pasó a tener enamorada formal, hecho que la entristeció y acabó sumiéndola en una profunda depresión. Le costaba asumir que jamás tendría una oportunidad con él y, al no tolerar ver a la pareja en el restaurante, optó por cambiar empleo. Dio la versión de que buscaba progresar y que necesitaba un cambio. Tuvo una emotiva despedida organizada por sus compañeros y se alejó por completo de todos.

TOMA LO QUE VENGA

Las tías de Perla, preocupadas por su larga soltería, organizaban reuniones a las que invitaban hombres solteros para intentar que conociese alguno que llamara su atención. Algunas veces Perla se sentía atraída por uno, pero no era correspondida, otras no le gustaba nadie y terminaba por enojarse con sus tías y decirles que dejaran de meterse en su vida.

En una ocasión, una de sus tías le armó una cita con un empresario, pero Perla lo dejó plantado, aquel hombre no le gustaba en lo absoluto, lo veía muy viejo y tomó la decisión de mejorar su aspecto. Juntó dinero y se colocó implantes de senos, se sometió a tratamientos faciales y volvió a salir con sus amigas.

El real atractivo no solo está en el cuerpo, está en la seguridad de sentirse valioso y único.

Volver a las discotecas no fue fácil para Perla, no se hallaba. El ruido la incomodaba más que antes y se le acercaban tipos frívolos y desubicados, sin proyectos de vida interesantes. Halló dos o tres aventuras que desaparecieron sin un adiós, sin un por qué, haciéndola pensar que alguna extraña maldición le impedía ser amada.

Nuevamente, el trabajo fue su refugio cuando se sentía en descontrol, cuando la amargura se apoderaba de su estado de ánimo. No soportaba saber que sus amigas se iban casando o que las que estaban sin novio, como ella, ya tenían uno siendo menos guapas y menos inteligentes. En su desesperación se inscribió en páginas virtuales donde se buscan parejas, pasaba las noches chateando con extranjeros o con hombres que, la mayoría de las veces, solo querían aventuras.

Paralelamente, Perla fue ascendida en el trabajo, hecho que llenó de dicha a sus padres, pero no lograba administrar bien su dinero, sus tarjetas de crédito estaban al tope de deudas porque no controlaba sus gastos en ropa, accesorios y peluquería. Gran parte de su sueldo se iba en liquidar deudas y adquirir nuevas. Su arreglo personal era ahora una obsesión, pero aun así el amor le era esquivo.

VIAJES Y ALGO MÁS

Las ilusiones de hallar pareja se iban agotando y, por sugerencia de su madre, Perla decidió viajar a Estados Unidos para mejorar su inglés y de paso hacer nuevos amigos. Allí, todo le pareció majestuoso. Fue bien recibida por amigas latinas que había hecho virtualmente y, en sus clases, conoció chicos de varios países con los que se divertía los fines de semana.

Pronto volvieron las aventuras, pero esta vez se sentía deseada. Un americano de treinta y siete años enloqueció por ella y le propuso matrimonio súbitamente, aunque Perla no sentía amor por él, porque le parecía alocado y poco instruido.

En cambio, puso los ojos en un argentino llamado Nicolás, con quien pasó noches de pasión que la marcaron, pero aquel hombre de ojos claros jamás se enamoró de ella, pronto pasó a convivir con una americana a la que conoció poco después.

Quien no se ama a sí mismo suele no ser amado, el miedo y la ansiedad espantan y alejan lo que debe nacer en libertad.

Perla viajó con la esperanza de hallar el amor y, sin embargo, solo consiguió que su frustración e inseguridad aumentaran. Necesitaba a su familia, llorar a solas su mala suerte y encerrarse como siempre. Tomó sus maletas sin culminar el curso y regresó al país luego de cuatro meses. Su familia quedó sorprendida, su tristeza era evidente, pero no quiso darles explicaciones y volvió al trabajo.

Mantuvo contacto virtual con amigos que hizo en Estados Unidos pero, poco a poco, fue dejándolos de lado, ya no tenía ánimo de reír ni podía fingir que era una soltera feliz. El amor que no podía dar ni recibir fue reemplazado por los dos perros pequineses que adquirió. Con ellos reía, a ellos abrazaba y besaba, ellos no la herían ni abandonaban como los hombres.

Algunas amigas solteras se conformaban con ser amantes de hombres que jamás romperían sus matrimonios, pero Perla no era partidaria de ese estilo de vida, ser la otra era algo que no podría manejar y prefería seguir sola, sin buscar y sin luchar. El tiempo del amor se le iba de la carne y del alma, veía a sus hermanos criar hijos y volcaba todo su instinto maternal en los dos sobrinos que la llenaban de alegría.

La necesidad de amar es inevitable y algunos logran reemplazar el amor con la ternura que regalan los niños. Ellos no saben herir.

NO CREO EN EL AMOR

Las malas experiencias sentimentales de Perla la volvieron incrédula y desconfiada. Ahora les hallaba defectos a todos los hombres, le parecían infieles o canallas, decía que ya no los necesitaba, que vivía mejor sin ellos. Sus padres terminaron por resignarse y pensar que su hija no estaba preparada para el matrimonio por lo exigente que era.

Los gastos de Perla se redujeron y se dedicó a ahorrar. Adquirió un moderno departamento y un auto del año, y aunque los hombres ahora la miraban diferente, ella se había cansado de ellos. A pesar de conocerlos y salir algunas veces, dejaba de contestarles el teléfono, era como si a sus cuarenta años hubiese muerto su capacidad de amar. Cuando notaba que algún hombre se interesaba en serio por ella, huía despavorida de su alcance e inventaba tener un novio. Nadie lo entendía, perdía oportunidades de formar una familia, Perla siempre tenía una excusa perfecta para dejar de intentarlo.

Su madre le decía que no entendía para qué adquiría propiedades y cosas costosas si no tenía con quién compartirlas. Perla disfrutaba haciendo reuniones con sus amigas del trabajo o de la infancia, veía películas casi todos los viernes hasta la madrugada, se levantaba temprano y salía a correr o a pasear a sus perros, todo estaba muy organizado, y si su lecho le parecía vacío, el dolor permanecía anestesiado por la rutina y dormía sin pensar más en ello.

La costumbre mata los sueños, la esperanza y la vitalidad.

Los domingos se dedicaba por completo a sus padres, los sacaba a comer y pasear, verlos felices la llenaba de alegría, pero su madre, al ir envejeciendo, temía que su hija se quedara sola. Perla la consolaba comentándole que lo que había adquirido sería para sus ahijados.

En alguna reuniones nocturnas en su departamento con sus mejores amigas, se enfrascaba en largas conversaciones donde uno de los puntos centrales solía ser el manejo de la soledad. Cuando sus amigas le preguntaban: “¿No sientes que necesitas una pareja?”. Ella respondía que a esas alturas de su vida, ya no. Se había dado cuenta de que la mayoría de hombres son complicados, no saben querer bien y si son buenos eligen a la mujer más loca del mundo, esa que los hiere y manda como su mamá. Si son mentirosos o altaneros, ser mujeriegos es

casi un oficio y una debe esperar como idiota a que maduren y te respeten. Había invertido años y esfuerzo en conseguir una relación normal. Ya no tenía eso en mente y le encantaba su soledad, al menos, sola nadie podía traicionarla ni tratar de manejarla.

LLEGAS TARDE

Perla continuaba con su labor administrativa en una cadena de restaurantes de Lima y conoció a Humberto, arquitecto divorciado y, al igual que ella, desilusionado del amor. Hicieron pronta química y amistad. Se contaban sus tragedias afectivas, Humberto se sentía muy atraído por ella y, entre bromas y copas, la colmaba de atenciones buscando seducirla.

Sentía que este hombre de gran sentido del humor la halagaba y le levantaba el ego. Por un tiempo, cedió a ser conquistada. Su compañía y cariño desinteresados la sorprendían, pero nunca imaginó que Humberto tenía intenciones más serias con ella. Cuando se lo dijo, Perla no lo creía, su amigo había sido un conquistador por años, evasivo a sentar cabeza con una sola mujer, no comprendía por qué quería hacerlo con ella, lo atribuía a un entusiasmo repentino.

Su primera respuesta para salir del paso fue: “Ay, Humberto, me dejas sin palabras, creo que nos conocemos poco, sigamos saliendo y viendo cómo nos va, ¿no? Para qué enseriarnos si ninguno de los dos tiene apuro, prefiero que esperemos un poco antes de decir cosas que quizá solo son fruto de lo bien que la pasamos”.

El fracaso del ayer deja como secuela el miedo, ese que paraliza y anula el coraje.

Humberto insistió por un tiempo más en querer una relación formal con Perla, pero ella le dijo que no se sentía enamorada ni preparada, y se alejó de él para no dañarlo. Volvió a su soledad, esa que es hasta hoy su morada para no ser herida

ni atacada. Ahora cree que es tarde para el amor, llegó tarde, cuando se le fueron las ganas de dar y luchar, cuando el dolor le robó la voluntad.

9

Mujeres que buscan salvar

Son las que necesitan ayudar a su hombre a ser mejor, cuidarlo y rescatarlo de algún peligro. Deciden, para ello, amarlo incondicionalmente por vocación natural o por aprendizaje ya que es lo que estas mujeres vieron en su madre o tutora.

Amar sin esperar, figura como la forma más sublime y excelsa cuando se decide asumir una relación. Dar sin medida resulta una necesidad para quienes llevan impregnado en el espíritu el deseo de entregar lo mejor de sí. El camino para las mujeres que se embarcan en semejante travesía suele ser espinoso, y es que no todos los hombres creen poder recibir tanto, ni merecerlo.

Pasa el tiempo y quien lo dio todo se queda en el mutismo y vacío de su desilusión, porque nadie enseña a llevar un escudo para evadir el dolor inmerecido y mucho menos si es de amor.

Te salvaré

Es posible dar sin amar, pero es imposible amar sin dar.

Richard Braunstien

NIÑA DE UN SOLO AMOR

Leonor fue desde que nació la alegría y orgullo de sus padres, de modales delicados y algo introvertida, jamás tuvo problemas de conducta ni de responsabilidad en los estudios. Era obediente y discreta, la engreída de su papá y de su hermano mayor. Al culminar el colegio, llamaba la atención de los chicos que al ver su linda figura y rostro amable querían acercarse con otras intenciones. Desde que tenía catorce años, su vecino la observaba diariamente, buscaba verla pasar, pero no se atrevía a hablarle. Se trataba de un chico de diecisiete años llamado Alfonso, y poco a poco su interés fue emocionando a Leonor, que se sonrojaba al sentirse vigilada.

La emoción del primer amor remueve la sangre, aturde los sentidos, se apodera de la mente.

Leonor ingresó a la universidad apenas culminó el colegio. Decidió estudiar administración de empresas y pronto hizo un grupo de amigos peculiar y divertido. Era muy risueña, entusiasta y disfrutaba de sus clases. No se perdía las reuniones ni mucho menos dejaba de ir a las sesiones de amanecida para hacer trabajos en equipo, si con ello lograba mantener un promedio elevado.

Pese a que algunos chicos la cortejaban, Leonor solo pensaba en su vecino, que al enterarse de que era universitaria, comenzó a saludarla. Algunas veces se

ofrecía a acompañarla al paradero cuando iba a sus clases y otras la ayudaba a pasear a sus perros. A pesar de su timidez, Alfonso le dijo a Leonor que la quería, que había esperado verla crecer para decírselo y le pidió ser su enamorado. Leonor aceptó feliz e ilusionada, nunca había tenido enamorado y mucho menos uno que estudiaba para ser policía.

Leonor fue la primera de sus amigas en tener pareja y sus padres no se opusieron porque conocían a Alfonso desde chico, les parecía tranquilo y respetuoso; solo tenían reparos por su madre, siempre parecía estar enojada y era poco amable, y temían que no aceptase a su hija. En efecto, desde que la señora Brígida se enteró de que su hijo predilecto andaba en amores con la vecinita, enfureció y le pidió nunca meterla a su casa.

El primer año de relación con Alfonso fue maravilloso para Leonor. Se sentía protegida y amada. Él la recogía todos los días de la universidad, la ayudaba en lo que podía y era muy cariñoso. Ella, a pesar de no comprender por qué la madre de su enamorado no quería verla, prefería ignorar el asunto y pensar que se trataba de celos maternos que pasarían con el tiempo.

La cizaña de una suegra puede ser como la mina, que explota para derrumbar todo lo edificado.

ESOS AMIGOS VULGARES

La mayoría de discusiones entre la pareja era por la fuerte afición por jugar fútbol que tenía Alfonso. Luego de largas jornadas deportivas terminaba bebiendo con sus amigos y dejaba de lado algunas obligaciones en sus estudios. Aquella actitud enojaba mucho a Leonor porque tenía un alto sentido de responsabilidad y porque ver ebrio a su enamorado la llenaba de vergüenza y rabia.

Alfonso tenía la pésima costumbre de mentirle en cosas tontas, le ocultaba que vería a sus amigos por miedo a que su enojo fuera definitivo, pero siempre era descubierto. Leonor notaba que muchos de los chicos con los que Alfonso jugaba fútbol eran mujeriegos e infieles. Llegaba a pensar que se encargarían de

presentarle mujeres y, en estado etílico, su enamorado podría engañarla.

Los amigos necios buscan arrastrar a quienes los rodean hacia su forma de vida, hacia su incapacidad de tener coraje.

Leonor avanzaba sus estudios con un rendimiento ejemplar, mien-tras Alfonso padecía con su carrera. Tras tumbos y enredos logró graduarse en la policía. Pronto ingresó, gracias a la ayuda de un familiar, al área administrativa de la institución y disminuyó sus salidas y juergas, puesto que Leonor había roto la relación en dos oportunidades y Alfonso sabía que no le perdonaría más errores.

Ella tenía pretendientes en la universidad y sus amigas insistían en que su enamorado no les gustaba, que merecía a un chico más preparado y responsable.

“Alfonso tiene sus defectos, como todos, pero nos amamos y lucharemos juntos por mejorar. No lo quiero dejar”, contestaba Leonor.

Sin embargo, ocultaba los miedos que la abatían. Luego de casi cinco años de estar juntos, Alfonso progresaba poco, no era muy sociable y las peleas con su madre lo deprimían durante días.

QUIERO SER NOVIA

Leonor culminó su carrera de administración y, debido a sus excelentes calificaciones, ingresó a una institución pública para realizar sus prácticas. Ahorraba el poco dinero que ganaba y con ello logró titularse antes que muchos compañeros, al mismo tiempo alentaba a Alfonso para que estudiara más cosas y poder escalar.

Primero, le propuso estudiar juntos inglés, pero Alfonso solo asistió a cuatro clases y terminó abandonando el curso. Leonor tenía largas conversaciones con él acerca de su actitud, no lograba comprender su poco deseo de mejorar si de ello dependía tener un mejor futuro y opciones de ascenso, lo que causaba el

enojo de Alfonso que decía que ella quería imponerle actividades como si fuese su madre. Pero Leonor no lo veía así, su mayor motivación era salir adelante juntos.

Intentar cambiar a alguien es una ilusión y un absurdo que se persigue cuando no se quiere aceptar la realidad.

Leonor soñaba con juntar dinero para casarse, pero Alfonso ganaba poco y muchas veces no tenía un control juicioso sobre los gastos que hacía. A veces, se pasaba largos turnos trabajando, por lo que solía sentir cansancio y sueño excesivo. La pareja se entretenía únicamente viendo videos o almorzando en casa de Leonor, que veía pasar los días y meses en una rutina que la agobiaba.

Los novios de las amigas de Leonor iban escalando posiciones, tenían empleos prometedores y organizaban fiestas para celebrar sus compromisos de matrimonio. Ella no podía avanzar en nada y Alfonso parecía no preocuparse, insistía en salir con sus amigos a beber y a jugar fútbol sin que ella lo supiese.

Leonor se había acostumbrado a que Alfonso nunca tuviese dinero para salir y ella era quien muchas veces pagaba la cuenta cuando iban al cine o a cenar. Aquello no le molestaba, pensaba que cuando él podía era generoso. Su madre lo notaba y comenzó a decirle: “Hija, gastas tu dinero y Alfonso no avanza. Yo no veo que ese chico haga esfuerzos por casarse contigo. Debería estudiar algo más, con ese sueldo de policía ustedes jamás podrán aspirar a algo mejor”. Leonor guardaba silencio, le dolía mucho lo que su madre le decía, solo atinaba a mover la cabeza y decir: “Ten paciencia, mamá, es bueno y poco a poco mejorará”.

El amor incondicional todo lo excusa, la esperanza es su faro para caminar sorteando lo oscuro.

Al ver que Leonor iba cambiando de amigos, Alfonso se volvía más retraído, se ponía celoso y no quería que ella fuera a fiestas y mucho menos acompañarla,

era como si sintiera vergüenza de no estar a la altura de esos profesionales.

LA BODA SORPRESA

Luego de ocho años de relación, Alfonso consiguió un segundo empleo como guardaespaldas de un ministro y Leonor ascendió de puesto en su trabajo. La pareja decidió juntar dinero para casarse, pero la madre de Alfonso soltó su lista implacable de argumentos para oponerse: “Así que van a casarse. Dime, Leo, ¿tú sabes cocinar y plan-char? Mi hijo está acostumbrado a que lo atiendan. ¿o les alcanza para tener una empleada?”, les dijo Brígida en tono sarcástico.

“Señora, yo sé hacer de todo, pero ese tema lo organizaremos su hijo y yo”, respondió Leonor.

“No, pues, muchacha. Si una mujer se casa es para atender a su marido. Tú trabajas y está bien, pero no puedes descuidar a mi hijo”, replicó la madre.

Alfonso se avergonzaba de su madre, la hacía callar. No comprendía por qué le tenía tanta antipatía a su novia. Sin embargo, Manuel, su padre, lo apoyaba y adoraba a Leonor. Muchas veces Manuel discutía con su esposa por defender a su futura nuera. Leonor pasaba malos ratos cada vez que la mujer de cabellos rojizos y mirada de desprecio la observaba, quizás envidiaba la forma en que su hijo la trataba, lo emprendedora que era y el carisma que irradiaba.

La envidia nace de la amargura de saberse débil y sin luz, de no soportar el brillo de alguien.

Los padres de Leonor y sus mejores amigas decidieron apoyarla en todo. No confiaban mucho en Alfonso, pero se habían acostumbrado a su buen humor y calidez, era el alma de las fiestas. Luego de una emotiva petición de mano, la boda se pactó para un año después. Los meses pasaron pronto y a Leonor no se le escapaba ningún detalle.

La boda se realizó en una iglesia hermosa y cálida. Aquella noche, más de trescientos invitados acudieron a la ceremonia. Ella llegó más radiante que nunca del brazo de su padre, quien con mucha emoción y cierta melancolía la entregó en brazos de Alfonso. El novio estaba muy nervioso, pálido, parecía asustado y seguía el ritual como ausente, quizá temía asumir un nuevo estilo de vida, quizá por su mente pasaba la duda acerca de su capacidad para hacer feliz a Leonor.

La pareja no tenía dinero para alquilar un departamento y los padres de Leonor les ofrecieron quedarse a vivir con ellos. La casa era grande, el único detalle era que su suegra seguía siendo su vecina y desde su casa andaba pendiente de todos los movimientos de la pareja. Jamás aceptaría a su nuera como tal, jamás la querría y mucho menos la apoyaría.

ELLA LLEVA LOS PANTALONES

Leonor se encargó de organizar su vida de casada lo mejor que pudo. Se preocupaba mucho de que su esposo fuera arreglado a trabajar. Le ordenaba la ropa y se la planchaba. Alfonso cocinaba los fines de semana, tenía buena sazón. Los primeros años se llevaban muy bien, se habían unido más que nunca, pero Alfonso no dejaba de lado los amigos del ayer, que ahora eran más desgraciados en sus vidas y lo buscaban para sacarle dinero, hecho que llenaba de ira a su mujer.

Leonor era muy firme en sus decisiones, y pese a seguir queriendo a su esposo se indignaba al ver que aún le mentía tontamente para salir a beber o a charlar con sus amigos. Por otro lado, le angustiaba que no supiera ahorrar y que no luchara por cambiar de empleo o estudiar algo para ascender. Aquellos temas eran motivo de riñas y gritos de Leonor, quien en su impotencia y frustración se iba algunos días a casa de su abuela para calmarse, ocasionando el descontrol y desesperación de su esposo.

El rencor es la herida abierta en el alma que indica que se dejó de confiar, que el amor peligra.

Alfonso hacía esfuerzos por complacerla, pero no era como ella, se cansaba con facilidad y no había sido bueno en los estudios. No cultivaba amistades de mejor nivel porque él tampoco lo tenía. No era ordenado y, aunque cumplía a duras penas con los gastos de la casa, no le quedaba dinero para brindarle mejores cosas a su esposa, no le alcanzaba para ahorrar y mudarse, se había acostumbrado al afecto de sus suegros, en especial al de su suegra, quien le daba ese cariño que su madre no tenía la capacidad de dar.

Todos los objetos de valor y electrodomésticos que había en casa se adquirieron por el esfuerzo y gran manejo del dinero que tenía Leonor. Si bien había cosas que pagaban juntos, otras las adquiría gracias a los pequeños ingresos extra que obtenía con la venta de maquillaje.

Luego de largas discusiones y consejos, Leonor logró animar a su esposo en que se matriculara en la universidad para seguir una carrera y poder aspirar a otras opciones.

MIÉNTEME SI PUEDES

Alfonso ingresó a la universidad privada aprovechando un convenio de su institución, ello le permitía pagar menos. Leonor decidió apoyarlo una vez más y, con esfuerzo, le daba todos los meses la mitad de dinero para cubrir la nueva responsabilidad. Cuando su esposo se quedaba sin dinero para pasajes, ella lo salvaba, y gracias a sus amigas también le conseguía libros y material para estudiar.

El desprendimiento del dinero es un acto generoso que nace en quienes aman sin condición, sin esperar. El recibir amor es el premio.

La madre de Alfonso decía que Leonor era una irresponsable por hacerlo gastar en sus estudios. Pensaba que él los pagaba por completo y aludía que su nuera era impositiva y no lo dejaba descansar tras su arduo trabajo. Leonor la ignoraba por completo, su veneno no la amilanaba, quería tener un hogar sólido y sabía

que si la economía del matrimonio no mejoraba todo era más difícil.

El primer ciclo en la universidad fue tortuoso para Alfonso, le costaba mucho leer y hacer trabajos. Leonor se amanecía con él ayudándolo a estudiar, e incluso llevaba una agenda sobre los temas que debía presentar. En sus ratos libres, le buscaba material para que culminara lo que le pedían investigar. Leonor parecía una madre detrás de su hijo, preocupada por que estudie y saque las mejores notas, pero Alfonso no ponía entusiasmo en la carrera, decía que lo agotaba demasiado.

Al llegar el cuarto ciclo de carrera y el octavo año de matrimonio, Leonor notaba que Alfonso estudiaba menos, decía que le dejaban pocos trabajos porque la carrera se ponía más práctica. Ella no le creía y decidió investigar. Sin que su esposo supiera, acudió a la universidad y se enteró de que debía dinero de las mensualidades y que había reprobado tres cursos. Logró ver a alguno de sus compañero y, para su sorpresa, todos le preguntaron por la salud de su esposo, quien había dicho que por un accidente estaría impedido de caminar unos meses.

Camino a casa, Leonor lloró sin control. No podía imaginar en qué podría haber gastado el dinero que le daba para la universidad. Se sentía defraudada y recordaba las palabras de sus amigas: “Leonor, ese chico es medio vago y conformista. No es para ti, mereces algo mejor”.

Lo esperó despierta y, una vez solos en su dormitorio, le dijo con dureza: “Así que tienes pocos trabajos, ¿no? Me has querido ver la cara de imbécil y sabes que no puedes. No has pagado la universidad, no vas a clases y tus amigos te creen enyesado. Eres una mierda, Alfonso. Te ayudé con fe. Me prometiste estudiar para ascender y así comprarnos un departamento”.

“Es que tenía gastos que hacer y el tiempo no me daba para llegar a clases, pedía muchos permisos en la chamba y tú no lo ibas a entender, pero yo voy a seguir y te voy a devolver tu plata amor, no te enojes así”, contestó Alfonso pálido y titubeante.

“Mi plata no importa, ya no importa. Solo sé que no te daré un sol más y tú pagarás la deuda con la universidad”, sentenció Leonor.

Alfonso vendió algunas cosas y pagó la deuda, mientras que Leonor terminó por perdonarlo como siempre; pero cada vez era más fría con él y no lo miraba como antes, estaba cansada y deprimida sintiendo que le fallaría nuevamente.

La certeza de reconocer que quien se ama es débil para luchar por cultivar el amor, deja la mente confusa, roba la esperanza.

Leonor descubrió además que Alfonso acudía al billar con sus amigos y se había endeudado comprando cosas de marca. Le gustaba aparentar y lucir sus objetos ante sus compañeros de clase.

QUIERO SER MAMÁ

Leonor no tenía valor para romper su matrimonio, quería sacarlo adelante como fuese. Sentía la necesidad de ser madre. Luego de intentarlo por un tiempo supo que algo andaba mal, no salía embarazada y decidió ir al médico para descartar algún problema. En efecto, comenzó la larga travesía de análisis, que solo trajeron como resultado algo doloroso: Leonor tenía complicaciones y solo con un tratamiento de fertilidad podría concebir un bebé, pero era demasiado costoso; nuevamente tendría que luchar y ahorrar sola para ver su sueño hecho realidad.

La fatalidad inmerecida es inexplicable, la llaman prueba de fe. Pocos sobreviven a ella.

La suegra de Leonor tenía un argumento nuevo para descalificarla. Le decía a su hijo que se había casado con una mujer seca, que solo sabía ordenar y ni siquiera podía darle un hijo. Alfonso se enojaba mucho al escucharla y defendía a su esposa, se sentía culpable de lo que le pasaba y a la vez impotente por no tener el dinero para el tratamiento que requería.

Por un tiempo, Leonor continuó visitando médicos en busca de otras opiniones, pero le dijeron lo mismo. A ello se sumó que debía ser operada de los ovarios

para extraerle un mioma que era el causante de su infertilidad.

Los meses pasaron y las discusiones entre Alfonso y Leonor eran cada vez más frecuentes. Leonor era más intolerante ante los errores de su esposo, le reclamaba todo lo malo que hacía y vigilaba que continuara estudiando porque no pensaba tirar su dinero para que él lo gastara en vicios o cosas innecesarias. Al ver que su deseo de ser madre requería de mayores esfuerzos, asumió posponerlo hasta juntar el dinero para el tratamiento.

EL BAILE

Alfonso se quejaba con su madre porque su esposa había cambiado, decía que no soportaba verla renegar todo el tiempo y sentir que controlaba lo que hacía. No se sentía libre, pero en ciertas ocasiones Alfonso provocaba las peleas con Leonor para salir de casa con el pretexto de estar resentido. En esas ocasiones, la suegra de Leonor mentía sobre el paradero de su hijo, decía que dormiría en su casa para ocultar que salía con sus compañeros de universidad.

Las primeras salidas solo fueron para Alfonso relajantes y diver-tidas, pero una noche en que bebió más de la cuenta conoció en un pub a una chica exuberante de diecinueve años llamada Gloria. Luego de bailar con ella cedió a sus coqueteos; terminó besándola sin intentar evitarlo.

La tentación entra por los ojos, pero solo cede ante ella aquel que le abre la puerta y deja detrás la vergüenza.

Alfonso se sintió renovado y feliz. La adolescente lo admiraba y deseaba como su esposa ya no lo hacía. La desilusión ante sus errores hacía que Leonor se negara la mayoría de veces a tener relaciones, y cuando accedía parecía no disfrutarlo. Alfonso sabía que era culpable de ello, pero no hacía nada para que el matrimonio mejorara, resultaba más sencillo evadir todo saliendo a conocer gente nueva.

Leonor era muy perceptiva y desconfiaba de su esposo. Hizo que un amigo llamara a Alfonso, y este le contestó ebrio que estaba en una discoteca porque había peleado con su esposa. De esta manera, Leonor confirmaría sus sospechas de que su suegra apañaba las noches de juerga de su hijo. Harta y aturdida de tanto dolor, llamó a una de sus mejores amigas para contarle lo que pasaba: "Creo que mi marido me engaña. Está raro. Ya le pesqué la salida y lo niega porque la vieja desgraciada de su madre miente también. Me dice que durmió en su casa, pero ya sé que no es así. Quiero saber la verdad. Tengo que seguirlo y si descubro algo esto se termina, no lo voy a soportar".

"Hay una forma veloz de que lo sepas, mira sus correos", le dijo Mariana, su amiga y confidente desde épocas universitarias. Poco tiempo después llegó a acompañarla. Leonor pensó que podía adivinar las claves porque su esposo era de usar las más sencillas. En efecto, luego de tres intentos, Leonor acertó con la clave de su esposo. Era el nombre de su primer perro. Descubrió que Alfonso tenía una cuenta de Hi5 y, al ver todas las cosas que había publicado y la cantidad de chicas que tenía entre sus contactos, enmudeció. En su perfil había puesto que era soltero y había colgado fotos de su infancia. "Se exhibe para ellas", pensó.

De pronto, Leonor leyó el mensaje de una chica llamada Gloria: "Alfonso, eres increíble. La pasé maravilloso anoche. No te pierdas. Gracias por tu casaca, luego te la devuelvo; aunque tus brazos abrigan más rico". Las lágrimas brotaron de los ojos de Leonor. Ella permanecía inmóvil leyendo y releyendo el mensaje en la pantalla. Mariana no sabía cómo consolarla. Fueron a un café y Leonor continuó llorando sin parar. Decía que no podía creerlo, que no sabía cuándo su esposo dejó de respetarla y amarla. No entendía cómo por una mocosa podía echar por la borda todos los años de matrimonio.

No existe argumento para entender y justificar una traición, mucho menos consuelo; con el tiempo, pasa a ser esa cicatriz de la que no se quiere hablar.

Luego de calmarse, Leonor decidió echar a su esposo de casa. No quería verlo ni que durmiera a su lado. Sus padres estaban fuera del país y podía decirle a solas lo que sentía y pensaba. Imprimió lo que halló en Facebook y el mensaje de

Gloria. Al verlo llegar le dijo: “¿Y tu casaca azul?”.

“La olvidé en la oficina. Mañana la traigo”, contestó Alfonso nervioso y evasivo.

Pero Leonor se puso de pie, se le acercó con la mirada más severa que tenía y continuó: “¿Creías que me ibas a poner los cuernos siempre? ¿Soy tan idiota para engañarme durante más tiempo?”.

“otra vez con tus locuras. Déjame en paz”, contestó Alfonso irritado.

“¡Locuras, locuras! Y dime, ¿qué es esto?”, replicó Leonor, lanzán-dole por la cara las hojas impresas, y gritó: “¡Gloria, Gloria es tu vacilón! Eres un maldito. No te quiero más en mi casa ni en mi vida. Que Dios te perdone todas las cosas que me has hecho porque yo no puedo. Hoy mismo te vas. ¡Lárgate de mi casa, lárgate para siempre! Recoge tus cosas y que tu madre, que tanto te adora y apaña tus mentiras, te atienda, que te dé todo lo que necesitas. Eres un pobre fracasado y un poco hombre que no vale nada, ¡nada!”.

Alfonso escuchó con la cabeza gacha, sabía que su esposa tenía razón. No tenía forma de defenderse y casi temblando entró a su dormitorio y sacó algo de ropa.

TU REAL ROSTRO

A los pocos días de lo sucedido, Alfonso salió a caminar por un centro comercial y allí conoció a Sandra, que laboraba en la misma institución policial. Entablaron amistad de inmediato y Alfonso pasó a consolarse en sus brazos. Tan solo tenía una semana de separado.

Una amiga cercana a Leonor vio a Alfonso con la nueva mujer y se lo contó. No podía creerlo, le parecía que le hablaban de otra persona. Acababan de separarse y su esposo ya salía con otra, hecho que la llevó a especular que lo hacía desde mucho tiempo atrás. Decidió seguirlo, averiguar y descubrir quién era la mujer policía con la que Alfonso andaba del brazo. No tardó en verlos juntos y se acercó. Le dijo a Sandra que ella era su esposa, pero que se lo regalaba y abofeteó a Alfonso. Sandra intentó salir huyendo de la escena, pero Leonor la jaló de los cabellos: “¡Eres una puta! ¡Mereces un cerdo como este!”.

Alfonso no se atrevió a decir más; temía las reacciones de su esposa.

La ira de una mujer engañada desata el lado más oscuro de su ser, el menos esperado, desconoce la cordura.

Leonor parecía fuerte y decidida, pero al llegar a casa lloraba sin control. Entró en un fuerte estado de depresión y le costaba mucho ir a trabajar. Contemplaba sus fotos de la boda y veía que jamás había conocido en realidad al hombre por el que lo había dado todo, al hombre que quiso hacer feliz.

Buscó ayuda psicológica y superó su estado de inercia y abatimiento constante. Con apoyo de sus amigas sacó todas las cosas de Alfonso de casa, pero, como si el destino se ensañara con ella, al poco tiempo se enteró de que Sandra esperaba un hijo de él. Finalmente, sería ella la que le daría ese hijo que tanto había anhelado.

Leonor inició los trámites de divorcio, sin embargo, Alfonso se negaba a ceder. Estaba al lado de una mujer que no amaba y sentía culpa, no quería divorciarse de Leonor, guardaba la esperanza de que algún día ella lo perdonara. Todas las mañanas, él la veía salir de la casa en que vivieron juntos. Volvía a ser el vecino lejano que no podía hablarle, esta vez no por respeto, sino por vergüenza. Leonor tuvo que soportar ver a la mujer embarazada de su esposo viviendo a pocos metros de su casa. Con los meses, se resignó a ver a Alfonso cargar con ternura a su hijo, ese niño que no tenía culpa de nada. No sentía odio ni rencor, solo infinita pena y ternura; aún lejos de su vida, le deseaba lo mejor.

Hoy Leonor ha logrado mudarse a un moderno departamento, tiene un novio dedicado a las ciencias que la llena de alegrías y se ve más joven que nunca, porque quien ama como ella sabe renacer de las cenizas y seguir con la esperanza de que el amor es para siempre.

10

Mujeres

que enamoran

y jamás se entregan

Son mujeres que ilusionan a muchos hombres, pero no le entregan su corazón a ninguno. Algunas son así porque quedaron heridas después de vivir una mala experiencia sentimental y ahora solo conquistan y humillan. Es una suerte de venganza inconsciente que irremediablemente las arrastra a la soledad.

La honestidad es un valor que, al ser aplicado en el querer, es garantía de una mejor comunicación y superar conflictos. Sin embargo, nunca podremos tener la absoluta certeza de que aquellos ojos que nos miran con amor no ocultan algo. La ambigüedad es la estrategia de algunas mujeres. Es un elíxir venenoso que atrae sin control a los hombres que asumen retos y son obsesivos.

“Atrápame si puedes”, dicen algunas. “Déjalo todo por mí y espérame. Espérame siempre que, algún día, he de estar junto a ti”.

Espérame siempre

La raíz de todas las pasiones es el amor;

de él nace la tristeza, el gozo, la alegría y la desesperación.

Lope de Vega

OBEDECER, OBEDECER

Pamela tuvo una infancia gris. Su padre abandonó a su madre cuando ella apenas tenía cuatro años. Su abuela Ramona se encargó de cuidarla mientras Beatriz, su madre, se dedicaba a largas jornadas de trabajo para que no le faltase nada.

La pequeña Pamela observó la entereza de su madre y aprendió a ser independiente y responsable. Si bien esperaba ansiosa el retorno de su padre, con el tiempo fue comprendiendo que no volvería jamás, porque no solo se había ido de casa, también parecía haber renunciado a su paternidad. No tuvo más sus abrazos, sus juegos, ni sus regalos en Navidad.

Sin embargo, luego de tres años de aquel abandono, Ernesto no pudo con el peso de su conciencia y sintió la necesidad de conversar con Pamela, quien ya había olvidado cómo se veía su padre, pero obedecía a mamá contestando sus llamadas telefónicas por educación. No había más emoción en ello, ver a su madre sola y cansada, sin recibir apoyo económico de aquel hombre que la había engendrado, la llenaba de rencor.

Se puede estar cerca de un hijo y a su vez tenerlo abandonado, la paternidad está en los detalles y el cariño constante que se da en sembrar valores para el mañana.

En el colegio, Pamela hacía su mejor esfuerzo. No le gustaba hacer enojar a mamá. Llamaban la atención su hermoso rostro y finos rasgos, los que hicieron que creciera escuchando múltiples halagos como: “¡Qué linda niña!” y “¡qué hermosa serás de señorita!”. Pamela halló en aquello un gran poder para persuadir y atraer a quien quisiera.

Culminó la secundaria y más de un chico en su barrio la pretendía, pero aún era muy pronto para enamorarse. Ingresó a la universidad a estudiar derecho y desde entonces todo cambió. Con el coraje apren-dido de su madre, inició su lucha por ver sus sueños hechos realidad.

AMOR QUE MARCA

Pamela era de naturaleza cariñosa y amable. Pese a tener varios chicos detrás de ella por su fuerte atractivo, sentía mayor interés por aquellos que aparentemente necesitaban protección o eran inmaduros. Su primer enamorado fue un chico de modales poco finos con quien estudió en la academia preuniversitaria, y que se paseaba por todas las discotecas que había para divertirse. Al principio la trató como una princesa, pero a los pocos meses la fue ignorando, hasta dejarla por otra.

Con ese chico melenudo de ojos grandes Pamela experimentó el amor y la repentina traición; descubrió que aunque ella daba sin medida no siempre podía esperar lo mismo. Por algunos meses luego de la ruptura decidió estar sola. No quería saber de hombres, aunque su espíritu sentimental la arrastró hacia los brazos de Guillermo, un estudiante de economía que con su seguridad e inteligencia la conquistó de inmediato.

En esta segunda relación, Pamela fue maltratada psicológicamente. El machismo de Guillermo y su afán de minimizar lo que ella hacía o decía, la fueron convirtiendo en una chica de ojos tristes; sin embargo, no podía romper con aquel hombre que al tocarla la hacía sentir especial. Su madre la aconsejaba y le decía que ese chico estaba arruinando su autoestima, pero Pamela era terca y prefería disculparlo y ocultar los malos ratos que la hacía pasar, incluso delante de sus amigos.

Nadie conoce el poder que un hombre cruel ejerce sobre una mujer, hasta que en ella se aprecia la muerte de su dignidad.

Por aquellos años, las calificaciones de Pamela bajaron y se manifestaron severas alergias. Solo pudo romper con Guillermo cuando descubrió que le era infiel con una de sus amigas. Aquello la hizo pensar que el amor no era bueno, que la honestidad de un hombre era solo una ilusión que ella no podía alcanzar, y que ni su encanto ni belleza servían para conseguirla.

SOY OTRA

Pamela recuperó las fuerzas y decidió retomar su carrera con mayor empeño. Además, buscó un trabajo de medio tiempo para costear los años que le quedaban en la facultad. Sus calificaciones mejoraron y decidió dejar en el pasado a sus dos ex parejas.

Al verla libre, los chicos que la admiraban se acercaban con la esperanza de conquistarla. Ella jamás dejó de sonreírles, de ser amable, de recibir sus obsequios y halagos, irradiando alegría. En cada clase tenía, por lo menos dos o tres chicos que se disputaban su cariño, pero nadie podía saber a quién ella le daría el sí.

El primero de los jóvenes enamorados se llamaba Oswaldo. Era su compañero en la clase de sociología y muy inteligente, caballeroso, además de gentil. Siempre se ofrecía a llevar sus libros, o la pesada mochila que cargaba, y buscaba sentarse junto a ella para charlar.

Pamela le sonreía y se recostaba sobre su hombro si estaba cansada, otras veces estudiaban juntos y salían a comer por la universidad. Esas actitudes llenaban de esperanza a Oswaldo, pero cada vez que la invitaba a salir, ella lo miraba con ternura y le decía: “Hoy no puedo. Tengo que trabajar y ayudar a mi madre en casa. Pero pronto salimos, ¿sí?”.

La esperanza absurda es el alimento de quienes no quieren reconocer que el amor no es un cúmulo de migajas.

Beatriz, su madre, notaba que aquel muchacho emprendedor amaba de verdad a su hija: “Si no quieres a Oswaldo, no lo ilusiones. No seas mala, hija”, le decía.

“No, mamá, no hago eso. Él sabe que somos amigos. No te preocupes”, respondía ella.

Oswaldo tenía que soportar saber que algunos fines de semana en los que Pamela le decía que estaría ocupada, ella salía a bailar con el grupo más inquieto de la universidad. Siempre lo sabía porque alguien se lo comentaba o porque observaba las fotos que sus amigos colgaban en Facebook.

SI ME QUIERES, ¡DÉJALA!

En la oficina donde Pamela trabajaba su mirada penetrante y coqueta era solo para Manuel, un hombre que mantenía una relación con una chica desde hacía seis años.

Manuel, al igual que el resto de hombres de la oficina, encontraba muy bella y dulce a Pamela. No podía evitar ser amable y solícito con ella. Pamela le hacía consultas con el pretexto de no comprender ciertos asuntos por resolver y, al hacerlo, se cogía el cabello y le hablaba casi entre susurros. No dejaba de mirarlo hasta ponerlo nervioso.

Manuel no pudo soportar la tentación y la invitó a cenar. Pamela aceptó emocionada. Aquella noche conversaron de su infancia, de temas laborales y Pamela se encargó de hacerle saber que no había nadie en su vida. Manuel comenzó a dudar de lo que sentía por su novia, tener cerca de Pamela le gustaba mucho y a la vez lo llenaba de culpa.

La pasión repentina puede ser el huracán que conduce a cometer los mayores errores, cuando reemplaza al amor real.

Pamela le preguntó a Manuel por su novia y este comenzó a mentir. Le dijo que estaban distanciados, que se habían dado un tiempo para definir las cosas, pero que por su parte aquello estaba terminado. Los días siguientes, Manuel se acercó más a Pamela y ella empezó a jugar a desconcertarlo. Había días en la oficina donde respondía a sus halagos y miradas, otros, parecía esquivarlo por completo, se iba pronto a casa con pretextos y si la llamaba no contestaba el teléfono.

Al principio, Manuel pensó que era por miedo a ser engañada y la comprendía. Eso le indicaba que se trataba de una chica formal. Pero sin darse cuenta se había enamorado perdidamente de ella. Decidió romper su relación para acercarse libremente. Pamela supo por chismes en la oficina que Manuel había terminado con su novia y sonrió de alegría, como si lo hubiese esperado con ansias.

Cuando Manuel le dijo a Pamela que su noviazgo había concluido, ella fingió estar apenada por él: “Qué penita. ojalá se arreglen”.

Aquella frase desconcertó a Manuel, quiso pensar que era por nervios o vergüenza de admitir lo que sentía por él. Pronto pasó a cortejarla, a llevarle dulces a la oficina e invitarla a almorzar. Ella aceptaba casi siempre, pero sus actitudes hacia él eran inconstantes, un día conversaban amenamente mientras que otro charlaba con cualquier chico de la oficina casi ignorándolo.

Manuel no comprendía el juego que Pamela seguía, era muy centrado y esas actitudes comenzaron a irritarlo. Dejó de hablarle, era apuesto e inteligente, las chicas gustaban de él, sería fácil enloquecer de celos a Pamela. Así fue, Pamela no resistió observar que almorzaba con otras compañeras y se acercó nuevamente a él, pero esta vez permitió que Manuel la besara.

Cuando Pamela notó que Manuel estaba más enamorado que nunca, le dijo que deberían conocerse mejor, ocultar la relación que tenían. Para la mayoría de sus amigos solo era un pretendiente más.

Ocultar una relación de pareja es dejar que el ego opere para conquistar a más

víctimas.

Manuel conoció el sufrimiento que produce la incertidumbre de no ser amado. Pamela era esquiva en muchas cosas y parecía no estar feliz a su lado. Sin embargo, lo peor que le pasó fue llevarla a una reunión donde Pamela miraba de manera seductora a un amigo de su infancia; luego de aquello, Manuel le reclamó su actitud, pero solo logró que ella usara la discusión como pretexto para dejar de frecuentarlo.

Manuel descubrió que había cometido un error al haber dejado a su novia. Pamela le parecía macabra, lo había conquistado solo para sentirse poderosa y finalmente abandonarlo, pero logró descubrirlo a tiempo y reaccionar. Él volvió con su novia de toda la vida, e incluso la llevó a la oficina para que Pamela viera lo hermosa y fina que era.

Ella agachaba la cabeza, se escondía tras su escritorio y callaba. Se veía deprimida, pero en la oficina todos la veían como una chica a la que solo le gustaba usar a los hombres y enredarlos. Sin embargo, luego de un tiempo ella volvería a sonreír. Nadie sabía por qué. Su vida era un misterio.

ATRÁPAME SI PUEDES

En la universidad, Pamela disfrutaba al tener la atención de todos los chicos. Aparte de Oswaldo, a quien mantenía eternamente ilusionado, puso sus ojos en un profesor llamado Gabriel. Aquel hombre de cuarenta años y amplia cultura la hacía sentir nerviosa solo con verlo pasar. Decidió conquistarlo. Le consultaba lo que podía acerca del curso de filosofía que llevaba e intentaba pedirle consejos sobre otras materias.

El deseo de dominar la mente de otro es el reto que estimula a vivir armando estrategias siempre.

Gabriel tenía varios años como docente universitario y conocía los juegos y coqueteos que las alumnas utilizaban para aprobar. Se sabía atractivo y reía cuando las más osadas le decían sin tapujos que estaban enamoradas de él. Pero Gabriel respetaba su trabajo y evitaba meterse en líos. Estaba separado de su esposa y prefería mantener su soledad.

Pamela le había dado la imagen de ser una chica estudiosa y dulce. La encontraba guapa y trabajadora, aunque algo en ella lo hacía sospe-char que guardaba para sí varios conflictos emocionales. Durante uno de los descansos de clases, Gabriel accedió a beber un café con ella en la universidad. Frente a él, ella era más cautelosa, lo miraba con ternura y, a la vez, con algo de respeto. Gabriel disfrutó de la charla en la que hablaron inclusive de música.

Pamela no faltaba a ninguna clase, por eso Gabriel decidió nombrarla delegada del aula. Ella recogería los trabajos de sus compañeros. Sin darse cuenta, Gabriel se iba involucrando de un modo que no sabía identificar, quería verla a diario y cuando no la hallaba sentía que la extrañaba.

Bebiendo unas cervezas, Gabriel le contó a Bruno, su mejor amigo y compañero de labores, que su alumna le encantaba. Creía estar enamorado de ella. Bruno rio a carcajadas: “Ya pues, espera que termine el ciclo y la invitas a salir. Se ven fuera de la universidad. Si eres mosca nadie se entera”, le dijo.

“¿Tú crees que por lo que te he contado atraque a algo más que ser mi amiga? Si ella acepta yo no la quiero para vacilarme, la quiero para salir en serio”.

Al culminar el ciclo, Gabriel se ofreció para llevar a Pamela a su casa y ella aceptó. Luego, le propuso realizar proyectos juntos y Pamela aceptó también. Pronto sus reuniones se hicieron más frecuentes y, como Gabriel vivía solo, la invitó a cenar a su departamento. Cocinó para ella y se encargó de que todo saliera perfecto. Tras cenar, oír algo de música y ver una película juntos, Gabriel y ella se sirvieron un poco de vino. Ya más sueltos y en confianza, terminaron de beber la botella entera y, cuando Pamela quiso irse, él la cogió de la cintura, la abrazó y la beso sin que opusiera resistencia.

Aquella noche, Pamela se entregó a los brazos de su profesor y se dejó amar. Lo admiraba y sentía que muchas chicas hubiesen hecho lo que fuese por estar en su lugar. En la cama fue más seductora que nunca, quería que él jamás olvidara ni un rasgo suyo, marcarlo para tener poder sobre él.

Gabriel le propuso ser enamorados.

“¿No crees que vas muy rápido? Sigamos saliendo y si vemos que nos llevamos bien, pues lo seremos”. Él quedó sorprendido por la respuesta, pues pensó que ya se conocían lo suficiente y no le gustaba mantener relaciones informales.

La ambigüedad en el amor es la lenta tortura que roba el brillo a la mirada y sepulta la confianza.

Gabriel hizo caso omiso a lo que Pamela decía y la trataba como su enamorada oficial. Cuando quiso llevarla a conocer a sus padres, Pamela se excusó con pretextos como la falta de tiempo o nuevas responsabilidades asumidas en su trabajo. Seguía sintiendo atracción por Gabriel, pero no quería comprometerse de manera seria.

A los dos meses de salir juntos, Gabriel percibió que ella estaba cada vez más fría y distante. Le preguntó qué le disgustaba o pasaba, pero ella solo argumentaba su extremo cansancio. Gabriel la encontraba cada vez más extraña, aunque no quería alejarse de ella; intentó ser más atento y cariñoso, y resultó peor, Pamela le dijo que era pose-sivo y que la desilusionaba.

Por consejo de su amigo Bruno, Gabriel decidió indagar más acerca de Pamela. Para lo que acudió a Melanie, una alumna que conocía la vida de todos sus compañeros y por quien él tenía mucho cariño. Ella le contó que Pamela nunca había tenido una relación formal con nadie y que había destrozado el corazón de más de un compañero de clases.

“Profe, esa flaca es botada. Se cree princesa, pero es una mierda con los chicos. El pobre Oswaldo tiene dos años detrás de ella. Esa no quiere a nadie y es mala. Está loca, algo le debe haber pasado de pequeña”, le dijo Melanie.

Luego de recibir esa información, Gabriel revisó los correos de Pamela sin que le costara trabajo, porque era experto en informática. Halló más de una sorpresa. Pamela mantenía contacto con tres chicos con los cuales se mostraba coqueta, pero a todos les escribía que los vería pronto para salir a cenar o bailar. Negaba que saliera con su profesor cuando se lo preguntaban y lo peor para Gabriel fue

leer: “Jamás me metería con el profesor Gabriel, es muy viejo para mí, sé que se muere por mí”.

Tras descubrir las mentiras de Pamela y reconocer que se trataba de una chica psicológicamente dañada, Gabriel la enfrentó. Le dijo que no quería verla más, que no era un mocoso con el que pudiese jugar y que buscara un psicólogo, porque iba camino a quedarse sola. Aquellas palabras provocaron lágrimas de culpa y vergüenza en ella: “Lo siento. Perdóname, no puedo amarte”, fue lo único que contestó.

Salió del departamento de Gabriel casi huyendo y no volvió a verlo.

NADIE ENTIENDE MI DOLOR

Pamela continúa trabajando. Está sumida en una fuerte crisis depresiva, pero no puede evitar buscar conquistar a cualquiera hombre que considere un reto. No sabe cómo asumir una relación formal, la rechaza y evita. Ha intentado volver a ver a Gabriel, su ausencia le ha afectado más de lo que ella pensó, aunque su profesor ya sale formal-mente con una colega y no contesta sus llamadas ni correos.

Algunas noches, Pamela sale con sus amigos del trabajo y bebe más de la cuenta. Tiene aventuras con algún pretendiente enamorado de ella, pero siempre deja de verlo, lo evade. Pamela es incapaz de amar, le dice a una amiga que nadie comprende su dolor, sin embargo se niega a reconocer que su trato con los hombres no es honesto.

Ahora planifica vivir en el exterior. Sigue estudios de postgrado y pretende cambiar su vida por completo, buscar un mejor empleo y vivir sola. No cree en el matrimonio y tampoco anhela tener hijos. Se ha sometido a tratamientos estéticos y se le ve más linda aún, pero por las noches su soledad la consume junto con el llanto. Con pocos amigos, envejece, perdiendo la sonrisa y con menos fuerzas para decir “espérame siempre”.

11

Mujeres que se divorcian siempre

Son las que se desilusionan con facilidad de su pareja porque no la conocieron bien antes de casarse. No tienen vocación para luchar por el amor, por mantener firme la relación y prefieren divorciarse. Les cuesta asumir que una relación tiene altos y bajos, o jamás se han enamorado de verdad.

Una sola firma puede cambiar la vida de una pareja, primero los une y luego los separa. Algunas mujeres levantarían revoluciones sin su existencia. Asegura su libertad y su renacer. El camino hacia el fatigante trámite, llamado divorcio, es la única solución para quienes, tras ver su amor transformado en ira, rencor o desolación, optan por cambiar de rumbo, teniendo que soportar los chismes y comentarios de terceros. El paso no es fácil pero sí importante para los que a través de él hallan la paz. Aquella hermosa frase de la Biblia que dice: “Lo que Dios ha unido que no lo separe el hombre”, parece una ilusión cuando la vida junto a alguien se convierte en una especie de prisión.

Para las mujeres prácticas el divorcio es una opción moderna y segura para cambiar las cosas, desde el perro hasta la casa, pero sobre todo, para sentir que viven conforme a lo que les dicta la razón.

La firma

El divorcio es la fe de erratas del matrimonio.

Marco Aurelio Almazán

MI AMOR DE JUVENTUD

Inés nació en un hogar disfuncional. Sus padres mantenían una relación basada en la costumbre y el interés por conservar ciertas propiedades en común, así como por guardar las apariencias. Estudió en un colegio privado, de costumbres modernas, desde los trece años tuvo enamorado con pleno consentimiento de su madre.

El chico de cabellos ensortijados y ojos color café, llamado Daniel, le gustó desde que lo vio. Gracias a su coquetería y lindas facciones, lo conquistó sin mucho esfuerzo. Daniel era consentidor, romántico y posesivo. La quería solo para él. Por eso, unos años después de iniciar la relación, pidió su mano formalmente.

Cuando Inés cumplió veintitrés años se casó con Daniel. Había planificado una fiesta fastuosa que sus padres no dudaron en regalarle, porque era su única hija.

Al poco tiempo de casada, Inés salió embarazada y tuvo que abandonar la carrera de economía que seguía. Como madre, todo se le hacía complicado. No tenía paciencia, no manejaba las labores domésticas básicas porque siempre había tenido una empleada que la atendía; por lo tanto, ella ahora también exigía nana y doméstica para que la ayuden en casa.

Ya organizada y luchando por recuperar su figura en el gimnasio, Inés decidió volver a la universidad. El hecho disgustó a Daniel, que prefería que ella laborara en la empresa que él tenía con su familia, para que así le dedicara más tiempo a su hijo. No pudo convencerla, inés era de decisiones firmes. volver a la

universidad significaba para ella rejuvenecer y demostrar que era capaz de alcanzar un nivel profesional que le permitiría trabajar donde quisiera.

Ante el retorno de amigos y grupos de estudio, los celos de Daniel no se hicieron esperar. inés se sentía asfixiada por sus largos interrogatorios y el obsesivo control de su esposo. Si estudiaba para un examen, le decía que no era buena madre, y cuando se ocupaba del niño comentaba que ya no se ocupaba de él, que no lo quería como antes.

El deseo de posesión y dominio de la pareja rompe con la armonía, seca las ganas de compartir, extingue lentamente la ilusión y la voluntad.

Inés culminó su carrera sintiendo que su esposo no estaba contento con ello y reconociendo que ya no lo amaba. Ahora lo veía como un ser egoísta y machista que solo quería tenerla como adorno para lucir. Apenas ingresó a trabajar en una importante entidad del Estado, decidió separarse. Su esposo le rogó y prometió cambiar, pero ella no necesitaba de su matrimonio, no era feliz con aquel amor de juventud.

Inés fue criticada cuando solicitó el divorcio, tachada de mala madre. Amigos y familiares especulaban sobre las causas y hasta se atrevían a tacharla de infiel. Solo su madre la apoyó con firmeza, le dolía saber que su hija dejaría su hogar, pero sabía que con su esfuerzo saldría adelante nuevamente.

Luego de firmar el documento que la liberaba de su esposo, se quebró y lloró por largo rato. No era fácil reconocer que el hombre que había amado por primera vez, ahora era una especie de enemigo que no la comprendía.

HASTA QUE LLEGASTE

Luego de un año y medio sola Inés conoció a Román en el cumpleaños de una amiga de infancia. Sin imaginarlo, la mirada dulce y fija del economista, la puso más nerviosa de la cuenta. Al intercambiar opiniones sobre las cosas que hacían,

y notar que coincidían en muchas ideas, la atracción entre ambos aumentó.

Román era soltero y trabajaba en una empresa dedicada a la exportación. Acababa de romper una larga relación y desconfiaba de las mujeres. Pero Inés le parecía inteligente e independiente, le llamaba la atención el hecho de que a pesar de su juventud llevaba las secuelas de un divorcio con tanta entereza.

Inés conquistó a este hombre desconfiado, quien apenas en la segunda cita le propuso tener una relación. Todo cambió para ella, se había vuelto a enamorar y pensaba que la vida le estaba dando una nueva oportunidad. Tenía más experiencia y solo necesitaba lograr que Román quisiera a su pequeño hijo y comprendiera que era madre.

El riesgo de volver a empezar implica sortear nuevos muros y librar nuevas batallas, y no todos lo logran o se atreven.

La nueva pareja se asoció y puso un negocio de consultoría para empresas. Se apoyaban y comprendían de maravilla en lo laboral, pero Román tenía problemas para controlar su posesividad. Inés intentaba sobrellevar la situación porque Román quería a su hijo y lo trataba con mucho cariño, virtud que no creía poder hallar en otros hombres. Luego de año y medio de relación, Román le propuso matrimonio a Inés, que emocionada aceptó. Anhelaba volver a tener una familia y más hijos. La madre de Inés sentía que sus ruegos al cielo habían sido escuchados, mientras que su padre desconfiaba de Román, porque le parecía soberbio y creía que ocultaba una agresividad que su hija no lograba ver.

En una ceremonia sencilla y entre parientes y amigos cercanos, Inés se volvió a casar. Si bien los padres de Román no apoyaban el enlace, no se atrevían a contradecir a su hijo. La pareja se fue a vivir al departamento del flamante esposo y logró organizarse mejor de lo que esperaban.

LA SORPRESA

La empresa que formaron surgió rápidamente y tuvieron que contratar más personal. Llegó una secretaria de raíces orientales llamada Rania. Inés fue quien la seleccionó entre todas las candidatas porque le parecía la más eficiente y formal. Rania era reservada y responsable, tenía estudios universitarios y aspiraba a tener este empleo de trampolín para ascender en el mundo de los negocios.

Por el exceso de trabajo, Rania se convirtió en el brazo derecho de la pareja, pero en especial de Román, ya que inés salía de la oficina con frecuencia a visitar clientes y se hacía cargo de su hijo. Esta confiaba plenamente en su esposo y no consideraba que tuviera que cuidarse las espaldas de Rania, pese a que era muy atractiva e inteligente.

Caras vemos, corazones e intenciones no sabemos. La ingenuidad es la llave que da paso a la conspiración.

Román pasaba cada vez más tiempo en la oficina y, tras la llegada de contratos para asesorar a diversas empresas fuera de Lima, tuvo que viajar con frecuencia. Algunas veces Inés lo acompañaba, otras iba solo. Debido a la sobrecarga de trabajo tuvo que pedirle a Rania que acompañara a su esposo para supervisar los contratos y detalles que no lograba manejar solo: “Te encargo a mi maridito. Si lo ves coqueteando por ahí, llámame. No olvides que eres mis ojos”.

Pero lo que Inés no imaginaba era que su esposo se acostaba con ella a sus espaldas y por eso llegaba tarde a casa. Cuando Rania estaba a solas con Román, era otra. Coqueta y sensual, buscó atraerlo desde el principio y este no opuso resistencia; todo lo contrario, sintió elevado su ego y se dejó llevar por el momento. Poco a poco, Román se fue atando a la pasión que esta chica le regalaba y la hizo su amante, con los beneficios económicos que ella, sutilmente, pedía.

Una noche en la que Inés estaba por cerrar un importante contrato con un cliente, notó que había olvidado documentos importantes en la oficina y llamó a su esposo para que se los trajera, pero no le contestaba al celular. Al llamar a la empresa, tampoco contestaban. Resolvió pasar por allí sin imaginar la sorpresa que se llevaría. Escuchó jadeos y ruidos extraños que venían de la oficina de su

esposo, tomó las llaves y, nerviosa, abrió la puerta. Casi no podía mantenerse en pie al observar a Román desnudo, haciendo el amor con Rania.

Román no tenía argumentos para defenderse. Inés solo atinó a coger de los cabellos a Rania e insultarla, exigiéndole que se largara de la empresa, amenazando con matarla si no lo hacía. Román intentó justificar su error pero fue inútil. Esa misma noche, inés se fue del departamento y jamás volvió. Reponerse a la traición fue duro para ella, pero con la ayuda de sus amigos y padres logró salir de la depresión. Renunció a la sociedad con Román y solicitó el divorcio.

Si Inés ya había sido víctima de murmuraciones luego de su primer divorcio, esta vez los chismes en la oficina de Román y entre sus amigos cercanos no se hicieron esperar. La infidelidad de Román con su asistente hizo que todos miraran con compasión a Inés, no comprendían cómo con su belleza e inteligencia era víctima de tanta infelicidad.

Inés y Román no tuvieron hijos. Andrés, el fruto de su primer matrimonio, fue creciendo y pasó a ser su mayor consuelo y motivo para resurgir de esta nueva prueba que la vida le había puesto. Decidió retomar con más fuerza su carrera y abrió su propia consultora con una amiga, mientras que, con los meses, supo que Román vivía con Rania en el mismo lugar que ella había ocupado.

MI NUEVO AMIGO

El nuevo negocio de inés tuvo éxito pronto. Los clientes de la antigua empresa decidieron seguirla y atendía a transnacionales de gran prestigio. Con sus ahorros logró comprarse un moderno departamento y cambiar de auto, así como ofrecerle una mejor educación a su hijo. A sus treinta y un años y con dos divorcios a cuestas se sentía vieja y sin muchas ganas de apostar por el amor.

Por cerca de un año, Inés rechazó todas las invitaciones de hombres que intentaban cortejarla. Les encontraba muchos defectos, los analizaba y pensaba que eran inmaduros o que estaban interesados en su dinero.

La desconfianza y pesimismo son algunas de las secuelas que quedan en el alma tras asumir un fracaso.

Frederic, un australiano de sólida posición, era uno de sus mejores clientes. Divorciado y sin hijos, llevaba meses en el Perú y no se le conocía novia. Mostraba admiración y agrado por Inés, pero no se atrevía a invitarla a salir porque la notaba cortante y algo fría en su trato.

Luego de cinco meses de realizar negocios juntos, Frederic se animó a invitarle un café con el pretexto de revisar unos documentos. Inés aceptó. La conversación resultó más amena de lo que ella pensó y consideró a este australiano como un buen amigo, además tenía empuje y deseos de invertir en el país. Las amigas de Inés le hacían bromas acerca de su amistad con el extranjero y la animaban a verlo de otro modo. Percibían que Frederic estaba enamorado de ella, pero que temía ser rechazado.

Al año de conocerlo, inés sintió que lo extrañaba cuando no lo veía, que se había acostumbrado a recibir las cajitas de bombones que siempre le obsequiaba. Cuando supo que estaba pensando volver a su país, quedó sorprendida y afligida más de la cuenta. Habló con su madre y le contó lo que le pasaba. Y ella le dijo: “Hija, te mueres de miedo, pero estás enamorada de él. No seas tonta, haz algo”.

Inés no tuvo mejor idea que invitarlo a cenar para conversar y preguntarle si en realidad volvería a su país. Para su sorpresa, este le contestó que su decisión dependía de ella, le confesó que estaba enamorado pero que la notaba esquiva a sus galanteos. Inés rompió su silencio y le explicó el temor que sentía de volver a amar. Desde entonces, comenzaron a salir con frecuencia y se hicieron enamorados.

Frederic le propuso a Inés vivir fuera con su niño y buscar una vida lejos de los malos recuerdos. Inés dejó su empresa a cargo de su socia y decidió probar suerte junto a su nuevo novio en Australia. Luego de convivir un año a su lado, aceptó casarse con él en ese país donde parecía haber encontrado la paz y olvidado los malos momentos.

La esperanza renace con mayor énfasis cuando se cree haber perdido todo;

cuando menos se espera, aparece para decirnos que la vida no es solo dolor.

Salió embarazada nuevamente. Aquello llenó de alegría a la pareja. La niña que venía en camino cambió su manera de ver la vida. Por cuatro años, Frederic fue el esposo ideal, amable y dedicado. Sin embargo, cada vez que Inés quería volver al Perú de visita, él evidenciaba cierto enojo y no la acompañaba, se podía pensar que anhelaba que ella cortara los lazos con su país.

Inés era menos tolerante a las negativas de su esposo, le refutaba lo que no le gustaba y se tornaba agresiva cuando este intentaba hacerla cambiar de parecer en los asuntos de negocios o de la casa. Comenzó a verlo diferente, como alguien que únicamente imponía ideas. No lo resistía. Decidió evadirlo y viajar con más frecuencia a Lima, únicamente para molestarlo. Frederic intentó conversar con ella y mejorar la relación, pero solo hallaba su rechazo.

Inés recordaba sus fracasos anteriores y los comparaba con la crisis que ahora vivía. Extrañaba su país y, pese a saber que su esposo la amaba, descubría que por momentos no lo soportaba. Quería libertad para emprender nuevos retos y aficiones. Su esposo, por su parte, le criticaba el poco tiempo que le dedicaba a la niña, ya que la niñera se encargaba de ella.

Las discusiones entre la pareja aumentaron. Inés decidió volver al Perú con sus dos hijos. Frederic le suplicó que no lo hiciese, pero ella se negó a escucharlo. Mientras tanto, la familia de Inés no entendía su comportamiento, apreciaba a su nuevo esposo y pensaba que su hija pasaba por conflictos emocionales como consecuencia de sus ante-riores relaciones.

El rencor recae sobre quien menos lo merece cuando se halla una víctima fácil que todo lo perdona.

En Lima, Inés retomó sus negocios con su socia y amiga Patricia. Sus padres la ayudaban con el cuidado de sus hijos y su esposo buscó la patria protestad de la pequeña Alexia, interponiendo una demanda por abandono de hogar. Inés ingresó en una feroz disputa legal con el padre de su hija, pero la ley apoyaba

que, por la edad de la niña, la madre se quedara con ella. Esto sirvió para que Inés encontrara el pretexto perfecto para solicitar el divorcio y buscar romper su relación con el australiano.

Frederic no reconocía a esta nueva mujer que lo acusaba frente a los tribunales de maltrato psicológico y, sin razón aparente, lo había abandonado llevándose a su hija. Intentó pedir ayuda a los padres de Inés, pero ellos no lograron que su hija razonara de otro modo, reconociendo que cuando esta tomaba una decisión era imposible hacerla cambiar. Luego de largos meses de trámites y acuerdos, Inés obtuvo el divorcio y se quedó con su niña.

UNA MUJER PRÁCTICA

Luego de los fracasos amorosos, Inés se volvió más fría. Se dedicó a seguir aumentando su patrimonio y se casó dos veces más. El cuarto esposo fue un hombre viudo, dueño de una cadena de zapaterías, con quien vivió dos años y se llevó bastante bien, pero descubrió que no lo amaba y que lo prefería como amigo. Aquel divorcio fue el menos difícil, Inés llegó a un acuerdo con él y se divorciaron, convirtiéndose, hasta el día de hoy, en grandes amigos.

El quinto esposo es alguien dos años menor que ella. Se conocieron en una exposición de pintura y la atracción fue inmediata. Como si hubiese vuelto a tener veintitrés años, Inés dice estar locamente enamorada de Julián y han contraído matrimonio sin que sus padres estén de acuerdo. El “quinto hombre”, como lo llaman sus amigas en tono de broma, tiene dos hijos de su anterior matrimonio, pero se lleva bien con los de Inés.

Julián sabe que su esposa es poco tolerante y se cuida de no hacerla enfadar. Sabe tratarla y, tras año y medio juntos, el matrimonio parece marchar viento en popa. Quién sabe si mañana Inés necesite de la firma, de esa firma que es la llave de su libertad y un nuevo comienzo cuando todo lo halla gris en el amor.

12

Mujeres

de amores virtuales

Hay mujeres que por timidez o fracasos en las relaciones de pareja deciden interactuar con hombres en salas de chat. Ellas escogen los nombres y perfiles que creen ajustarse a lo que anhelan. Algunas logran relaciones exitosas, pero la mayoría es parte de dramáticos episodios que les terminan por robar solo años de vida.

El mundo virtual ofrece la alternativa de seleccionar a alguien especial a las personas que se cansaron de intentar encontrar un amor en el mundo real. Las salas de chat están plagadas de candidatos solitarios que esperan ansiosos entablar una conversación, tener relaciones efímeras o, incluso, desarrollar relaciones serias.

A cualquier hora del día, muchas mujeres acuden a su cita ciberespacial. Las tímidas hallan en este medio el escudo perfecto para expresarse libremente. Algunas tienen suerte y se casan con su novio virtual, otras pasan de charla en charla esperando que algún día alguien sincero haga clic en el teclado y en su corazón.

Amor de chat

El tiempo es demasiado lento para los que esperan,

demasiado rápido para los que temen,

demasiado largo para los que lamentan, demasiado corto para los que celebran.

Pero para los que aman, el tiempo es la eternidad.

Henry van Dyke

MI PRIMER FRACASO

Roxana creció en un hogar humilde. Su padre era empleado y su madre ama de casa. Tenía un solo hermano, quien además de ser el engreído de la casa por ser el hijo menor, resultó el dolor de cabeza de la familia por su inmadurez.

Roxana era romántica y apasionada. Cuando conoció a Gonzalo en el matrimonio de una amiga de infancia, se sintió turbada y confusa. El chico de ojos cafés y porte elegante la cautivó con su mirada penetrante y, cuando la sacó a bailar, dejó que la tomara por la cintura con cariño, como si lo conociese la vida entera.

El encuentro entre las almas no es coincidencia, siempre tiene un propósito: remover todo, cambiar todo el existir.

Al año y medio de romance, Roxana salió embarazada y Gonzalo asumió la responsabilidad. Inicialmente, la familia de la futura madre se sintió afectada debido a que, por la gestación, Roxana se vio obligada a interrumpir sus estudios

de secretariado, pero la madre de Gonzalo estaba feliz de ser abuela y la apreciaba.

Cuando la pequeña Anette tenía apenas unos meses de nacida, Gonzalo mostró ante su esposa su real rostro. Bebía cada vez que podía y no se alejaba de sus viejas amigas, entre las cuales se hallaba alguna aventura que dejó huella. Si Roxana le reprochaba su conducta, él enfurecía y le echaba en cara el hecho de mantenerla, además de acusarla de tener celos enfermizos.

Las peleas y reconciliaciones con su esposo eran frecuentes. Luego de algunos vasos de cerveza, Roxana olvidaba por qué odiaba a Gonzalo y terminaba creyendo en sus promesas. Era dependiente de sus caricias, no soportaba vivir sin ellas. Tuvo una hija más, pero ni con ello cambió. Él se refugiaba en su trabajo y en las juergas de los viernes. Se había acostumbrado a tener amantes. No podía ni quería respetar a su esposa. Era egoísta y la manipulaba para evitar que ella lo olvidara y abandonara.

El perro del hortelano es el papel que mejor representa un macho sin cultura, un macho sin corazón.

Después de catorce años de matrimonio ocurrió lo impensado para Roxana. Su esposo la abandonó por otra. Con el pretexto de buscar mejores lares y empleo, Gonzalo viajó a Estados Unidos diciéndole a su familia que no pararía hasta sacarla del país para llevarla con él. Mientras tanto, la visitaría una vez al año. Roxana quiso creer, quiso pensar que era verdad, aunque amigas cercanas le contaban que Gonzalo vivía en Miami con su amante, que esa mujer le había conseguido el trabajo y que paseaban del brazo por la ciudad.

Solo después de ver unas fotografías, tomadas por una amiga, en las que Gonzalo abrazaba de la cintura a una desconocida de cabellos pintados, mientras contemplaban el mar, Roxana pudo reaccionar.

Ella no tenía visa para los Estados Unidos, pero esperó la llamada de su esposo para comunicarle que lo sabía todo. Como era de esperar, él lo negó y le dijo que su amiga había mentido por envidia, que la foto era un montaje y que vivía en casa de un amigo; pero cuando Roxana quería llamarlo a la casa, Gonzalo mentía

diciendo que no tenían teléfono y por ello buscaba cabinas con servicio telefónico de larga distancia.

Ella sentía, cada vez más, el peso de la soledad y el rencor. Buscó vengarse en brazos de un amigo del trabajo y, cuando este se aburrió de ella, dejó de verlo. Pese a ser atractiva, joven y una esmerada esposa, no comprendía por qué su esposo la había traicionado y seguía mintiendo. Lo seguía amando y no quería estar sola. No podía mane-jarlo, se sumía en fuertes crisis de llanto y solo tenía ganas de dormir.

EN BUSCA DE AMOR

Roxana conocía poco del manejo de las salas de chat y servicios de Messenger, pero una mañana en el trabajo su amiga Valeria le dijo: “No seas tonta, tú también podrías viajar al extranjero si un gringo te pide como novia. Entra a chatear y ahí conocerás muchos hombres solos”. La escuchó algo desinteresada y no imaginó que aquel consejo cambiaría su vida.

Algunos meses después de insistir en que su esposo le confesara la verdad y harta de tantos pleitos, Roxana decidió aprender a usar el Messenger. Aprendió más rápido de lo que pensó y fue conociendo gente del mundo, que como ella quería charlar y compartir confesiones de vida, así como disminuir su sensación de soledad.

El primer amigo virtual en quien confió fue un cubano soltero llamado Josimar. Este le contaba que había roto con la novia por diferencias irreconciliables y que, por ahora, se dedicaba a su trabajo como administrador de una tienda en Miami. Salía los fines de semana a divertirse con gente de la comunidad latina, pero no hallaba una mujer para amar.

Roxana tenía treinta y nueve años y el cubano treinta, pero esa diferencia no fue impedimento para que Josimar decidiera coquetear con ella y luego la animara a viajar para conocerse. Como si fuese una adolescente, Roxana esperaba emocionada que su galán virtual se conectara cada noche para hablar con él y sentir que era deseada y admirada nuevamente.

Una sola frase de afecto puede ser el alimento con el que sobreviven los heridos por amor.

La ilusión que vivía la impulsó a buscar formas de conseguir la visa americana. Luego de muchos esfuerzos lo logró y decidió viajar a buscar empleo y, de paso, desenmascarar a su esposo. Dejó a sus hijas bajo el cuidado de sus abuelos y se hospedó en una pensión que Josimar le consiguió, hasta ubicar trabajo. No imaginaba que la relación virtual que inició revolucionaría su forma de ver la vida y el amor.

Cuando Roxana conoció personalmente a Josimar en el aeropuerto, quedó impactada. Lo encontró más guapo de lo que se veía en las fotos y sintió temor de no gustarle. Pero al verla, el cubano la abrazó con fuerza y la besó apasionadamente: “Mira lo hermosas que son las peruanas”, le dijo.

Roxana temblaba como adolescente y en su mente no cabía la idea de ser tan feliz. Josimar la ayudó a instalarse en la pensión; la llenó de detalles y le presentó amigos que podían tomarla como niñera rápidamente. Cuando apenas tenía dos días en la ciudad, Roxana y Josimar compartieron el lecho en el departamento de él. Habían esperado nueve meses para verse y la pasión entre ambos estaba en su tope. Roxana estaba casada y no le importaba, porque su esposo la había abandonado y solo los unía un papel.

Al mes de vivir un romance de fábula, Josimar iba siendo menos atento con ella, se iba alejando sin que Roxana comprendiera el porqué. Le decía que trabajaría hasta tarde para así evitar verla. Si ella se aparecía en su departamento para buscarlo, él le abría la puerta enojado y le gritaba que no lo dejaba descansar.

Roxana se enteró gracias a una vecina de Josimar que una bella cubana lo visitaba frecuentemente. También supo que la mujer había sido su novia por años, pero que vivía en otro estado y Josimar jamás se había repuesto de esa pena, pero que se consolaba con cuanta mujer podía conquistar.

Si la primera traición duele la segunda no se logra creer, mucho menos aceptar que la ilusión anula la razón y es culpa del fracaso.

Roxana no quiso creer lo que la vecina le dijo y esperó unos días para comprobar si era cierto. Calló y esperó a que él cancelara un nuevo encuentro, fingió entender y se ocultó en el edificio donde vivía para descubrir si ala cubana con quien la engañaba, existía. Las piernas le temblaban y su cabeza pesaba como una piedra, temía lo peor.

De pronto, vio llegar a Josimar tomando de la mano a una mujer alta y hermosa de cabellos negros. Ingresaron al departamento y Roxana cayó derrotada en la escalera del edificio sin poder contener sus lágrimas. A los pocos minutos, escuchó música romántica y las risas de los dos amantes, entonces se armó de valor y tocó el timbre. Él salió sin camisa: "¿Qué haces acá?", le dijo al verla. Ella lo empujó y entró al departamento. Vio recostada en el sofá a la mujer de ojos verdes que la miraba sorprendida y fastidiada. Roxana armó un escándalo, abofeteó a Josimar, insultó a la cubana y salió tirando la puerta. Volvió a su casa destrozada emocionalmente, no pudo dormir y al amanecer estaba muy deprimida.

El trabajo la distrajo por unos días y cuando hubo recuperado fuerzas enfrentó a su esposo. No lo había visto desde que llegó a esa ciudad, era hora de hacerlo. Lo buscó en la dirección que su amiga le dio y comprobó que convivía con su amante y los dos hijos de ella. Gonzalo ya no pudo mentirle, pero se negaba a darle el divorcio.

EL "DOS ROSTROS"

Desde que Gonzalo supo que Roxana estaba en Estados Unidos se dedicó a perseguirla. La visitaba borracho y terminaba por llevarla a la cama con convincentes frases amorosas. Ella no tenía fuerzas para negarse y por momentos quería recuperar su matrimonio, pero también sabía que él no abandonaría a su amante.

Por más que ponía empeño en sus labores, le costaba concentrarse y asumir las responsabilidades que le asignaban. También extrañaba demasiado a sus hijas, pero aún el dinero le era insuficiente para tenerlas a su lado y aquello parecía un sueño lejano, porque Gonzalo no la apoyaba económicamente.

Cuando los problemas se acumulan, se asemejan a la suerte de un preso que no encuentra paz ni sosiego, solo oscuridad.

En sus largas noches, el Messenger era su refugio para no pensar y buscar un nuevo empleo, pero además albergaba la esperanza de hallar un hombre bueno que no se burlara más de sus sentimientos. Evitaba conversar con hombres menores que ella y solo lo hacía con los que tenían su edad o algunos años más.

Dennis era un norteamericano de cuarenta y seis años, estaba divorciado y su único hijo vivía en Europa. Al igual que Roxana, buscaba compañía y una pareja estable. Se conocieron a través del chat y desde el principio se mostró amable e interesado en conocer todos los problemas que a ella la aquejaban. Le decía que la admiraba por su fuerza para luchar sola en el país y por su deseo de superación.

Roxana se sentía halagada y por cerca de dos meses charlaron amenamente y pensó que era el mejor amigo que podía haber encontrado. Dennis vivía en Washington y le había prometido visitarla apenas tuviese unos días de descanso para conocerse y salir a recorrer Miami.

Al conocer el tipo de necesidades económicas por las que pasaba Roxana, Dennis se ofreció a prestarle algo de dinero y ella, pese a la vergüenza, aceptó y prometió devolvérselo con las horas extras que hacía en el trabajo. Dennis le pidió su número de cuenta para hacerle el depósito y, tras frases de aliento y afecto, parecía ser el hombre más bondadoso que Dios le había enviado para salir de sus problemas.

Al día siguiente, cuando Roxana abrió su bandeja, leyó un correo de Dennis: “Perra peruana, ¿creías que podías engañarme con tu pose de mujer sufrida? No eres más que una latina miserable, que viene a mi país buscando que hombres decentes como yo las mantengan. Si no te alcanza la plata, métete de puta o lárgate de regreso a tu país. Jamás te iba a dar ni un centavo, te estaba probando. Tus problemas te los has buscado por perra y por creer que lo mereces todo cuando deberías estar cuidando a tus hijas. Voy a colgar en internet tu nombre y el tipo de mujer que eres para que mis compatriotas sepan quién eres y al verte acorralada huyas a tu pobre país de donde jamás debiste salir”.

Roxana quedó perpleja al leer el mensaje. No entendía nada de lo que pasaba por la mente de Dennis y, sin controlar el llanto, salió a las calles y se metió a una iglesia a implorar paz y ayuda divina. Su ingenuidad le impedía reconocer el tipo de gente con la que resultaba peligroso tratar pero, al no tener con quien conversar, las noches resultaban una fuerte tentación para ingresar al chat y desahogarse con quien le prestara algo de atención.

LLÉVAME CONTIGO

Después de algunos meses de evitar ilusionarse con los tipos que le hablaban por el chat, Roxana recibió el correo de Tomás, bonaerense de cuarenta y siete años radicado en Miami. Había visto su perfil en uno de los sistemas busca parejas en los que ella se había inscrito ante-riormente.

“Hola, me llamo Tomás, vivo en la misma ciudad que tú. Me encantaría conversar contigo personalmente, si no te incomoda. Creo que tenemos muchas cosas en común, mi teléfono es…”.

Al leer esas líneas, Roxana no supo qué hacer. Le daba mucho miedo volver a equivocarse y prefirió no responder el correo. A los pocos días, su curiosidad pudo más y se puso en contacto con este nuevo desconocido.

La avidez de afecto es el impulso perpetuo que conduce a seguir arriesgándose si el premio es llegar al amor.

Luego de algunas conversaciones virtuales, Roxana aceptó conocer a Tomás. Recelosa, pero a la vez con la pequeña esperanza de que esta vez no podía pasarle algo peor. El encuentro se dio en una discreta cafetería de la ciudad. Con un bello traje celeste, Roxana lucía más joven de lo que era. Tomás llegó puntual, la esperó quince minutos, al verla ante él sonrió y se presentó con mucha amabilidad. Él dio inicio a la plática y notó que Roxana estaba nerviosa y algo incomoda, pero buscó que se calmara haciendo bromas. Luego de una hora de conversación, ella pudo relajarse y hablar mejor con él. Se contaron la forma

en la que habían llegado al país y sus expectativas de vida. Tomás le pidió volver a verla y conocerse un poco más.

Roxana fue cuidadosa e intentó no entusiasmarse con su nuevo amigo, pero este la llamaba y le dejaba correos cariñosos. Las salidas se volvieron más frecuentes y Tomás le pidió que confiara. Roxana aceptó, con mucho miedo y prudencia, entablar una relación amorosa. El trato agradable la sorprendía. Tomás era un tipo al que le gustaba brindar detalles a su pareja y con un sentido del humor contagioso.

A los tres meses de relación, Tomás le propuso a Roxana vivir juntos y, con ello, reducir gastos para ambos. Ella aceptó de inmediato y se mudaron a un cómodo y acogedor departamento en la ciudad. Se trataban con mucho cariño y respeto. Pero con el correr del tiempo Tomás fue observando que Gonzalo, su aún esposo, la llamaba y se negaba a darle el divorcio y que gran parte de los gastos de sus hijas los pagaba ella. Le costaba ahorrar para hacer mejores planes juntos.

Roxana entraba en crisis de tristeza que conmovían a Tomás, pero también lo inquietaban. Le molestaba que ella no tuviera fuerzas para defenderse de su aún esposo y entablarle un juicio por alimentos, pese a sus consejos no lo hacía, como si en el fondo quisiera evitar sentir que lo acusaba. Esa cobardía hizo que Tomás decidiese romper con ella al año de relación. Los planes que había trazado a su lado eran difíciles de cumplir por la indecisión de Roxana y porque además no se esforzaba por hallar un mejor empleo.

Roxana vive ahora con una amiga, ha encontrado un mejor empleo y ha logrado que Gonzalo firme el divorcio. No tiene mucho tiempo para salir y sigue usando el chat para conocer gente. Pasa un promedio de tres horas diarias conversando con hombres de distintas nacionalidades y espera que su suerte mejore. Por lo pronto, se ha vuelto a ilusionar con un italiano que vive en Estados Unidos y se prepara para conocerlo. No soporta la soledad, no puede vivir sin amor y, aunque fracase nuevamente, prefiere arriesgarse hasta encontrar al compañero de su vida.

13

Mujeres que aman el estatus

Ellas buscan a un hombre que les dé todo tipo de comodidades y estatus social. El matrimonio es una inversión y ser parte de una élite social es su meta. Por lo general, tuvieron carencias en la infancia y se avergüenzan de ello. Escogen hombres por quienes no sienten amor, con quienes son agresivas y manipuladores hasta lograr apartarlos de su familia y amigos. Las metas materiales son su principal motor.

El dinero otorga ese sentido de poder y omnipotencia a los hombres que quieren comprarlo todo, hasta el amor. La soberbia, el deseo de aparentar y en el fondo su miedo a la soledad, no les permite ver que la mujer que escogen, y un día cena con ellos regalándoles su ternura y sensualidad, mañana puede ser quien los deje arruinados y sin sonrisa.

La dama camina por las calles, elegante y fastuosa. Entrenó la mirada y el porte, el tono de voz y el quehacer. Pero oculta, muy en el fondo de su alma, ese pasado que le parece una pesadilla y le avergüenza recordar.

La dama

La ambición suele llevar a las personas a ejecutar los menesteres más viles.

Por eso, para trepar, se adopta la misma postura que para arrastrarse.

Jonathan Swift

LA ESCUELA PÚBLICA

Viviana vivía en el Rímac. Fernando, su padre, era vendedor de ropa en una galería de Gamarra, y su madre ama de casa. Tenía tres hermanos y, pese a las largas jornadas de Fernando, el dinero no era suficiente para ahorrar y mudarse como ella soñaba.

Era una niña callada y caprichosa, odiaba ir al colegio porque le parecía sucio y lleno de niños agresivos. Tenía, de manera innata, gusto por lo costoso, por lo que sus padres no le podían dar. Se las arreglaba para que su padre la consintiera y terminara regalándole lindas prendas que vendía y, si bien no eran de marca, al menos la mantenían a la moda.

Al culminar la secundaria, detestaba cada vez más la pequeña casa en la que vivía. Hería a su madre diciéndole: “Ay, mamá, no sé por qué no escogiste un mejor marido. Vivimos en esta casucha y todo este barrio está rodeado de locos y delincuentes. No veo la hora de largarme de aquí”.

Los hermanos de Viviana eran más sencillos, asumían su forma de vida con dignidad y se esmeraban en los estudios para poder trabajar. Viviana no era muy buena en los estudios, no quería ir a la universidad, prefería seguir una carrera corta. Se matriculó en un instituto para ser técnica de turismo y hotelería, para pagar los costos, su padre le propuso ir a vender con él a Gamarra, de modo que todas sus ganancias fueran destinadas a su educación. Ella aceptó con rabia, pero planeaba que fuera temporal y hacer realidad sus sueños de grandeza.

En el mercado de Gamarra, Viviana se hizo conocida y fue apodada la Pituca del Rímac, porque se cambiaba a diario de atuendo y su cabello largo teñido de rubio le daba cierto aire de falsa distinción.

LA DUEÑA

A los tres meses de trabajar con su padre, Viviana empezó a ser cortejada por Fausto, joven microempresario que además era dueño de cuatro tiendas de ropa. Fausto era de Huancayo y casi no había tenido preparación, pero creció con perseverancia y empeño. Gozaba de una situación económica respetable y prometedora. Desde que conoció a Viviana, quedó enamorado de ella y por muchas semanas intentó invitarla a salir, pero ella lo rechazaba con el pretexto de que no tenía tiempo por sus estudios.

En realidad Viviana lo hallaba vulgar y ansiaba conocer a alguien mejor, pero pasaban los meses y no ocurría. Los regalos de Fausto se iban acumulando en su cuarto y, al ver su calidad, decidió aceptar salir con él.

En tiempos de hambruna por guerra o amor, algunos dicen "mejor un bocado que me sacie, antes que morir en soledad".

Fausto sabía que Viviana no era una chica sencilla, tendría que invertir en llevarla a finos lugares y engreírla lo más que pudiera, si quería tener una mínima esperanza con ella. En su primera cita la llevó al más fino restaurante de Miraflores. Lo hizo en el auto que solo usaba para ocasiones especiales. Ella sonreía y le contaba de sus proyectos cuando culminase la carrera. Al notar que Fausto la complacía en todo, ella aceptó su propuesta de ser enamorados. Nadie en la zona podía creerlo porque, meses antes, habían visto que lo trataba con desprecio y la habían escuchado decir que jamás pasaría nada.

A los dos meses de relación, Viviana logró que Fausto la nombrase administradora de dos de sus tiendas. La nueva administradora dejó de vender en las calles de Gamarra para supervisar varias vendedoras. Era autoritaria y algo

déspota, como si olvidase que también había estado en ese lugar. Además, se alejaba cada vez más de su familia y el poco tiempo que pasaba en casa lo usaba para encerrarse en su habitación a dormir.

Luego de un año de relación, Fausto le propuso matrimonio. Ella le dijo que prefería convivir por unos meses para conocerse mejor. Continuó con sus labores e hizo crecer la tienda incrementando su cartera de clientes, pero también su nivel de gastos creció. Usaba ropa de marca y exigía los mejores regalos, pero no amaba a su novio y cada día le costaba más disimularlo.

Con las ganancias de la tienda, Viviana pudo ahorrar dinero e invertirlo en una tienda propia. Había planificado manipular a Fausto hasta convencerlo de nombrarla socia de sus negocios. Luego de ello, fue buscando pretextos para irse alejando de él hasta abandonarlo.

La mujer cazafortunas es como el reptil que se arrastra entre la maleza para capturar a su víctima.

Fausto tuvo que soportar las frases humillantes que Viviana le decía: “¡Eres un conformista!, ¡toda la vida quieres pasártela en este mercaducho y vivir en este departamento tan chico!”. No le importó que Fausto lo había dado todo por ella, incluso había sacrificado el cariño de sus padres para mantener la relación, porque nadie la aceptaba.

UN PELDAÑO MÁS

Instalada en un sencillo pero lindo departamento que alquiló en Jesús María, Viviana continuó laborando en sus dos tiendas de ropa, una ubicada en Gamarra y otra en Miraflores. Ese era el resultado de su relación de dos años con Fausto y, tal como lo soñó, se alejó del barrio humilde en el que vivían sus padres. Pero ella aún quería más.

Con mejor porte y atuendo, Viviana acudía a cuanta reunión importante la

invitaran. En una de ellas conoció a Mario, abogado perteneciente al cuerpo diplomático peruano, que además de ser culto, era apuesto y de buenas costumbres. Viviana lo vio y decidió conquistarlo. Tenía el perfil de hombre con el que había proyectado su vida y, pese a saber que estaba comprometido con una bella chica, se le acercó y buscó ser su amiga.

Mario encontró en ella a una mujer exótica y emprendedora. Hablaban de negocios y le sorprendía la experiencia que tenía como microempresaria, además de su proyección en la vida. Viviana le ocultó la forma en que había obtenido todo. Le pintó una historia diferente, le dijo que gracias a su esfuerzo en las calles ahora tenía dos tiendas y era distribuidora.

Hay mujeres que crean una vida, una historia, porque sin ella mirarse les pesa demasiado.

Mario disfrutaba de las conversaciones con su nueva amiga, y la comparaba con su novia, que pese a ser bella y de buena familia era de pocas actividades, algo infantil y celosa, no aspiraba a lograr demasiado porque lo tuvo todo desde niña y ni siquiera sabía cocinar. Mario se fue involucrando con Viviana, la veía a espaldas de su prometida y, en menos de dos meses de haberse conocido, disfrutaban de la pasión y la locura que los embargaba.

Viviana era una experta en el arte de impactar visualmente a un hombre. Usaba trajes finos y provocativos que dejaban a Mario perturbado y ansioso. Para retenerlo, dejó de verlo con frecuencia, se hacía extrañar y cuando la llamaba desesperado le decía: “Si me quieres ver, ¡déjala!”.

Mario obedeció sin ninguna culpa. Terminó con su noviazgo de cuatro años por ella. Viviana pasó a ser la enamorada del diplomático y, en menos de un año, la prometida. Sin embargo, ocultaba a sus padres, tenía vergüenza de ellos, había inventado que estaban separados y vivían en provincia, que no se llevaba con ellos y que estaba sola en el mundo.

Ante su prometido, Viviana era la novia más amorosa y comprensiva. Sabía cómo halagarlo y complacerlo, pero eso tenía un precio. Mario no quería reconocer que ella fingía engreimiento y antojos para conseguir lo que anhelaba.

Primero le pidió un auto y luego, tras jurarle un inmenso amor, le decía que soñaba con ser su esposa lo más pronto posible.

NO TODOS LOS OJOS SON CIEGOS

La señora Hilda era la refinada y cauta madre de Mario. Era perceptiva y quería lo mejor para su hijo. Cuando conoció a Viviana, sintió un rechazo incontrolable hacia ella, la veía corriente a pesar de lo bien vestida que estaba, no le gustaba su tono de voz y no hallaba since-ridad en su mirada. La forma en que Viviana cogía del brazo a su hijo y el hecho de no separarse de él en la cena donde fue invitada, le dejó claro que buscaba cazarlo.

Los gestos hablan del sentir, de los miedos y las culpas, de lo que somos y seremos. Son el espejo del alma.

Cuando la señora Hilda logró conversar con Viviana, le preguntó qué había estudiado y qué aspiraciones tenía en la vida. Viviana intentó mostrarse segura: “Soy empresaria, señora. Me dedico a las confecciones hace años y espero crecer en ello. Por ahora no me da tiempo de estudiar más, pero sí lo haré”, le dijo.

Ante las preguntas sobre el paradero de sus padres y sus hermanos, Viviana contó una historia desgarradora e inverosímil, pero la madre de Mario no sabía cómo comprobar sus sospechas. Como nada queda oculto bajo el sol, una de las empleadas del hogar que tenía la señora Hilda reconoció a Viviana. Le contó a su patrona que le parecía haberla visto hace algunos años vendiendo ropa en Gamarra con su papá, que conocía el puesto y podía llevarla. Aquella luz en el camino de la madre de Mario, parecía un milagro para salvar a su hijo.

La señora Hilda acudió a Gamarra en compañía de su empleada Martina y se acercó al puesto de quien sospechaba era el padre de Viviana. El señor Fernando, dueño del stand, sonrió amable a las mujeres que tenía en frente.

“¿Qué buscan, damitas? ¿Qué ropita les muestro?”, la señora Hilda fue directa:

“¿Usted es el padre de viviana?”.

El rostro del señor Fernando se iluminó de emoción y sorpresa: “Sí, señora. ¿Usted es amiga de mi hija? No sé nada de ella hace mucho. Tiene otra vida y parece que no tiene tiempo para nosotros”, dijo sonriendo.

Pronto, el señor Fernando le contó su vida entera llena de esmeros y sacrificios, y la infancia de su hija. La señora Hilda se compadeció de aquel hombre al que veía honesto y trabajador. No le dijo que era novia de su hijo, prefirió callar para usar la información lo mejor posible.

Al observar que su hijo estaba cada vez más entusiasmado con la idea del matrimonio, la señora Hilda optó por desenmascararla frente a él. Los invitó a tomar lonche y luego le preguntó a Viviana nuevamente acerca de sus padres, pero esta vez frente a Mario. Viviana se puso nerviosa. Volvió a mentir contando que la habían abandonado y que estaban en provincia.

“Pues tu padre es un encanto. Vende ropa lindísima y lo he hallado para ti. Está en Lima y, por lo que supe, jamás te abandonó y sé también que rompiste con tu ex novio porque no pudo complacer tus caprichos”, le dijo Hilda con sarcasmo.

Viviana se puso a llorar y se levantó de la mesa diciendo sentirse ofendida y abandonó el lugar. Mario, enojado, fue tras ella y trató de consolarla.

Mario fue duro con su madre, defendió a Viviana y le prohibió volver a molestarla con sus preguntas. No le importaba lo que sabía sobre su pasado; creía en la mujer que amaba y no permitiría objeciones. Para evitar que su novia dudara de sus sentimientos, le propuso matrimonio de inmediato, aceptando todos los requerimientos que ella hiciese.

Hay hombres que nacieron para rescatar víctimas falsas, no ven que algún día ellos cumplirán ese rol.

LA DESPEDIDA

Viviana decidió no pisar más la casa de Mario hasta que fuese su esposa. Evadía a su suegra y la ignoró en los preparativos de la boda. Estaba próxima a cumplir su meta, se pasaba largas horas viendo revistas y recorriendo tiendas exclusivas para escoger cada detalle de la ceremonia. La madre de Mario veía con dolor que su hijo era reacio a darse cuenta de la realidad. Pese a todos sus esfuerzos, no logró sacar del camino a su futura nuera; por el contrario, su hijo la consentía más y olvidaba que tenía madre, la anuló por completo y no solo dejó de ser cariñoso con ella sino que se volvió hostil y agresivo. Si su madre se atrevía a hablar mal de Viviana, dejaba de hablarle y visitarla.

Un hijo encaprichado por amor es como un perro con rabia, que aun con el antídoto morirá con el mal.

Viviana se sentía como una reina a punto de ser coronada pero, en el fondo, no amaba a Mario tanto como amaba su forma de vida y lo que podía darle. Ella tenía un amor oculto. Se trataba de un trabajador de Gamarra con quien tuvo una larga aventura y al que no podía olvidar.

Era el único hombre con quien podía ser ella misma y disfrutaba hacer el amor, pero su conformismo y estilo vulgar lo anulaban como pareja. Sin embargo, un mes antes de la boda, lo llamó y lo citó en el lujoso apartamento de su novio, aprovechando un viaje fuera de Lima.

Óscar apareció en el séptimo piso de aquel edificio en San isidro donde Viviana lo había citado. Al verla, quedó sorprendido porque estaba más linda y renovada que antes. La abrazó cariñoso y charlaron largo rato. Óscar seguía enamorado de ella pero se conformaba con ser solo su amante.

Aquella noche, Viviana estuvo en los brazos de Óscar y se sintió feliz. Le dijo entre susurros que lo amaba y quería verlo siempre. Él no se negó. No le importaba el dinero. Ser el amante de la novia del diplomático lo hacía sentir especial porque no era apuesto como Mario, pero era por quien Viviana se arriesgaba a ser descubierta. Se vieron todos los días que el novio estuvo de viaje y ni los ajetreos por organizar la boda hicieron que Viviana dejara de meterlo a su cama para disfrutar a su lado. Mario llamaba a Viviana tres veces al día para saludarla y mimarla, pero algunas veces el teléfono estaba apagado.

Ingenuamente pensaba que su fiel novia estaba ocupada en reuniones o dormida.

LA DAMA DE HIERRO

El día del matrimonio todo fue un despliegue de lujo y confort que arrancó comentarios entre los invitados. La madre de Mario acudió solo para evitar que su hijo se alejara más de ella, pero estaba convencida de que él iba camino a la infelicidad.

Viviana fue distante y hasta déspota con su suegra, apenas la saludó durante la ceremonia y evitó tomarse fotos con ella, hecho que también fue notado por los asistentes. La flamante novia manejaba hasta el mínimo detalle frente a la pasividad de Mario, quien era incapaz de notar el desprecio y la humillación de su nueva esposa para con sus suegros.

La mujer que humilla a sus suegros, en el fondo, teme que sus miradas develen su real identidad.

Durante la luna de miel en Europa, Viviana pidió como obsequio un guardarropa nuevo y cenas solo en los lugares más exclusivos. Su ahora esposo no le negaba nada, la consentía porque se sentía un hombre afortunado y el dinero no era problema para él, pero no imaginaba que aquella mujer que en las noches románticas de París le prodigaba caricias y placer, tenía reservadas varias sorpresas.

De vuelta en Lima, Viviana le pidió renovar los muebles del departamento, a pesar de que eran nuevos.

“Si no quieres que lo haga, no pienso arreglar nada de este lugar”, le diría con un tono imponente. Este terminaría por aceptar. Luego de aquel primer cambio, Viviana le pidió a su esposo usar sus tarjetas de crédito y empezó a disponer del dinero a su gusto. Como Mario siempre estaba recargado de trabajo, un amigo suyo que velaba por sus cuentas en el banco lo llamó preocupado: “Mario,

hermano, ten cuidado con tus gastos. Este mes han volado tus tarjetas y tendrás que tocar tus ahorros para pagarlas. Me extraña, porque tú eres muy mesurado. Te voy a enviar el nivel de gastos para que lo mires", le advirtió.

Ante aquella información, Mario llamó a su esposa y le pidió gastar un poco menos para no perder los ahorros que tenían. Viviana lo tomó a mal: "Yo solo intento que tú vivas feliz y me criticas. No entiendo, en las cenas que haces en casa con tus invitados no escatimas", le respondió.

Fingir ser víctima para ocultar el pecado es la llave que usan a diario las mujeres que tratan a los débiles como sirvientes.

Viviana trabajaba cada vez menos en la tienda de ropa que tenía. Luego del año de casada, decidió cerrarla porque salió embarazada. Como madre, exigió tener dos nanas. Además, se volvió más fría con su esposo, solo le sonreía cuando le daba dinero para cumplir sus antojos. Él comenzó a sentirse solo y abrumado al lado de una mujer que no era la que conoció.

Mario se refugió en el trabajo y llegaba tarde a casa con más frecuencia. Huía de su esposa, aunque no tenía valor para dejarla. No soportaba escuchar sus gritos o reclamos y, por ello, intentaba complacerla en lo que podía. Al nacer su hijo, este se convirtió en su consuelo, pero comprobaba atónito que Viviana ni siquiera era una buena madre. Llegaban a su mente los consejos de su madre respecto de no casarse con ella. Ya era tarde para mirar atrás.

El tiempo pasó y Mario continuó creciendo profesionalmente, pero estar en casa le parecía el peor castigo. Su mujer solo hablaba de gastos y se quejaba todo el tiempo de lo que no tenía. Algunas veces, Mario reaccionaba y le decía que se iría de casa, pero ella asumía la actitud de víctima. Antes de permitir que la abandonase, se embarazó por segunda vez.

Cuando los dos niños ya tenían tres y un año respectivamente, viviana se sometió a una lipoescultura para recobrar su figura. Pasaba poco tiempo con los pequeños, con quienes solo salía si quería comprarles algo o para paseos en el club. Era ostentosa y le encantaba que la gente hiciese comentarios de lo bien vestidos que estaban sus hijos o acerca de si tenían los juguetes más caros y

modernos.

Hay madres que nacieron para presumir lo que no tuvieron de chicas, porque quizá con ello alivian su frustración.

Los padres de Mario lo visitaban poco y Viviana evitaba estar en casa cuando ocurría. Paralelamente, sin que Mario lo advierta y bajo la sospecha de su suegra, continuaba viendo a su amante.

Actualmente, Mario continúa siendo muy infeliz. Se encuentra atado a una mujer a la que teme. Le ha comentado a sus amigos cercanos que espera que sus hijos crezcan para divorciarse, pero todos dudan de que tenga el valor de hacerlo. viviana sigue amargada y ahora planifica sus vacaciones en el Caribe con sus amigas del colegio. Se lleva mal con su hijo mayor, porque no la obedece y su pequeña de dos años que aún no comprende lo que pasa se refugia en los brazos de su nana, porque su madre suele no estar en casa.

Viviana no ha vuelto a ver a sus padres pese a saber que su mamá está delicada de salud. Su padre llora cuando la recuerda, pero se siente profundamente herido y no desea verla. Continúa como vendedor de ropa y sus otros hijos son su consuelo porque trabajan honradamente y velan por ellos con amor y gratitud.

14

Mujeres con amores platónicos

Aquí se hallan las mujeres que viven enamoradas de hombres que no les corresponden, pero aun así buscan estar cerca de ellos, les basta contemplarlos. Poseen una marcada dependencia, y un alto porcentaje no logra salir de ella porque no buscan ayuda. Ven pasar su juventud y desperdician la oportunidad de ser amadas.

Sentada en su rincón, viendo la vida del resto pasar, encerrada en su mutismo y desconsuelo, vive la secretaria. Leal y eficiente, lleva como consigna en el alma el sacrificio estoico e inexplicable.

Ella ama en silencio y espera lo imposible. Se conforma con una sonrisa y el constante reconocimiento a su labor. Se acostumbró al dolor absurdo y nadie puede ayudarla porque es la secretaria de traje azul que cada mañana abre las ventanas para hallar la luz, aunque no llegue a su corazón.

La secretaria

Yo te amaré en silencio... Como algo inaccesible,

como un sueño que nunca lograré realizar y el lejano perfume

de mi amor imposible rozará tus cabellos... Y jamás lo sabrás.

José Ángel Buesa

EL ORGULLO DE CASA

Margarita era la menor de tres hermanos. Su hogar de clase media le había permitido estudiar en un prestigioso colegio religioso y, gracias al cariño de sus padres, nunca tuvo carencias económicas. Pese a ser mimada por su padre, Margarita era estudiosa por naturaleza y sus notas fueron altas desde inicial.

Con los años, Margarita decidió estudiar secretariado ejecutivo bilingüe. Tenía el sueño de laborar en una transnacional y viajar por todo el mundo capacitándose aún más.

Su primera práctica la hizo en un ministerio, como asistente de un coronel desordenado e imponente. Margarita le arregló la vida en dos días, puso al día sus archivos y contribuyó a que su humor mejore. ismael vivía agradecido de que la jovencita delgada, de rostro fino, le fuese asignada. La mantuvo a su cargo hasta antes de cambiar de área de trabajo.

En premio a su inmenso apoyo, el coronel Montes, recomendó a Margarita en una importante empresa española donde mejoraría sus ingresos y accedería a mejores oportunidades. El nuevo logro era el orgullo de la familia, sus padres pensaban que iba camino a cumplir esos sueños que trazó como meta de vida.

En la nueva empresa, Margarita fue recibida con algo de indiferencia. Estaba en

un edificio donde ella era una secretaria más. Pese a ser recomendada, no gozó de preferencias ni mimos, todo lo contrario, atendía a dos jefes que los primeros meses solo la atiborraban de trabajo y no tenían ni la más mínima consideración con ella. Le hablaban en tono altanero y siempre le exigían rapidez.

El amo alza la voz y humilla porque en el fondo carece de voz interna. Está perdido y teme perderlo todo. Necesita de sirvientes para acallar el ruido de sus tormentos.

Después de un año en la empresa, Margarita padecía de gastritis y apatía. Comía fuera de horas por el exceso de trabajo y llegaba a casa tarde sin ganas ni tiempo para salir a divertirse.

Una mañana en que, como siempre, llegaba a la oficina antes que la mayoría, Margarita subió al ascensor y con ella un hombre de rasgos europeos. Por su indumentaria y porte, parecía ser un miembro importante de la empresa.

“Buenos días, señorita”, le dijo al verla. Margarita apenas tuvo valor de contestarle el saludo, pero aquel señor vio algo en ella que llamó su atención. Rápidamente le preguntó en qué área laboraba y le dijo que se acercara a su oficina por la tarde para entrevistarla, pues se hallaba sin secretaria.

LA ENVIDIA EN PIE

Con el pretexto de acudir a una cita médica, Margarita pidió permiso a sus jefes y subió al octavo piso donde el señor Lorenzo la esperaba para la entrevista. Margarita estaba nerviosa y llevaba su currículo en una carpeta prolija y ordenada. No entendía por qué razón aquel hombre importante la había llamado, si su experiencia no se comparaba con la de sus otras asistentes, mujeres imponentes y hermosas.

Una de las asistentes, llamada Sara, la miró con desdén y la anunció ante el ejecutivo. Lorenzo sonrió al verla. Le dio la mano con amabilidad y le preguntó,

mientras bebía Coca Cola, sobre su experiencia laboral. Margarita contestó segura y le comentó que estaba terminando de estudiar chino, pero que hablaba inglés y francés fluidamente.

Lorenzo percibió que era una chica empeñosa y discreta, de esas que callaban todo y daban la cara por los jefes: “Jamás me equivoco con la gente. Tú trabajarás solo para mí, necesito que seas mi secretaria personal”, le dijo en tono firme.

Margarita no podía creerlo y sonrió nerviosa. Le agradeció la confianza y prometió no defraudarlo, además lo halló tan guapo y fino que hasta le daba miedo que, con el tiempo, se avergonzara de ella al decir que era su asistente personal.

La inexperiencia en el amor convierte, ante los ojos, a un común mortal en un príncipe. Desata la ilusión.

Cuando Margarita les comunicó a sus jefes que uno de los miem-bros del directorio del emporio industrial la había asignado como su asistente personal, ellos no le creyeron. Sonrieron sarcásticos y le dijeron que sin una orden de él no podían dejarla ir. A los pocos minutos, el jefe de recursos humanos les confirmó la noticia y el pull de secretarias comenzó a chismosear y a realizar comentarios sobre Margarita: “Las calladitas son las peores”, dijo Analí, la más obesa y antigua de todas.

“La flaca debe ser buena en la cama, pues. Sabe Dios dónde se metió con el guapísimo Lorenzo”, agregó verónica, la más vulgar.

Nunca antes le habían dirigido más que el saludo, pero esa noche, Margarita fue interrogada por casi todas. Cuando contó la historia de su contratación, no le creyeron, se rieron de ella: “Bien jugado, flaca. Aprovecha al papacito que tienes de jefe, mientras puedas”, le dijeron.

Los padres de Margarita, el señor Tomás y la señora Cecilia, se sintieron aliviados con la noticia. Pensaban que en el nuevo puesto, su hija sería mejor tratada y volvería a sonreír. La notaban muy delgada y sin poder abandonar las

pastillas para la gastritis.

MIS OJOS Y MEMORIA

Al principio, el español Lorenzo le pidió a Margarita que ordene su agenda y archivos. El empresario quedó sorprendido con la rapidez que fue ejecutada esta tarea. Luego, la perfección de sus cartas y memos lo hizo sentir protegido ante el directorio, había conseguido a la secretaria más eficiente del staff, pero por precaución no le decía lo bien que hacía todo. La observaba y buscaba comprobar si su ritmo sería constante.

En seis meses a su lado, Margarita se volvió indispensable para él porque, además, pasó a recordarle hasta las reuniones familiares y a resolverle los convenios con el seguro médico y del auto. Margarita era observadora, y si notaba que algún miembro del directorio intentaba indisponerlo se lo decía para que tomara precauciones.

Lorenzo siempre tenía una sonrisa para ella y un halago que la hacía ruborizar. Le traía chocolates y le obsequiaba todas las agendas que le sobraban. También tramitó que Margarita recibiera un dinero extra para pagar sus nuevos estudios. Ella volvió a sonreír, se esmeraba porque su jefe no tuviera contratiempos y que nada alterara su humor. Memorizó hasta sus gustos culinarios y pronto se hizo amiga, por teléfono, de sus padres y sus mejores amigos.

El amor incondicional es una fuerza que anida en pocos, aunque su suerte vaya camino al barranco y abrace solo el peso de la ingratitud.

Lorenzo era un soltero codiciado y Margarita lo sabía. Más de una bella mujer lo visitaba y llamaba, pero hasta para evadirlas o cortejarlas su fiel secretaria era útil. Margarita redactaba las tarjetas de las flores que enviaba a sus conquistas y de los regalos costosos que el mensajero dejaría en las oficinas y casas de damas que iban y venían en la vida de su jefe. Aquello la entristecía, volvía al mutismo y se encerraba en casa los fines de semana. Su juventud parecía no importarle,

solo hallaba alegría cuando aquel hombre de ojos brillantes la miraba con ternura.

Lorenzo solía olvidar que los fines de semana Margarita descansaba. La llamaba para que le hiciese recordar alguna cosa que olvidó o para pedirle llamar clientes desde su casa. Jamás preguntaba si ella saldría con sus amigos o si tenía planes que le impidieran llevar a cabo lo encomendado fuera de la oficina.

El egoísmo que se deja crecer es una forma de maltrato, que cae sobre los débiles sin dignidad.

“Margarita, eres lo máximo, mis ojos y memoria. No sé qué sería de mi vida sin ti”, le decía Lorenzo, luego de lo favores recibidos.

Aquella frase bastaba para que Margarita sintiera que era importante en su corazón, lo amaba, pero no aspiraba a tenerlo ni conquistarlo. Se creía poca cosa para que un hombre como él la mirara con amor.

La madre de Margarita observaba con angustia que su hija salía poco y que en su mente solo había espacio para su jefe. El brillo en los ojos de Margarita al hablar de él le reveló que estaba enamorada.

“Mamá, hablas estupideces. Mi jefe solo es un gran amigo, yo estoy contenta con su trato. ¿Cómo se te ocurre que podría estar enamorada?”, le dijo enojada.

Pero los hechos hablaban por sí solos. Cuando Margarita sabía que su jefe salía oficialmente con una nueva novia, entraba en largos silencios y comía lo mínimo para sostener el cuerpo. Otras veces, lloraba a escondidas, pero su madre la escuchaba y veía sus ojos rojos e hinchados. Todo era inútil, Margarita no escuchaba a su madre.

EL VIAJE

El trabajo en la empresa obligaba a Lorenzo a viajar con frecuencia al exterior. Esta vez, tendría una convención en España que lo obligaría a preparar ponencias y acuerdos con clientes. No imaginaba cómo podría manejar su agenda en el exterior y decidió que Margarita lo acompañara. Con una gran sonrisa y entusiasmo el español le dijo: “Chica genio, nos vamos a Europa. Quiero que me acompañes a la convención y de paso te paseas, porque te lo mereces. Te voy a regalar una muy buena bolsa de viaje y te vas a hospedar en el mejor hotel, como yo”.

Margarita quedó sin habla y, de la emoción, soltó una lágrima.

Pero el español solo volvió a sonreír y le dijo: “No estoy mintiendo, espero que esa lágrima sea de alegría. Margarita se deshizo en agradecimientos y prometió, una vez más, hacer lo mejor para que él estuviese bien servido”.

Algunas mujeres viven una historia donde el espejismo y la utopía son necesarios para sentir que existen. Esperan, aun sabiendo que nada recibirán.

Aquella noche, Margarita llegó a casa feliz y llenó de besos a sus padres. Luego salió de compras con una amiga y buscó los mejores trajes, quería estar lo más presentable posible. Jamás imaginó que conocería España, y menos que viajaría con el hombre que amaba tanto. Soñaba con que quizá lejos de Lima la viera diferente, y cenando o charlando supiera que ella tenía mucho para darle.

El día del viaje, Lorenzo se portó con Margarita como el más galante de los hombres. Se sentó a su lado en la clase business del avión y comenzó a charlar con ella como si fuesen viejos amigos, le contó de su infancia y de lo contento que estaba de por visitar a su familia en Madrid. Como nunca antes, le preguntó a Margarita por sobre sus gustos y sus planes futuros. Pero cuando abordó el tema de amores, su fiel secretaria solo dijo: “No, señor Lorenzo, yo no tengo novio. Creo que no tengo suerte para eso”.

Lorenzo sintió, por primera vez, pena por su secretaria y la llevó a pasear por los lugares más importantes de Madrid. Fue su guía y además de ello le regaló recuerdos típicos. Le hacía muchas bromas para verla contenta. Aquello fue como un sueño para ella, aunque no era su novio, imaginaba que lo era, no

quería pensar en el después ni ver la realidad.

Al día siguiente, la cantidad de reuniones y eventos en los que Margarita apoyó al español, fue agotadora. Si bien conoció a persona-lidades del campo empresarial y fue felicitada por su trabajo, apenas podía hablar con su jefe, quien como de costumbre parecía ignorarla a la hora de almorzar y cenar. Esta vez, Margarita tenía que salir sola o con alguna de las otras asistentes que, en sus ratos libres, buscaban divertirse.

Lorenzo no perdió la oportunidad de compartir su lecho con alguna bella colega del consorcio. Había ido por negocios, pero no sabía dejar el placer de lado, y nuevamente llamaba a Margarita y le pedía que comprara el mejor perfume y el ramo de rosas más bello para la desconocida. Al escuchar las órdenes por teléfono, Margarita apenas podía controlar la voz entrecortada, sus ojos se llenaban de lágrimas y se encerraba en el hotel tomando pastillas para dormir. Aquel sentimiento la volvía prisionera de sí misma, pero no tenía fuerzas ni convicción para generar un cambio de vida.

Hay mujeres que se acostumbran al desamor, y son como estatuas inertes sin voluntad y sin fe.

A la mañana siguiente, el español llamó a Margarita y la invitó a desayunar antes de las reuniones. La situación resultó peor para ella, porque su jefe se la pasó contándole los detalles de la maravillosa mujer con la que había salido. Margarita tenía ganas de gritarle: “¡Basta, me lastimas!”, pero no era capaz. Sabía que no tenía ese derecho y se limitaba a repetir sus mismas falsas opiniones: “Es muy bonita, señor. Se ve distinguida”.

Cuando la expresión de tristeza en su rostro era evidente, Lorenzo le decía: “Margarita, ¿te pasa algo?”. Ella volvía a mentir argumentando que solo se trataba de cansancio. España ya no le parecía hermosa; era gris y contaba las horas para regresar a Lima. Pero, como si el destino se burlara de ella, su jefe le dijo que irían juntos al baile de ejecutivos de la compañía por si la necesitaba para algo. Le dio dinero y le dijo que se comprara un bello traje.

EL BAILE

Un salón con capacidad para quinientas personas en una exclusiva zona de Madrid fue el punto de reunión de aquel baile que marcaría aún más la vida de Margarita. Como se lo pidió su jefe, se compró un hermoso vestido color naranja y decidió llevar el cabello suelto para mostrar los rizos que solían disgustarle. Quería ser ella misma aunque solo fuese esa noche. Fue a la peluquería y un fino maquillaje en su rostro hizo resaltar sus lindos ojos color café.

Cuando Lorenzo la vio llegar al recibidor del hotel, quedó impresionado. Sin demora la llenó de elogios: “Qué sorpresa increíble, Margarita. Te ves muy guapa, mira qué rizos bellos tienes y nunca los luces. Hoy me envidiarán la secretaria”.

“Gracias, señor”, apenas pudo decir Margarita, sonriendo ruborizada.

Durante la reunión, todo transcurría monótonamente para Margarita. Algunos miembros del consorcio la sacaron a bailar, pero ella no se divertía, lo hacía por diplomacia. Su jefe estaba muy entretenido charlando y bebiendo con los dueños de la empresa o con las hermosas ejecutivas y reía como adolescente haciendo piruetas en la pista.

Cuando el alcohol ya había causado ciertos estragos, Lorenzo se acercó a Margarita y le dijo: “Hey, hey. Esta noche no te escapas, quiero bailar con mi bella secretaria”, sin que ella pudiera evitarlo, la tomó de la mano y la cogió por la cintura.

Bailaron una cumbia pero, al ver que Margarita bailaba mejor de lo que pensaba, el español no la soltó. Luego vino una balada: “Uy, o yo estoy viejo o tú eres una caja de sorpresas. Si esto sigue así, mis novias se pondrán celosas”, le dijo al oído.

El corazón de Margarita latía con más fuerza. ¿Acaso mi jefe por fin me miró?, pensaba.

El hombre conquista por poder, por ego y también por diversión.

Aquella noche fue la más feliz para Margarita. No logró dormir pensando en las veces que su jefe había tomado sus manos y la había abrazado por la cintura, ni su risa ni su mirada fija tan cerca de ella. Aquello la envolvía en una fantasía maravillosa que creía la hacía feliz y no pensaba dejar. Miraba las fotos que se habían sacado juntos y con todos los empresarios. Preparaba un álbum que sería su mejor joya, la joya de sus sueños y deseos.

Al día siguiente debían retornar a Lima y Lorenzo amaneció de mal humor, le dolía la cabeza y llevaba gafas para ocultar las ojeras que le habían dejado el poco sueño y el licor. Con voz firme llamó a Margarita: “Por favor, apúrate. El chofer pasará por ti, tenemos que llegar a tiempo al aeropuerto”.

En el auto, el español apenas le dijo buenos días. Le pidió revisar la agenda y decirle qué reuniones tenía pactadas en Lima. Luego se puso a leer el periódico y no le dirigió la palabra.

En el vuelo de retorno al país, la situación fue peor. Lorenzo pidió una manta y no ser molestado. Durmió varias horas y cuando se despertó para cenar seguía malhumorado. Le dijo a Margarita que tenía mucho frío y que la comida estaba pésima. Todo parecía moles-tarle, hasta ella. Margarita no comprendía los cambios súbitos de conducta y su trato le dolía demasiado. Se sentía maltratada.

Aquella noche de baile, donde su jefe había demostrado ser alguien especial, parecía ahora ante los ojos de Margarita una farsa. Por primera vez cruzó por su mente el hecho de cambiar de empleo, de huir de este hombre que la confundía y la usaba. Pero al llegar a Lima y ya en días laborales, el agua volvió a su cauce. Margarita retrocedió nuevamente, pensó que en otro lugar no le pagarían tan bien y que, pese a lo que ella sentía, tenía beneficios especiales que le permitían estudiar y quizá, con el tiempo, abandonar aquel puesto por otro mejor.

Aplazar una decisión que libera es el reflejo de que el alma no sabe vivir sin tormento, que vive presa en la oscuridad.

LA SORPRESA

El tiempo pasaba con rapidez y Margarita ya tenía cuatro años como secretaria de Lorenzo. Lloraba menos y consideraba que su jefe era un soltero empedernido. Se había acostumbrado a comprar los obsequios para todas las mujeres con las que salía y sabía que era infiel. Algunas veces salía con dos a la vez y jamás hablaba de compromiso. Sin embargo, de aquel ramillete de conquistas, Grecia era la que nunca dejaba de frecuentar, a la que su jefe parecía tener más cariño.

Una mañana en la que había menos recarga laboral que de costumbre, Lorenzo llamó a Margarita y le dijo: “Necesito un favor especial de tu parte. Quiero que me ayudes a organizar mi boda. La he prolongado demasiado y Grecia está a punto de dejarme si no lo hago”.

Margarita enmudeció, los músculos del rostro parecían no responderle. Solo cuando su jefe alzó la voz preguntándole qué le pasaba, ella reaccionó poniéndose de pie y diciendo: “Sí señor, no se preocupe. Yo me encargo, pero ya vuelvo, tengo que ir al baño un instante”.

Margarita no fue al baño, salió corriendo de la oficina y caminó hacia el parque más cercano. Se sentó en una banca y lloró amargamente, como si su alma sangrara sin poder divino que detenga la hemorragia. No esperaba que su jefe formara un hogar y mucho menos que ella tuviese que organizar el evento. Se sentía sin salida, ridícula y confusa. Su teléfono no dejaba de sonar, pero ella no quiso volver a la oficina. Le dijo a su jefe que hacía días se sentía indispuesta y le pidió permiso para irse a casa.

La vida da los vuelcos que debe dar y pocos están preparados para ello, aman las utopías, esas que al desvanecerse solo dejan vacío y frustración.

Para controlar los nervios y la depresión que le generaba organizar la boda de su jefe, Margarita acudió a un especialista y pidió ser medicada. Si bien las pastillas

le causaban algo de sueño y malestar, se acostumbró a tomarlas y además contribuían a disminuir las migrañas que, por años, la azotaban. Adelgazó más de la cuenta y su madre se cansaba de pedirle que buscara otro empleo, pero Margarita aludía su estado al estrés laboral. Por las noches, hablaba cada vez menos con su familia y se encerraba en su habitación a ver películas o intentar dormir.

Hablaba por teléfono casi todos los días con Grecia y anotaba cada detalle que la exquisita y disforzada novia de su jefe le solicitaba. Notaba impresionada que escogía siempre lo más costoso y todo lo pagaba el novio sin queja alguna. Los días pasaban y, conforme se acercaba la fecha del enlace, Margarita se deprimía más y no pasaba una sola noche sin llorar.

Perder es un trago amargo, pero sentir que se pierde lo que nunca se tuvo deja la mente con la eterna interrogante de un ¿por qué?

El día del matrimonio, Margarita se excusó con su jefe. Mintió por primera vez y le dijo que su padre estaba muy enfermo y que no podría ir, que le deseaba toda la felicidad del mundo. Además, solicitó una semana de permiso, aludiendo que necesitaba cuidar a su padre, pero en realidad intentaba huir de todos los comentarios acerca del matrimonio. La noche en que el hombre que ella amaba se casaba, no tuvo más fuerzas y lloró largamente en los brazos de su madre. Le confesó sus sentimientos y pidió sus consejos. Su madre, con voz firme, le dijo: “Hija, reacciona. Debes alejarte de ese hombre o te quedarás sola”.

Antes de culminar la semana, Margarita buscó ayuda psicológica y tuvo que escuchar a la doctora que la atendía decirle que padecía de ‘dependencia afectiva’. Jamás había escuchado el término, pero al conocer de lo que se trataba, se vio plenamente identificada con el diagnóstico. Estaba harta de sufrir sin remedio y halló en su terapia la única esperanza para recobrar las fuerzas y generar cambios.

NACE UNA MUJER

Con ayuda de la terapia, Margarita asumió que vivía un sueño absurdo y se deshizo de todas la fotos que guardaba de su jefe. Sin que lo supiesen en la empresa, buscó un nuevo empleo. Gracias a su trayectoria impecable, pronto fue convocada por diversas compañías. Luego de escoger la mejor opción, Margarita presentó su carta de renuncia a Lorenzo, quien al leerla entró en crisis de angustia, la atormentó con preguntas y le suplicó que no abandonara el trabajo. Le ofreció duplicarle el sueldo y más vacaciones, pero Margarita fue firme y le dijo que ella quería cambiar de ambiente y en la nueva empresa sería más que una secretaria.

El español no comprendió ni aceptó la situación, era egoísta y pensaba que Margarita traicionaba su confianza. Tras cansarse de rogarle, la dejó ir con la condición de que dejara en su lugar una chica entrenada y al corriente de todo lo que ella había hecho por años. Margarita cumplió así su última misión, aún le temblaban las piernas cuando su jefe se acercaba demasiado, aún le dolía verlo, pero quería vivir un amor real y a su lado era imposible.

Con sus ahorros, Margarita se compró un acogedor departamento y un auto. En la nueva compañía hizo un grupo grande de amigos y ahora sale a divertirse los fines de semana, le cuesta olvidar a su ex jefe, aún le preocupa su bienestar, pero está luchando por conocer una forma sana de amar, una forma real. De Lorenzo solo sabe que sigue casado, que tuvo su primer hijo pero, aun así, engaña a su esposa.

Margarita logró liberarse de la cárcel que se hallaba en su mente. Pero en otra oficina como la suya, una secretaria de traje azul vive atormentada, sola. Calla y espera algo que nunca llegará.

Reflexiones

para

ellas

Grábame como un sello sobre tu corazón; llévame como una marca sobre tu brazo.

Fuerte es el amor, como la muerte, y tenaz la pasión, como el sepulcro.

Como llama divina es el fuego ardiente del amor.

Ni las muchas aguas pueden apagarlo, ni los ríos pueden extinguirlo.

Si alguien ofreciera todas sus riquezas a cambio del amor, solo conseguiría el desprecio.

Cantar de los Cantares 8:6,7

Cuando se habla de la mujer, se dice que se trata de una criatura capaz de brindar amor puro y profundo en las más altas escalas. Por tanto, ella merece respeto, consideración y ser tratada como una verdadera princesa.

En efecto, es la figura femenina sobre la que recae la responsabilidad de los hijos cuando decide convertirse en madre. Y cuando su temple flaquea, en millones de hogares pareciese que todo se desbarata, si la figura masculina no posee fuerza y madurez emocional para guiar a los hijos que los unen.

Cuando la mujer pudo liberarse del machismo social y acceder a oportunidades de superación personal, como estudiar una carrera, trabajar donde fuese capaz e incluso llegar a ocupar puestos importantes en empresas, millones de damas

sintieron que podían aspirar a la real dicha.

Luego llegaron los tiempos de la cultura light, donde la consigna es conseguir el cuerpo ideal, estatus, reconocimiento y sometimiento en amores sin compromiso. La mujer observó entonces una nueva regla para vivir: ser bella, inteligente, excelente esposa, madre; ser perfecta, porque la competencia aumenta y “ellos” elegirán a la mejor, imaginando que volverse esclavas de su apariencia las haría exitosas en el amor. Pero solo logran ser más inseguras, porque todas las mejoras en sus vidas se basan en conseguir ser amadas, y no en los deseos de sentirse mejor con ellas mismas. Me refiero a los casos donde las mujeres creen que verse bien es la única clave para conquistar.

LOS MIEDOS FEMENINOS

En el presidio de las dependientes afectivas

Un elevado porcentaje de mujeres en todo el mundo crecieron soñando con un hombre fuerte, responsable, amoroso, sacrificado y tierno que las amara de manera incondicional. ¿La razón? Los primeros cuentos que escucharon de pequeñas las llenaban de ilusión, alimentaban su imaginación y sembraban en lo más profundo de su ser la convicción de que el amor de su vida era como el príncipe azul de las historias donde al final “vivieron para siempre muy felices”, y esa sería también para ellas una realidad.

Por otro lado, la exigencia social sobre casarse antes de los treinta para no quedarse sola, y ser vista como solterona, y tener hijos para que la cuiden en la vejez, siguen siendo convicciones que pesan en la toma de decisiones de mujeres dependientes, mujeres que temen la soledad, abandono, rechazo y olvido; teniendo en cuenta que el apego también ocurre en varones.

Tanto el hombre como la mujer necesitan sentirse valorados, respetados, reconocidos, amados. Sin embargo, una situación recurrente es aquella donde la figura paterna, la primera figura masculina de sus días ha sido evasiva en el afecto, ausente y, en índices más altos de los imaginados, violenta, física y psicológicamente. Ninguna mujer está preparada para semejante tipo de dolor, cuando apenas se inicia la vida; ello marca sin duda la mujer en su vida afectiva.

El hecho de experimentar rechazo por parte de la figura paterna, no solo se da con los padres ausentes, surge cuando el progenitor no es maduro emocionalmente para asumir una saludable comunicación empática con su hija. ocurre entonces que el cerebro experimenta esta sensación emocional de vacío, de miedo al abandono, desagradable, inaceptable, dolorosa y mucho más cuando la pequeña va creciendo sin comprender las razones por las cuales su padre le habla poco, aun viviendo con ella, o por las cuales la olvida, no existe, y la pelea con su madre la coloca en un frente de batalla que no pidió ni esperaba.

Pasan los años y la mujer que vivió semejante dolor emocional, sin tratarlo terapéuticamente, conocerá en reuniones a diversos hombres, pero solo sentirá una fuerte atracción por el de personalidad ‘evasiva afectiva’. ¿La razón? El cerebro reconoce lo que le es familiar, lo que ha vivido: formas de rostro, color, tonos de voz, temperamento, detonantes emocionales que lo llevan con fuerza a engancharse con la persona equivocada. Llega entonces la enfermedad más triste para una mujer, denominada ‘dependencia afectiva’, enfermedad de carácter químico psicológico, que genera severos trastornos en la personalidad y conducta de quien la padece.

La dependencia afectiva es una adicción como cualquier otra, pero ‘adicción a otra persona’. De diez mujeres en consulta llegan siete que la padecen en diversos grados y matices. Sin embargo, todas poseen algo en común: miedo al abandono, rechazo, olvido y reemplazo. Cabe resaltar que los hombres también pueden padecer esta enfermedad, pero en este libro solo nos ocupamos de ellas. Para los hombres pueden consultar mi libro Cómo aman ellos, con los perfiles masculinos en el amor.

Las mujeres son más proclives a padecer de apego afectivo por el tipo de exigencias sociales y prejuicios que menciono. Por ejemplo, en el primer caso real de este libro titulado “La novia”, han podido reconocer cómo la necesidad de concretar el sueño de casarse hace que la joven mujer pierda la dignidad por completo, ella tenía terror de aceptar que su pareja era deshonesta, evitó mirar la relación con madurez y terminó por ser plantada en el altar.

Aceptar no ser amada es uno de los mayores problemas que presenta la mujer dependiente, que en la mayoría de casos es responsable de no inspirar admiración ni respeto a su pareja o pretendiente, porque no sabe ‘poner límite’ o ‘decir no’ cuando se atenta contra su dignidad, y puede llegar a mostrarse sofocante, posesiva, celosa, sin control de impulsos y pasar de ser afectuosa a

histérica. Mientras la dependiente de grado crónico carece de fuerza para darse su lugar, es totalmente sumisa, complaciente y solo le importa sentir que ‘él está cerca de ella’.

La dependiente afectiva no logra salir de su padecimiento con éxito sin ayuda profesional. Puede adormecer el recuerdo, pero suele entablar el mismo tipo de relaciones caóticas, las repite porque no sabe estar sola consigo misma, sin una ilusión de amor romántico, sin la esperanza de que formará una familia, sea del modo que sea, hoy, acepta la convivencia, porque lo más importante es no quedarse sola, no escuchar comentarios sobre su soltería, tener con quien salir el fin de semana, de viaje, colgar fotos en redes sociales por su logro, sentirse reconocida en el ego, actitud lejana por completo del amor real.

Cuando una mujer dependiente acude a terapia termina por reconocerlo cuando se le pregunta si admira a su pareja, que emocionalmente no admira, le roba la paz, la hace sentir sola por dentro y no soporta la idea de que él no sea todo el tiempo como en las primeras salidas, donde su ternura, interés y pasión eran todo lo que ella necesitaba para “ser feliz”. Esta es la mujer ignorante emocional, que solo conoce del amor la primera fase, donde el cortejo bonito, la pasión y las situaciones cliché, que tanto refuerzan los medios de comunicación, le hacen creer que su hombre debe ser perfecto, olvidando que cada quien necesita crecer por dentro y de modo individual para saber ser pareja.

Una vez que reconoce que no ama a una pareja, que la trata con distancia y quizá le fue infiel o después de unos meses de relación la dejó, la mujer ingresa a un estado de crisis impactante: no puede conciliar el sueño o duerme demasiado, pierde total concentración en sus deberes, posee apatía fuerte. Otras dejan este estado para llegar a la denominada ‘intolerancia a la frustración’, no soportan un no, buscan conflicto en todas partes, caen en el desorden, niegan sus errores y creen que solo saldrán de tal desastre si el hombre vuelve, si recuperan la relación que creían que era relación real.

Tal estado emocional aumenta si ellas poseen mala alimentación, beben poca agua y obvian visitar a un psiquiatra y llevar terapia emocional. Las dependientes de grado alto que creen que podrán salir solas suelen repetir los errores, caminar en círculos y maldecir su suerte. Solo existe el miedo de asumir la enfermedad con humildad, para afrontarla y recuperarse con éxito, trabajando con voluntad y aprendiendo a pensar, a sembrar nuevas convicciones de vida y recuperar la autoestima profesional, de apariencia y afectiva.

Si la mujer dependiente vive la amarga experiencia de la ruptura porque fue engañada, dejaron de amarla o porque la abandonaron por no soportarla, el hecho de ser ‘olvidada’ y ‘reemplazada’ parece enloquecerla. Razón por la cual es frecuente observar mujeres que cuando peor iba su relación con su pareja, adrede deciden embarazarse para ‘atraparlo’, casarse y así asegurarse de que no las dejen. Con los años, estas son las mujeres engañadas una y otra vez, las que al casarse sabiendo que no son amadas desarrollan rencor y odio hacia el padre de su hijo o hijos, y lo tratan con ira, desprecio, humillándolo todo el tiempo, porque en el amor como en el odio y el rencor, la mujer ignorante emocional e inculta es asombrosamente despiadada.

La mujer dependiente que no logra recuperar su desastrosa relación y no asume que padece un problema emocional, se ve atacada por pensamientos donde no tolera que su ex pareja salga con otra, ni ser reemplazada, desplazada, olvidada, anulada. Ser parte del pasado es algo que la puede poner furiosa, depresiva, y llevarla incluso a cometer locuras como llamarlo para insultarlo, escribirle a la nueva chica para amenazarla, inventar que sigue con ella, etc. Y si la nueva mujer cae en sus provocaciones, la pelea de tres será peor que reality televisivo, de no acabar, porque el ego herido de la ex no posee límites a la hora de desfogar su frustración.

Hoy existen relaciones cada vez más cortas, se ha impuesto la norma: “Salgo contigo, pero no estoy contigo”, actitud afectiva de ídolos de televisión que contribuye a que la dependencia afectiva aumente en especial en las mujeres.

Las mujeres eufóricas, ávidas de afecto, son las que se ilusionan pronto con las palabras bonitas y poseen elevados estereotipos sobre lo que consideran su hombre ideal. Por ejemplo, muchas se dejan guiar por la apariencia, y si la chica no se siente bonita, el hecho de salir con un hombre apuesto la hace sentirse ganadora, importante y se aferrará a la relación, así sea insana emocionalmente, cuando recibe maltrato psicológico. Y solo con el tiempo, y agotada de tanto sufrir absurdamente, la dependiente afectiva pide ayuda, muchas veces tarde, cuando la depresión es alta y renovar su interior le tomará más tiempo del que imagina.

LOS ERRORES GARRAFALES DE LA MUJER INSEGURA

Entre la superficialidad, capricho y deseo de ser princesa eterna

Cuando una mujer posee baja autoestima, ya sea en la apariencia, profesional o afectiva, es probable que sus relaciones de pareja sean siempre conflictivas. Es que si no decide mirarse, aprender de sus errores y, llegado el momento buscar ayuda profesional, no será capaz de ser humilde y menos de aprender a desarrollar convicciones saludables.

Algunos de los errores comunes que este tipo de mujeres comete ante su pareja o compromiso, son:

No saber poner límite ni darse su lugar. Un hombre tratará a una mujer según ella lo permita y sepa poner límite a situaciones incorrectas desde el principio.

Poner límite implica expresar su inconformidad con altura y firmeza a la pareja, sin miedo ni presiones internas, porque una mujer digna sabe hacerse respetar y no permite tonos despectivos, humillaciones y mucho menos chantaje emocional.

Si una mujer aprende a poner límite, el hombre notará que no puede manipularla, usarla ni burlarse de ella, la respetará y la mirará con otros ojos, reconociendo su esencia y sus valores.

Posesividad y celos incontrolables. La mujer insegura que desconfía de su pareja porque le pescó una infidelidad y lo perdonó, pero en el fondo no lo hizo y decidió mantener la relación, vive para recordarle a su pareja el error, echándoselo en cara sin motivo en cada discusión.

Además pasa a tratarlo como si fuese su jefe militar, prohibiéndole tener amigas, porque en todas ellas ve algo malo o considera que son ligeras de costumbres. También intenta manipularlo para que pase más tiempo con ella, pasando incluso por encima de los progenitores de su pareja, nada le importa, su miedo a perderlo y los celos incontrolables la hacen insoportable, discute todos los días y solo si él le dice que la dejará porque no la soporta, ella baja la guardia y contiene sus emociones por unas semanas, hasta que como un detective, intente buscar obsesivamente una nueva falla él.

Y con el tiempo solo logra que su pareja deje de admirarla, de comunicarse con ella y la deje o vuelva a engañarla. La razón es que si una no aprende a perdonar y decide solo ser infeliz, nada la complacerá ni hará feliz. Y si en el fondo dejó de amar al hombre que desea retener, pero no lo admite, solo el ego y miedo a la soledad hacen que luche por retenerlo, porque no soporta la idea de que él pueda ser feliz con alguien más.

Maneras y tonos despectivos, la mujer insatisfecha siempre. Las ansiosas y caprichosas sin tratamiento suelen ser las más engañadas por ellos, porque creen que tienen derecho de expresarse de modo tosco y altanero, no saben pedir las cosas, no controlan los impulsos y la impaciencia e intolerancia las desborda, pues pretenden que la pareja adivine y memorice todos sus gustos e incluso la razón de sus silencios.

Este es un error garrafal, porque cuando las mujeres se expresan con gentileza, amor real, comprensión y educación, ellos se derriten y hacen todo lo que una necesita; y notarán que el hombre es mejor de lo que imaginan, si recuerdan que no son niños, que no son sus madres e incluso que ellos guardan devoción a la madre que fue con ellos cálida y supo comunicarse de manera eficaz.

Frases como: “Si él es hombre, debería mantenerme siempre, así hizo mi papá con mi mamá”, “Ya es grande para que yo le pida las cosas como niñito, siempre se equivoca porque nunca acierta lo que quiero”, “No soporto la forma en que pierde el tiempo, yo no quiero esto para mí”, denotan la plena insatisfacción que estas mujeres expresan hacia sus parejas. Entonces, si son tan infelices y no negocian, coordinan, respetan tiempos y gustos: ¿Por qué insisten en mantener una relación con alguien a quien solo les nace criticar? Cuando este perfil ansioso es parte de la mujer, lo terrible es que puede dañar a los hijos y pasan los años sin saber ni buscar ayuda profesional; el problema químico llamado ‘ansiedad generalizada’ destruye la relación, agota a la pareja, enferma el ambiente en su totalidad.

Si la mujer reconoce que se equivocó de persona, que se asfixia con él, ella debe tener la madurez de dar por terminada la relación, porque tal vez no existe empatía; o efectivamente el hombre es irresponsable por completo, sin empuje y

apático, pero no necesitará insistir en el absurdo de querer cambiarlo, si este no lo decide por sí mismo y nota sus reales problemas emocionales.

Tu única familia soy yo, tus padres, en especial tú madre, ya no cuentan. Salvo que la suegra le haga la vida a cuadros a una pareja, la mujer debe comprender con generosidad y bondad que los padres de su pareja merecen respeto, consideración y jamás debe intentar que rompa el vínculo con ellos.

Es cierto que existen padres complejos, nocivos, pero incluso así, se debe tener respeto por ellos, brindarles cuidados cuando lo necesiten y ser agradecido siempre, porque solo quien es buen hijo será buen padre.

La mujer ignorante emocional e impulsiva, se deja atarantar y mortificar por algunas actitudes de la madre de su pareja, cuando debería ser educada, observadora y si nota que la suegra o suegro procede de modo incorrecto, hacérselo ver a su pareja de modo respetuoso, reflexivo e intentar juntos solucionar el asunto sin caer en conflictos tontos.

La mujer inteligente convierte a su suegra en aliada, en el buen sentido, amiga y cómplice de muchas situaciones en beneficio de la relación de pareja y familia, pero hasta para eso se necesita clase, tino, prudencia, paciencia y aprender a expresarse; por tanto, la mujer conflictiva tiene mucho que aprender y construir.

Él debe pagarlo todo, porque yo soy la reina. Si bien es cierto que millones de mujeres no laboran porque se dedican a los hijos y a toda la responsabilidad de la casa, es evidente que las parejas que mejor se llevan son las que comparten responsabilidades financieras y planifican su futuro.

Y es que si una mujer no posee empleo fijo por falta de tiempo, siempre podrá ver maneras de tener un negocio propio o un empleo de medio tiempo para apoyar a su pareja, cubrir ciertos gastos y darle detalles que merece y necesita para fortalecer la relación. Por otro lado, una mujer que labora tiene menos posibilidad de ser humillada y chantajeada si existen crisis de pareja, sobre todo en el matrimonio, porque con su dinero puede resolver sus responsabilidades y nadie le echará en cara nada que le pueda brindar.

Una mujer con mundo propio, logros, pasión por lo que hace y organizada, es una mujer que inspira no solo admiración, también posee mayor visión para resolver las crisis de todo tipo. Y de este modo el hombre sentirá que tiene una compañera que lo comprende, escucha, apoya en crecer, es su cómplice de vida y no su lastre.

Lamentablemente muchas madres machistas inculcan a sus hijas el ser dependientes en todos sentido: “Ellos deben darlo todo siempre, porque tú eres la reina y un hombre verdadero paga todo”. Sin duda es un error garrafal, porque en el amor real se comparte, cada quien merece y necesita ser cuidado, apreciado.

Entre los extremos del descuido en la apariencia o la neurosis por ser perfecta y bella siempre. Existen mujeres apáticas por naturaleza, sin gusto ni gracia para arreglarse porque no se lo enseñaron o porque padecen depresión; otras que poseen un look alejado totalmente de la femineidad y no buscan mejorar para ellas mismas, ni lo notan, ni les importa.

Y si una se ve descuidada, haraposa, despeinada, sucia y de poco cultivo, definitivamente es mata pasiones a nivel afectivo. Sin embargo, olvida que es importante verse bien para ella misma, porque trasmitirá mayor armonía en su ser.

Y en el opuesto extremo tenemos a esclavas del miedo a la decrepitud, aquellas que se apoderan del baño, del clóset y pueden pasarse cuatro horas diarias en tratamientos de belleza diarios. No les importa gastar ni que ellos gasten, medio sueldo va a la ‘neurosis de apariencia’ por miedo a verse feas o ser comparadas. Ni en el primer grupo mencionado ni en este las mujeres están libres de ser engañadas, abandonadas y olvidadas; porque el hombre gusta de una mujer que se vea linda, pero sin excesos, y transmita además belleza interior a través de una buena expresión, modos, maneras, tino y elegancia inherente.

Creer que con sexo se retiene a un hombre por siempre. Si bien es cierto que los hombres son muy sexuales y se enganchan con una mujer porque posee química sexual, equivocadamente millones de mujeres creen que podrán usar el sexo como arma siempre para resolver sus conflictos de pareja.

Y es que la mujer inculta no nota que si ella es insoportable, él jamás tendrá ganas ni de mirarla, porque nadie desea a alguien con quien solo se pelea todo el tiempo.

No observar ni conocer ni aprender a comunicarse sexualmente con su pareja. Por prejuicios, temores y capricho, tantas mujeres se niegan a aprender a tener una sana y armonioso vida sexual con su pareja y descuidan un área importante de la relación.

Muchas jamás hablarían del tema con él, por miedo a ser consideradas ligeras, otras quieren que él se adapte a lo que ella pide y espera, y otras, solo acceden a lo que él pide, olvidándose de que el amor sano es comunicación a todo nivel.

LO QUE LA MUJER DEBE TENER PRESENTE

El hombre nació para cazar, y así en tiempos modernos se proclame la liberación femenina, ninguno soporta sentirse acosado, perseguido ni asfixiado por una mujer impulsiva, insegura, ansiosa y conflictiva.

Tal actitud solo la nota desesperada, le brinda la impresión de que solo desea atraparlo para llevarlo hacia el matrimonio, situación que a millones de hombres les cuesta decidir si notan la presión.

Una mujer que se cultiva y posee mundo propio, tiene metas importantes, sueños que busca hacer realidad y encuentra en la pareja, si es su cómplice, un compañero de vida y complemento, pero no hace del hecho de tener pareja una necesidad enfermiza, porque reconoce en el apego un daño terrible para su equilibrio emocional.

Y si nota que el hombre con el que ha entablado una relación no es afín a sus

valores y no existe empatía emocional, no insiste en querer cambiarlo ni se venda los ojos para evadir la realidad por miedo a la soledad.

Las discusiones de pareja son algo natural, sin embargo, debe aprender a expresarse con tino, respeto y tomar en cuenta que si afirma poder perdonar faltas, no debe con el tiempo volver a sacarlas en una nueva pelea, porque con ello solo demuestra su nivel de inmadurez y termina por hartar a su pareja.

Y si observa que el hombre es el conflictivo, no le permite continuar la riña, ni mucho menos permite que ocurra en su horario de trabajo ni en escenarios incorrectos; sabe cortar la situación, pedir respeto y esperar a que las emociones se aquieten.

Solo cuando una persona sabe estar sola consigo misma es capaz de brindar un amor saludable y en libertad. Y mientras más intente la mujer insegura retener a su pareja siendo posesiva, celosa e intentando controlar a todo su círculo de amistades, solo logrará asfixiarla, convertirse en insoportable, matar el diálogo, la conexión y solo verá el fin del amor.

Las relaciones prohibidas, ambiguas y todas aquellas donde una mujer no tenga un lugar con su pareja, no solo son peligrosas, se convierten con el tiempo en generadoras de depresión, frustración y fracaso consciente. Y si un hombre decide degradar a una mujer ofreciéndole el rol de amante, procede con egoísmo. Desde tal actitud, será imposible que brinde un amor sano y maduro.

Mientras más se obsesiona la mujer por lograr casarse o formar una familia, se preocupa menos por conocer bien a la persona con la que sale, con quien puede llevar mucho tiempo de relación y si nota que en el fondo no existe empatía, este tipo de mujer es la única responsable de sentirse no amada, valorada y minimizada; porque al presionar, forzar y manipular por llegar a la meta de la boda, olvida que el hombre quizá se compromete por culpa, pero no por amor, si es que de él no partió la propuesta o jamás demostró querer formar una hogar.

Si un hombre no posee valores esenciales y cercanía a lo espiritual, la mujer debe tener claro que si ella es lo opuesto, sin duda los conflictos pueden darse y debe aprender a conciliar; pero sin valores esenciales como la honestidad, humildad y bondad, la relación será como el zapato que no encajará jamás para ella, y negarlo sería necedad.